REVISTA SHELL

Marzo 1954



REVISTA SHELL



MARZO DE 1954

Todavía nuestros almanaques continúan marcando en rojo, señal de días fastos, la fecha en que tradicionalmente se celebra el Carnaval. En Caracas el antiguo esplendor de estas fiestas había terminado por refugiarse en los clubs y en los dancings. En la provincia todavía se sigue jugando con agua, costumbre que comenzaba a practicarse en algunos barrios de la capital.

Cuando hojeamos colecciones de revistas de los años veinte, y leemos crónicas rememorativas de aquellos tiempos o escuchamos los recuerdos de los mayores, nos asombramos del frenesí popular y del lujo social que entonces revestía la celebración del Carnaval. En Caracas, autoridades y pueblo auspiciaban fiestas, el itinerario de la carrera dividía como un río de gracia y color a la ciudad en dos partes, desfilaban carrozas fastuosamente adornadas, el pueblo lleno de júbilo colmaba las aceras, y toda la ciudad libraba una batalla de flores, serpentinas, papelillos, confites y juguetes, entre los ritmos de la música. Los jóvenes de uno y otro sexo formaban comparsas de disfraces que bailaban en los más prestigiosos salones. El pueblo danzaba en las plazas públicas, disfrazado de mamarracho, con máscaras o antifaces.

En las ciudades de la provincia predominaban las comparsas populares, y el delirio llegaba hasta jugar con almidón, maicena, azulillo y, abundantemente, con agua. Bañar a los más empingorotados señores de la localidad era la más aplaudida hazaña femenina.

Diversos sectores sociales de la urbe han tratado de resucitar la brillante tradición. El alegre recuerdo del Carnaval caraqueño, su lujo y elegancia, simbolizados en el misterio de una pareja que velan sus rostros tras antifaces, anima el dibujo de nuestra portada. Es un cartel universal de color que ilustra la idea de quienes en el presente año han colaborado con entusiasmo para revivir su antiguo esplendor.

Esta publicación, propiedad de la Academia de la Historia, será reclamada legalmente al hallarse fuera de ella.



REVISTA SHELL AÑO III Nº 10 MARZO DE 1954

Director: JULIAN PADRON

SUMARIO

La Lealtad de O'Leary, por *Cristóbal L. Mendoza* 4

La Ilustre Figura de O'Leary, por *Monseñor Nicolás E. Navarro* 8

O'Leary, Historiador y Analista, por *Pedro Grases* 16

Arte Fotográfico. Fotos de *Derrick Knight* 22

La Industria Pecuaria del Coquivacoa, por *Francisco Morillo Romero* 26

Pintores Venezolanos. Oleos de *Emilio Boggio* y *Alirio Oramas* 34

Salamanca, Flor de Universidades, por *Guillermo Morón* 36

Lírica y Paisaje en Cecilio Acosta, por *Oscar Rojas Jiménez* 46

Perspectivas para la Producción de Semilla de Hortalizas en Venezuela, por *Gerardo Perlasca* 52

Buenos Aires y su Activo Mundo Teatral, por *Aquiles Certad* 55

El Carnaval, por *Carlos Pi Suñer* 64

Radioactividad, por *K. R. Williams* 68

Editada trimestralmente por la Compañía Shell de Venezuela. Todo el material que se inserta ha sido exclusivamente solicitado para esta publicación. Reproducción autorizada siempre y cuando se mencione el origen. Esta edición consta de 20.000 ejemplares. Distribución gratuita. Las personas interesadas en recibir esta revista pueden dirigirse al Apartado 809, Caracas. Las opiniones de nuestros colaboradores no reflejan necesariamente las de esta Revista.

Sobre la ondulada arena de los médanos del istmo coriano, el calcinante sol proyecta las figuras del campesino y de su burro y su perro, bajo las imponentes nubes del cielo



Cristóbal L. Mendoza, *destacado jurista e historiador Venezolano. Ha sido Director de la Academia Nacional de la Historia. Sus principales obras de investigación publicadas son: "La Junta de Gobierno de Caracas y sus Misiones Diplomáticas en 1810"; La Ciudad Colonial y nuestro primer pacto político"; "Bello, figura continental"; "El holocausto de Sucre".*

LA LEALTAD DE O'LEARY

Por CRISTOBAL MENDOZA

Alguien ha hecho la observación de que en las heterogéneas y anárquicas sociedades hispanoamericanas que sucedieron al régimen colonial de las castas, la fidelidad personal al Caudillo constituyó el más poderoso factor para la conservación de la estabilidad política y representó un positivo elemento de progreso porque sirvió de muro protector contra el desenfreno de la ola revolucionaria y, a la vez, de aglutinante entre las disímiles y aun contrapuestas tendencias de todo orden derivadas de la abigarrada composición social producida por la Colonización. La observación es, al menos en parte, justa desde el punto de vista histórico y, aun cuando no podrían extremarse sus consecuencias sin caer en inaceptables conclusiones, tampoco puede desechársela de plano.

El caso del Libertador es, a este respecto, bastante significativo. Apenas cerrado en Ayacucho el ciclo heroico, y desaparecidos los miedos y las disciplinas impuestos por la guerra, de todos los confines de la recién libertada América española, surgen en tropel todas las ambiciones y todos los instintos. Ahí están el fanático obcecado que sueña con prerrogativas imposibles y piensa que el puñal de Bruto implantará en las nuevas Repúblicas la perfecta democracia donde toda libertad tendrá su asiento; el político profesional ávido de poder, experto en el manejo de los hilos de la intriga; el astuto leguleyo ansioso de medrar al amparo hipócrita de los nuevos principios; el soldado codicioso y despechado; y aun el matón de oficio, último aunque no despreciable peldaño de aquella escala singular creada por la cruenta revolución.

En el turbulento escenario, la voz del Libertador arenga, apostrofa, aplaude, suplica, haciendo desesperados esfuerzos por crear de las cenizas del régimen colonial uno nuevo, republicano, consistente y estable. Pero la vorágine es más fuerte que su voluntad y los bajos instintos más poderosos que los ideales en cuya defensa él actúa. Y es sólo a base de la lealtad de un grupo de sus colaboradores como puede prolongar un poco más la lucha contra los múltiples elementos hostiles.

O'Leary es uno de los ejemplos brillantes de esa fecunda lealtad que en él se extiende más allá de la muerte para servir a la memoria del jefe con la misma consagración desplegada a su persona. Digna de un análisis acabado es esa devoción inalterable que comienza tan pronto como pisa el territorio venezolano para eternizarse luego en sus inmortales Memorias.

Fué, pudiera decirse, el de O'Leary, un caso de atracción instintiva. Apenas llegado al país, en marzo de 1818, es destinado al Apure en el cuerpo de Húsares Rojos. En Achaguas presencia a poco la farsa del coronel Wilson para designar a Páez como Jefe del ejército y de inmediato pide su separación y vuelve a Angostura a ponerse a las órdenes del Libertador, a quien sólo entonces conoce. Desde ese momento, día a día, hora a hora, O'Leary es la encarnación de la fidelidad. Pocos como él interpretan y cumplen con mayor exactitud las órdenes y se esmeran más por asegurar el éxito de los planes de Bolívar. Pocos tienen, como él,



El General Daniel Florencio O'Leary. Oleo de Martín Tovar y Tovar, existente en el Palacio Federal de Caracas

la elevadísima noción de que el más claro timbre de honor en un subalterno está en la consagración absoluta a la gloria de su jefe.

En la desgracia, luce más grande la virtud característica del noble irlandés. Cuando Bolívar se irrita creyendo que no se ha ceñido a sus instrucciones en la misión cerca de Páez a raíz de la insurrección de éste en 1826, deja a O'Leary en Bogotá en ostensible demostración de desagrado. Arreciaban entonces los más inícuos y virulentos ataques contra el Libertador en la prensa de Bogotá que le achacaba toda clase de crímenes y pedía se le aceptara su renuncia del mando. O'Leary hace frente a la tempestad demagógica y publica sus famosas "veinte y cuatro razones por que se debe admitir la renuncia que hace el general Bolívar de la presidencia de la República", síntesis de la vida del Libertador, y quizás el germen de las Memorias que habrían de inmortalizar su nombre.

Vuelto pronto a la gracia del Libertador, lo acompaña hasta la muerte y presencia su enterramiento en Santa Marta. Y desde entonces se da a la tarea gigantesca de compilar los documentos que han de constituir el sólido pedestal de la gloria del Grande Hombre, escribiendo además, su biografía con el calor de su admiración apasionada y la rectitud esencial de su espíritu.

La lealtad ejemplar de O'Leary, contribuyó eficazmente a sostener el prestigio y la autoridad de Bolívar, destruídos al fin por la demagogia, pero dejó la lección de cuánto puede en un ambiente inestable y movedizo la arraigada noción de la consecuencia hacia el hombre empeñado en asegurar los destinos de una causa santa.

DATOS BIOGRAFICOS DEL GENERAL DANIEL FLORENCIO O'LEARY

1800 (1802?).—Nace en Cork, Irlanda.

1817.—A fines de ese año, se alista en la Legión Británica, compuesta de voluntarios, y se embarca con destino a Venezuela. Es Alférez de los *Húsares Rojos*, cuerpo mandado por el coronel Elsom.

1818.—En marzo llega a Angostura, y poco después es destinado al ejército de Apure. Descontento por la insubordinación del coronel Wilson contra el Libertador, O'Leary, deseoso por otra parte de aprender el castellano, solicita se le incorpore a un cuerpo criollo: se le asigna al que a la sazón organizaba el General Anzoátegui. Primer encuentro con el Libertador. A fines del año, ostenta ya el grado de capitán efectivo.

1819.—O'Leary participa en la campaña libertadora de la Nueva Granada, que culmina en Boyacá. Es herido en la acción del Pantano de Vargas. Edecán del General Anzoátegui, pasa a serlo del Libertador a la muerte de aquél. O'Leary ha recibido de la posteridad el título antonomástico de *Primer edecán de Bolívar*.

1820.—Como tal, asiste a la histórica entrevista de Santa Ana, después de la firma del armisticio y del tratado de regularización de la guerra.

1821.—Pelea en Carabobo, y acompaña al Libertador en su entrada a Caracas.

1822.—Encargado de fletar buques para transportar cuerpos del ejército libertador desde Panamá a Guayaquil, pasa a este puerto, y bajo las órdenes del General Sucre se bate en Pichincha. Es ascendido a teniente coronel.

1823.—Junto al Libertador toma parte en la campaña pacificadora de Pasto contra Agualongo. Obtiene el ascenso a Coronel. Acompaña a Bolívar al Perú, y entra con él en Lima. En Octubre es enviado en misión ante el Gobierno chileno.

1824.—En el desempeño de su comisión, permanece en Chile durante ese año, esforzándose por conseguir el envío de tropas y de buques chilenos al Perú, y por adquirir armas, municiones y vestuarios para el ejército patriota.

1825.—Acompaña al Libertador en el triunfal viaje que éste realiza por las regiones de Arequipa, el Cuzco, Puno y el Alto Perú. Asiste así al nacimiento de Bolivia.

1826.—Regresa con el Libertador a Lima. Al recibir las primeras noticias sobre los sucesos de Venezuela, Bolívar lo envía en misión a Bogotá y Caracas. En la primera de dichas ciudades se entrevista O'Leary con el Vicepresidente Santander, y en Achaguas con el General Páez. Pero no obtiene el éxito deseado, lo cual le vale la desaprobación del Libertador.

1827.—El enojo de Bolívar priva momentáneamente a O'Leary del desempeño de sus funciones. Y así, no lo acompaña en su viaje a Venezuela. Permanece en Bogotá, donde defiende en la prensa a Bolívar contra sus adversarios políticos. A fines del año, vuelve a ejercer las funciones de edecán. En este año se casa con Soledad Soublette, en Bogotá.

1828.—En marzo, es enviado por Bolívar a Ocaña, donde iba a reunirse la Gran Convención, con el encargo de entregar un mensaje al presidente de la misma. Desde allí informa al Libertador del desarrollo de los sucesos. Disuelta la Convención, O'Leary es encargado de cumplir una misión de paz ante el Gobierno del Perú. Se inician sin embargo las hostilidades, y el edecán cumple con sus deberes militares en Guayaquil.

1829.—Obtiene en Tarqui las estrellas de General de brigada. Regresa a Bogotá, y cuando el valiente y desafortunado General Córdova se subleva, recibe el mando de las fuerzas que deben someterlo, y lo vence en el Santuario, jornada en que perdió la vida el militar colombiano.

1830.—En febrero es nombrado Ministro plenipotenciario ante el Gobierno de los Estados Unidos, cargo que no llegó a ejercer. Manda tropas en la frontera con Venezuela. Acompaña después al Libertador a Cartagena y "con el rostro bañado en lágrimas, ve bajar sus restos mortales a humilde fosa en la Catedral de Santa Marta".

1831.—Desterrado de Cartagena, se establece en Jamaica. Allí reside con su familia durante ese año y el siguiente, y se dedica a arreglar sus papeles y a escribir sus Memorias. Ha recibido parte del Archivo del Libertador, y hace gestiones para aumentarlo solicitando información de sus amigos y compañeros de armas.

1833.—A mediados de ese año regresa a Venezuela. A fines del mismo es nombrado secretario de la Legación ante las Cortes de Madrid y Londres, al frente de la cual se hallaba el General Mariano Montilla.

1834.—Reside en Londres, en el desempeño de su misión diplomática.

1835.—Viaja a España, donde permanece hasta 1836, como Secretario de la Legación encomendada al General Soublette.

1837.—De nuevo en Londres, desde donde emprende un viaje de recreo por Italia. Se le encarga de una misión diplomática ante la Santa Sede, en el desempeño de la cual permanece en Roma hasta los primeros meses de 1839.

1839.—Comisionado para la liquidación de la Deuda exterior de la Gran Colombia, en Londres.

1840.—Regresa a Venezuela.

1841-1843.—Es Cónsul de Inglaterra, en Caracas primero, y luego en Puerto Cabello.

1844.—Es nombrado Encargado de Negocios de la Gran Bretaña en Bogotá, cargo que desempeña hasta su muerte, acaecida en aquella capital el 24 de febrero de 1854.

por NICOLAS EUGENIO NAVARRO

LA ILUSTRE FIGURA DE O'LEARY



Cork, Irlanda, según grabado de 1800 existente en el British Museum



Monseñor Nicolás E. Navarro, *eminente sacerdote e historiador venezolano, Individuo de número de las Academias Nacional de la Historia y Venezolana de la Lengua. Es Obispo Titular de Usula, Protonotario Apostólico, Deán del Cabildo Metropolitano de Caracas, Vicario General y Provisor del Arzobispado. Ha publicado numerosas obras de historia nacional.*

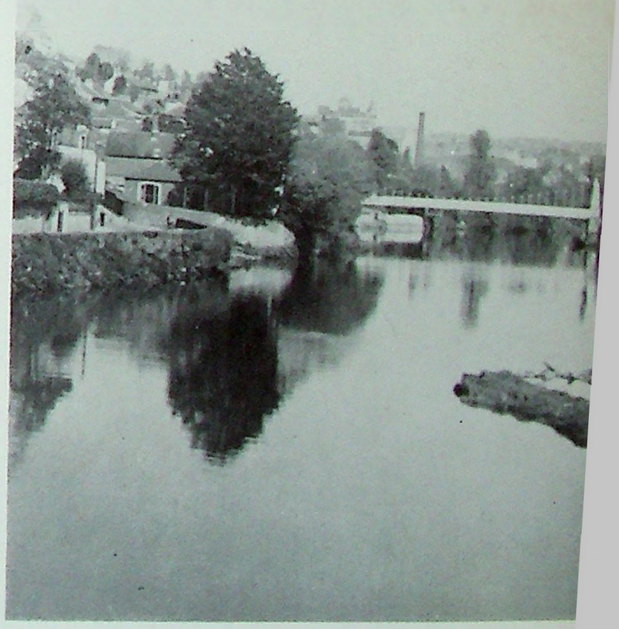
Al cumplirse el centenario de la muerte del General DANIEL FLORENCIO O'LEARY, ocurrida en Bogotá el 14 de febrero de 1854, plácenos rendir un nuevo tributo de admiración y elogio al eminente prócer que tan acabadamente desempeñó la misión que le incumbiera de legar a la posteridad, en relatos y documentos de primera mano, la memoria de las glorias del Libertador.

No puede negarse que la obra de O'Leary es fundamental en cuanto a narraciones históricas de los episodios de nuestra emancipación, y nunca será bien agradecida la generosa inspiración e inflaqueable persistencia que aclaró los esfuerzos de aquel enamorado de la libertad de América para dejar escrupulosamente registrados los hechos de su inmortal Forjador.

Diríase realmente providencial el caso de la venida de O'Leary entre los legionarios enganchados para participar en las campañas de nuestra guerra emancipadora y la circunstancia de su desagrado ante la indisciplina wilsoniana de Apure, gallardo gesto que lo introdujo en la gracia de Bolívar, a cuyo lado puede decirse que se mantuvo durante todo el curso de la epopeya, aprovechados por el Héroe los servicios de su magnífica capacidad hasta el propio momento en que "destrozado el corazón y bañado el rostro en lágrimas" el mismo O'Leary vió "bajar sus restos mortales a humilde fosa en la Catedral de Santa Marta".

Causa maravilla el caudal de cultura literaria y la vigorosa intelectualidad de O'Leary cuando se considera el escaso tiempo que hubo de dedicar a las tareas de aprendizaje escolar. Ya lo hemos dicho más de una vez y no nos repugna el repetirlo: "Habiendo llegado casi niño a Venezuela y ocupándose todo el tiempo en menesteres de guerra, halló, sin embargo, vagar para continuar la formación clásica de su espíritu, que apenas habría podido iniciar en las escuelas de Cork o tal vez de Dublín".

Por cierto que ahora nos acaba de sorprender la existencia de una leyenda familiar acerca de los primeros estudios de O'Leary, que ha tenido la gentileza de referirnos nuestro amigo el conspicuo investigador Dr. Carlos Pi Suñer, atestiguada por dos graves ciudadanos de Cork, el Rev. T. J. Walsh y Mr. John T. Col-



Vista oeste de Cork desde el río Lee

Esta publicación, propiedad de la Academia de la Historia, será reclamada oportunamente si hallarse fuera de ella.

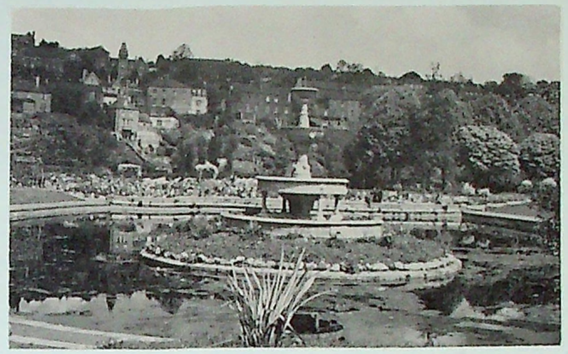
lins. Según esa tradición, de la cual responde una respetable dama, Mrs. Mai Lehane, sedicente tataranieta de cierta hermana de O'Leary que se habría llamado Maire, sería el caso que nuestro Daniel Florencio hubiera sido enviado por su padre Don Jeremías a España como alumno del Colegio Irlandés de Salamanca con el propósito de que siguiera la carrera del sacerdocio, designio que se frustró, por lo cual el augurado clérigo hubo de restituirse a la casa paterna. Pero el cotejo de los hechos no permite aceptar semejante versión, pues como sabemos nuestro O'Leary llegó a Venezuela de diez y ocho (o quizás sólo de diez y seis) años, edad que no se compadece con aquella aventura estudiantil española ni tampoco con la de un nuevo traslado a la Península diz que acompañando a su padre en diligencias mercantiles y hasta ejerciendo entonces funciones de profesor de inglés. Si consultamos, por otra parte, el epistolario de O'Leary correspondiente a la temporada de su residencia en España —años de 1835 y 1836— todo indica que allí se trata de un primer viaje por aquellas tierras, sin que aparezca el menor barrunto de anteriores contactos con ellas. Todavía más, en sus primeros días de Venezuela solicita alistarse en un cuerpo criollo "deseoso como estaba de aprender el castellano". Bien puede ser que el sujeto sobre quien recaen los recuerdos de Mrs. Lehane fuera el hermano de nuestro O'Leary llamado también *Florencio* cuyo nombre y retrato consta en los cuadros de familia que guarda Bogotá. Aunque, argumento incontrastable, en los registros del Colegio salmantino de Nobles Irlandeses no se ha hallado el nombre de O'Leary, ni hubiera sido posible allí la inscripción de nuestro héroe, puesto que "los estudiantes salieron del Colegio en el año de 1808 y no volvieron hasta el año de 1820", según lo atestigua el actual Director del plantel, P. Ransom. A mayor abundamiento, conviene recordar que O'Leary en su visita a Cork por setiembre de 1834 se regocijaba de hallarse en medio de sus "estimados y talentosos compañeros de sus primeros años". Cuanto al prurito de Don Jeremías de impeler hacia el estado eclesiástico a alguno de sus hijos, nada tiene de extraño tratándose de una familia irlandesa y particularmente de ésta, en la cual abundaron los sacerdotes y las monjas, llevando al frente al R. P. Arturo, revoltoso y valiente capuchino según lo califica Carbonell, "que fué una vez célebre en la historia de Irlanda". Y ya sabemos

Antiguo grabado de la bahía de Cork, mirando hacia Rostellan ("Picture Post Library")





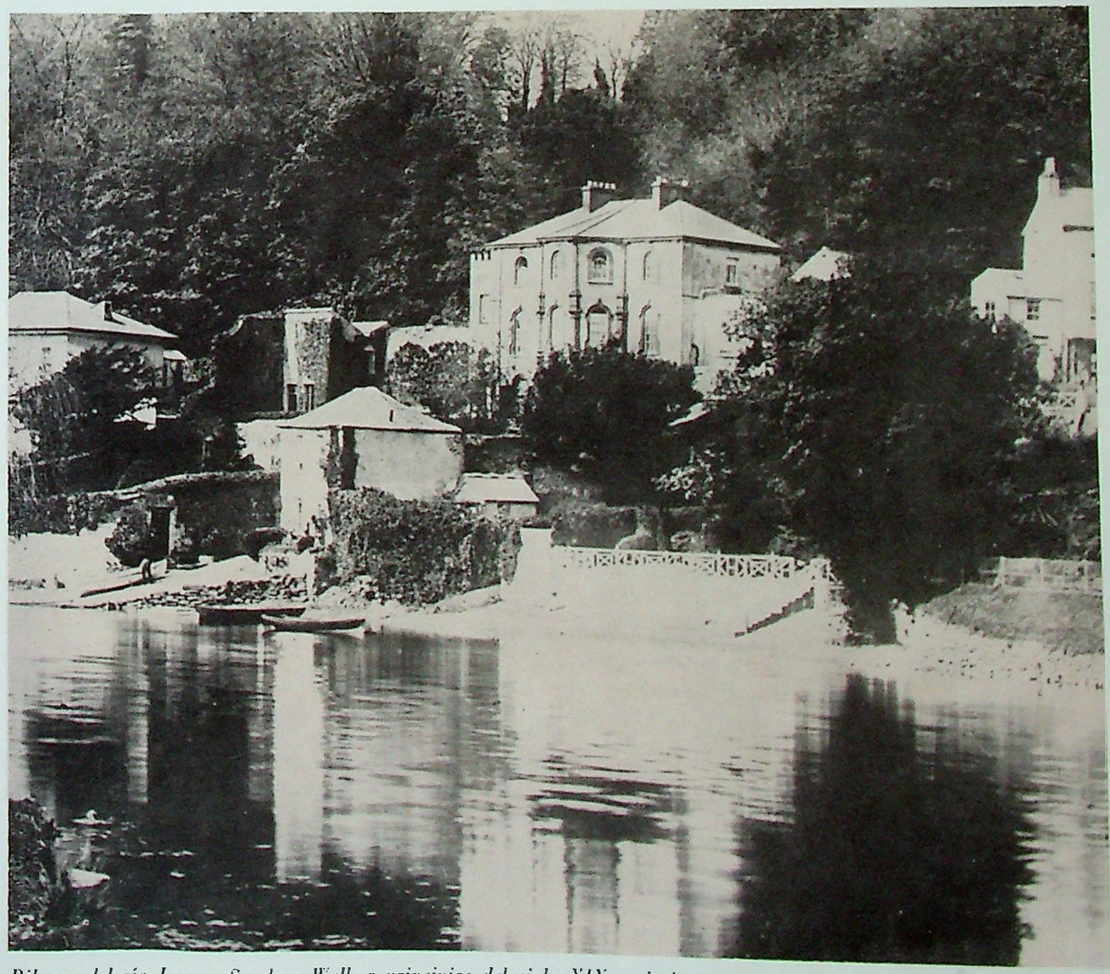
Vista parcial de Sundays Well



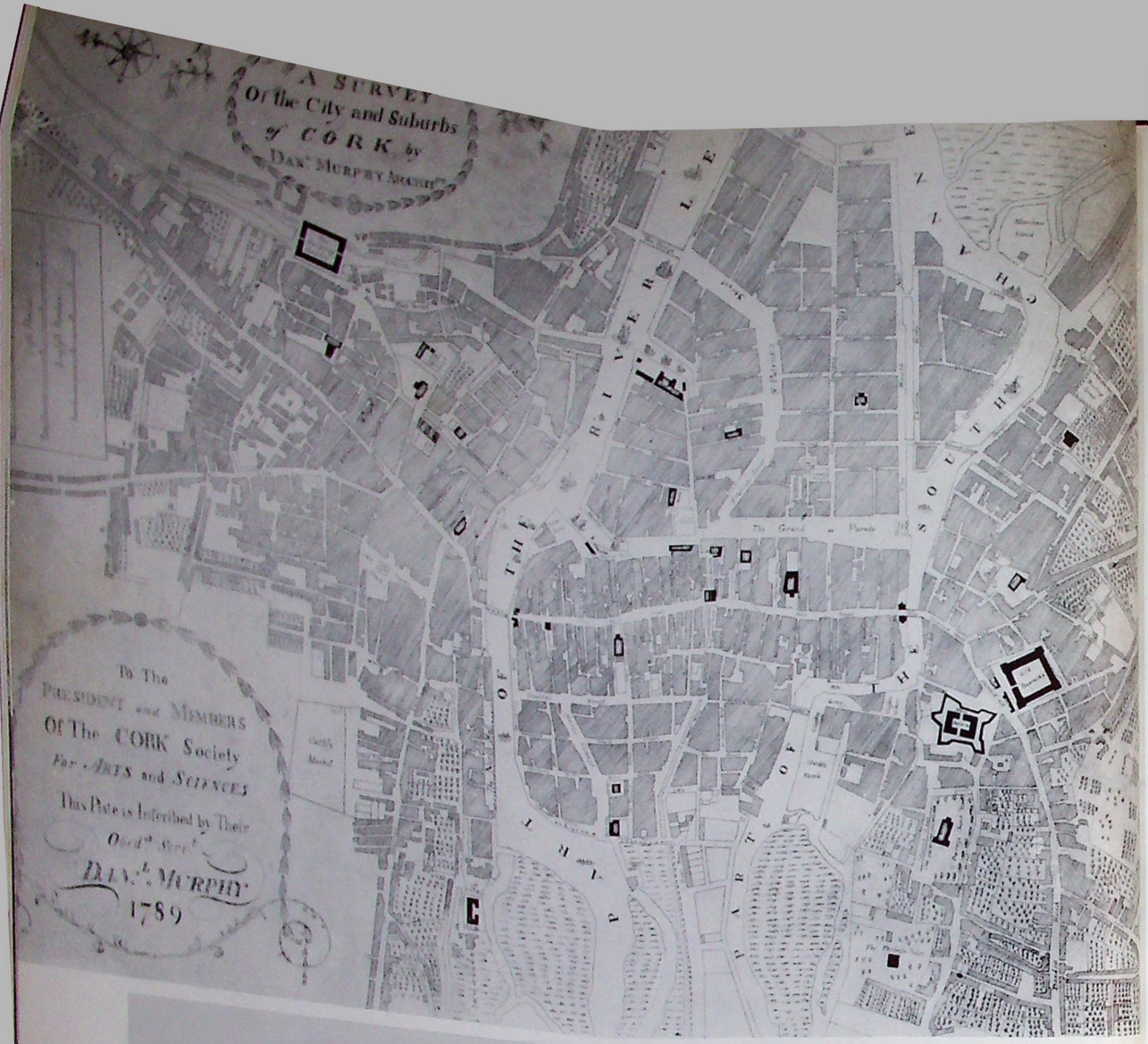
Aspecto actual de Sundays Well, Cork, con la Iglesia Vincentiam a la extrema derecha



Escudo de Armas de la familia O'Leary



Riberas del río Lee en Sundays Well, a principios del siglo XIX, paisaje que, según escribió O'Leary, él ansiaba volver a contemplar



Plano de la ciudad y suburbios de Cork en 1789



El Puente de San Patricio, en Cork, según viejo grabado. ("Picture Post Library")

también que a nuestro ilustre prócer no le faltaban fibras de ministro del Señor, pues lo hemos visto dedicado a escribir un sermón de encargo en medio de sus atareos bélicos de Guayaquil el año de 1829.

La leyenda a que nos hemos venido refiriendo entremezcla sus noticias inverosímiles con otras de las cuales tenemos entera certidumbre. Así, mientras confirma el nombre de Jeremías como el del progenitor de O'Leary (la madre se llamaba Carolina Burke), habla de siete hijos suyos y tal vez más, entre los cuales aparece apenas el nombre de Daniel, siendo omitidos los de Florencio y Catarina, de cuya existencia poseemos testimonio documental. Menciona, en cambio, a esa hija Maire de quien Mrs. Lehane se dice descendiente, al mismo tiempo que atestigua de cartas que obraran en su destruído archivo paterno, en las cuales nuestro Daniel Florencio ponderaba las bellezas y tesoros del país venezolano y participaba su propósito, quizás ya empezado a ejecutar, de escribir la vida del Libertador. Dato precioso, que se halla en perfecto acuerdo con estas palabras iniciales de O'Leary en la *Advertencia* para sus Memorias: "Desde mi llegada a América a principios de 1818, comencé a reunir datos y documentos que tuviesen relación con la guerra de Independencia y con la vida del hombre extraordinario que la dirigía. Reunílos al principio con el objeto de *trasmitir a mis padres y a mis amigos en Irlanda las impresiones de mi viaje a regiones para ellos y para mí desconocidas*". Ni le es menos conforme esta otra aseveración de la prensa de Cork en aquellos mismos días de 1834: "Permaneció (O'L.) con Bolívar hasta su muerte y tiene en su poder todos sus papeles y documentos los cuales se espera puedan presentarse al *público británico*". Lo cual explica bien el hecho de que los originales de O'Leary estuviesen (en parte a lo menos) escritos en inglés. Guarda, además, memoria Mrs. Lehane de la referencia anecdótica recogida de los labios paternos de que a su señor abuelo dábanle de niño el apodo cariñoso de "Bolívar". Otro recuerdo —agregan las informaciones recogidas por Pi Suñer— es el de que el padre de Mrs. Lehane tenía una pequeña imagen de la Virgen mandada a Cork por el General O'Leary, imagen que probablemente fué a parar a manos de un tío suyo sacerdote. Todo lo cual demuestra en fin de cuentas cómo se alteran de una generación a otra los datos de viva voz que forman el laberinto memorístico en las ramificaciones de las viejas familias.

Nos hemos entretenido en abrirle espacio a estos cuentos hogareños porque, aunque a ojos vistas adolecen de incongruencia y nada interesan para la personalidad histórica del General O'Leary, brindan algún margen a los devaneos de la fantasía y ofrecen nuevos, siquiera sean vagos, conocimientos sobre la parentela del personaje que nos cautiva.

Son, pues, menudencias de pura curiosidad en torno a la eminente figura de quien se inmortalizó con el título de Primer Edecán del Libertador y que tanto en los campos de batalla como en las misiones diplomáticas como en el amor indeclinable a la causa de la emancipación americana, ilustró cual ningún otro de sus antepasados la noble estirpe de donde procediera. Pero sobre todo la gloria del General Daniel Florencio O'Leary está afincada en la obra de sus *Memorias* que va perpetuando el fulgor de su buena estrella con el eco maravilloso de las proezas del Libertador. Los tres tomos de su *Narración* son, repetimos, el relato básico de los sucesos de nuestra epopeya emancipadora y los veintinueve volúmenes de documentos que la acompañan el arsenal riquísimo que ha suministrado la mejor comprobación de la tarea cumplida por el narrador para levantar tamaño monumento.

O'Leary comenzó su labor con fines privados, como arriba queda dicho, pero con el tiempo le fué dando mayor amplitud, mientras más se compenetraba con la trascendencia de la empresa a cuyo servicio se entregara y más crecía su afición al Hombre que la realizaba. "Tuve la fortuna —son sus palabras— desde el comienzo de mi carrera, de merecer de mi Ilustre Jefe la amistad y la confianza que de ella nace; amistad y confianza recíprocas que duraron mientras él vivió, hasta que, destrozado el corazón y bañado el rostro en lágrimas, ví bajar sus restos mortales a humilde fosa en la Catedral de Santa Marta". Por cierto que esta última frase suscitó en nuestro ánimo una duda que expusimos del siguiente modo en la introducción de nuestro libro *Actividades Diplomáticas del General Daniel Florencio O'Leary en Europa:*

"¿Estuvo O'Leary al lado del Libertador durante los días dolorosos de Santa Marta? El hecho de no aparecer su nombre en la lista tan conocida de las personas que entonces se agrupaban en torno del Grande Hombre, ha sido argumento muy válido en pro de la ausencia de San Pedro Alejandrino; pero, en cambio, él mismo asegura en sus *Memorias* que "vió bajar sus restos mortales a humilde fosa en la Catedral de Santa Marta". ¿Cómo se explica este caso? Creemos que diciendo que O'Leary llegó a última hora a esta ciudad, apenas a tiempo para asistir al entierro de Bolívar, que se efectuó el 20 de diciembre. Una carta del General Manuel Valdés al Coronel Federico Adlercreutz desde la misma Santa Marta, adonde acababa de llegar, a 22 del propio diciembre, nos lo garantiza suficientemente con estas palabras: *El Libertador concluyó sus días, y Dios quiera que con esta pérdida no se aniegue el país en sangre... Aquí está O'Leary y hay hoy nueve Generales que no sé qué piensan hacer porque estoy retirado de los asuntos políticos y conmigo no se cuenta para nada.*

Pero esa duda quedó posteriormente desvanecida y bien aclarado el hecho, al conocerse una carta del coronel Belford H. Wilson escrita el 21 de diciembre de 1830, también desde Santa Marta, a su amigo James Duncan, residente en Barranquilla, anunciándole que en esa fecha acababa de llegar allí O'Leary en compañía del Dr. Francisco Ignacio Carreño, y así pudo estar presente al último acto del sepelio del Libertador. Dice la misiva de Wilson: "O'Leary y Carreño acaban de llegar ahora mismo, infelizmente demasiado tarde. El Libertador fué enterrado ayer, después de haber estado expuesto durante dos días". Debemos este valioso hallazgo a nuestro amigo el eminente bolivariano D. Carlos González Rubio.

Los tres tomos de la Narración de O'Leary circulan hoy en segunda edición, en idiomas español e inglés, dispuesta por el Gobierno de Venezuela para honrar la memoria de su autor con motivo del centenario de su muerte, ocurrida en Bogotá, como al principio dijimos, el 24 de febrero de 1854. Suceso para cuya conmemoración acordaran también diversos actos la Academia Nacional de la Historia y la Sociedad Bolivariana de Venezuela.

Como al pergeñar estas líneas no nos propusimos hilvanar una biografía sino ofrecer un nuevo afectuoso homenaje a los méritos del esclarecido personaje que las inspiraba, bástenos con haber sacado aquí a relucir las curiosas referencias arriba consignadas y por lo demás a recordar los trabajos que en honor de O'Leary hemos tenido la fortuna de publicar, como son el libro *Actividades Diplomáticas* que también arriba citamos, el *Prólogo* a la supradicha segunda edición de las *MEMORIAS* y algunas otras piezas aparecidas en fechas



El puente de North Gate, en Cork. En segundo plano la iglesia de St. Mary's Shandon

(Abajo) La bahía de Cork, de acuerdo con un grabado del pasado siglo. ("Picture Post Library")

(A la derecha) Plano de Cork en 1774.





más recientes en órganos diversos de publicidad. Y merece aquí una mención, tratándose de escritos biográficos, el magnífico libro del Dr. Diego Carbonell *General O'Leary Intimo* (1937) que abrió un campo muy luminoso a nuestras investigaciones acerca de tan ilustre prócer.

Ni podemos menos de dedicar en este sitio una cariñosa rememoración a los lazos de amistad y parentesco que unieron al Gral. O'Leary con el Gral. Carlos Soublette y los mantuvieron en una constante vibración del recuerdo, hasta el punto de que aún en el último trance y a la distancia de centenares de leguas O'Leary tuvo un gesto telepático de despedida para Soublette, como lo atestiguó éste más tarde en carta a su hermana Soledad, la viuda de nuestro encomiado Daniel Florencio. Como tampoco es de olvidar el envanecido comento de la prensa de Cork en 1834, cuando la visita de O'Leary a esa su ciudad natal, al pregonar que él se había "convertido, por casamiento, en sobrino de Bolívar", ya que tal parentesco de afinidad le provino efectivamente, aunque en sentido amplio, de su enlace con aquella Soledad Soublette, consanguínea del Libertador por entronque de las respectivas madres.

Era, por otra parte, O'Leary de regia estirpe y bien está poner el sello a estos renglones reproduciendo la descripción del escudo de armas de su familia y explicaciones correlativas que ya una vez hicimos conocer en la introducción de nuestro precitado libro *Actividades Diplomáticas*. Héla aquí: *Armas:* Fondo en plata, un león caminando en gules, y en la parte superior un buque con tres palos en sable (negro) con velas desplegadas. *Cresta:* Una corona ducal con un brazo con armadura, sosteniendo una espada con guarda y puño de oro. *Lema: "Is laidir e lear Righ"*. (O sea: *Fuerte es el Rey del Mar* o *Laoghaire* es poderoso. Porque el fundador de la familia fué O'Leary, que en gaélico quiere decir *Rey del Mar*. Este Rey de Irlanda era el soberano cuando llegó San Patricio y convirtió a su pueblo al Cristianismo). Los miembros de esta familia firman *O'Leary, Lairy, Leery, Leary, Lery*... indistintamente. Pertenecen a la raza ithiaca y descienden de *Ith*. Su origen, según la tradición, se señala en la parroquia de *Inchegeelah*, de donde se extendió en casi todo el país".

Sea, pues, por siempre dignamente honrada en el mundo bolivariano la preclara memoria del General Daniel Florencio O'Leary, Primer Edecán y egregio evangelista del Libertador.

O'LEARY HISTORIADOR Y ANALISTA

por PEDRO GRASES

I) La historiografía venezolana

Durante los siglos coloniales, la porción de Tierra Firme que es hoy Venezuela fué objeto de los relatos y descripciones de los cronistas como lo fué el resto del continente colombiano. Al decir de Sánchez Alonso "empezaron a escribir la historia los mismos que comenzaban con sus hazañas a realizarla". No quiero referirme en esta glosa a los escritores que desde Colón antes de finalizar el siglo XV, hasta Humboldt, Depons y Dauxion Lavaysse entrado ya el siglo XIX, llenan la brillante nómina de la bibliografía venezolanista. Oviedo y Valdés, Pedro Mártir de Anglería, Juan de Castellanos, Antonio de Herrera, López de Gomara, Vázquez de Espinosa, Pedro de Aguado, Pedro Simón, Piedrahita, Matías Ruiz Blanco, Jacinto de Carvajal, Felipe Salvador Gilii, Juan Rivero, José Gumilla, Antonio Caulín, Blas José Terrero, etc. Ni pretendo tampoco analizar el espíritu "criollo", tan vivo y actuante en la prosa acicalada de Oviedo y Baños, en la ingenua descripción de José Luis de Cisneros, o en la serena prosa de Bello en su *Resumen de Historia de Venezuela*, quienes reducen concienzudamente el ámbito de sus obras casi a los límites actuales de Venezuela.

* * *

El objeto de esta nota es el de señalar la significación del esfuerzo de analista e historiador del General Daniel Florencio O'Leary, compañero del Libertador y devoto de las glorias de una gesta en la que había participado. La labor de O'Leary entronca en una hermosa tradición "nacional", que quiso llevar a la imprenta el recuerdo y los testimonios de la liberación de Venezuela, de sus bases republicanas independientes. Se intentaba el juicio de la vida de un nuevo Estado, cuyos antecedentes estaban precisamente en los tres siglos de dominación española, que habían sido el tema de los cronistas, viajeros y misioneros, enumerados anteriormente. Ni el paisaje valdrá como fondo a unos hechos de conquista y colonización; ni los actos heroicos merecerán exclusivamente el elogio de la bravura épica; ni será anotado lo pintoresco como novedad digna de presentarse a un mundo ávido de noticias americanas; ni será la ciencia el fin primordial de sus obras. Otro espíritu preside y anima la historiografía republicana: la interpretación de la nacionalidad, ya constituída en Estado soberano; la explicación de la República de Venezuela. El país tiene su lugar propio en el mapa político del mundo y los hombres de letras desean presentar la ejecutoria de sus títulos y la lucha llevada a término para imponer su razón de ser. Van a ser los mismos espectadores, y a veces protagonistas, de la guerra de Independencia quienes querrán ensayar la obra histórica que explique y anude los hechos. Mario Briceño-Iragorry los encierra en lo que denomina *ciclo heroico* de la historia, "de carácter literario y polémico, que tomó como centro de interés para el estudio del pasado la lucha de independencia y la exaltación romántica de sus hombres: Yanes, Baralt, J. V. González, Larrazábal", a los que podemos añadir Montenegro y Colón, Páez; así como los autores de memorias o recuerdos, publicados muchas veces en la prensa, o en folletos, o que han quedado manuscritos, y publicados luego como los de Monagas, Parejo, Zaraza, Briceño Méndez, del Padre Llamozas o del Padre José Félix Blanco y tantos más. En unas, predomina el fin didáctico como en el caso del maestro Feliciano Montenegro y Colón, quien "prestó un servicio apreciable a la juventud venezolana", como asevera Luis Correa, y fué, en realidad, el primero que ensayó la historia nacional; en otras historias, se narra la epopeya de la emancipación, como en Baralt, más sereno por clásico, o en Juan Vicente González, más apasionado por romántico, o en Larrazábal quien "al endiosar a Bolívar hacía obra patriótica, pues complacía al instinto popular en su deseo de hacer del Libertador un símbolo de la nacionalidad venezolana; un mito viviente, algo que reflejara ante las multitudes el esplendor de una gloria sin par, un arquetipo del héroe en pose homérica, divinizado, deshumanizado", como dice Luis Correa.

* * *

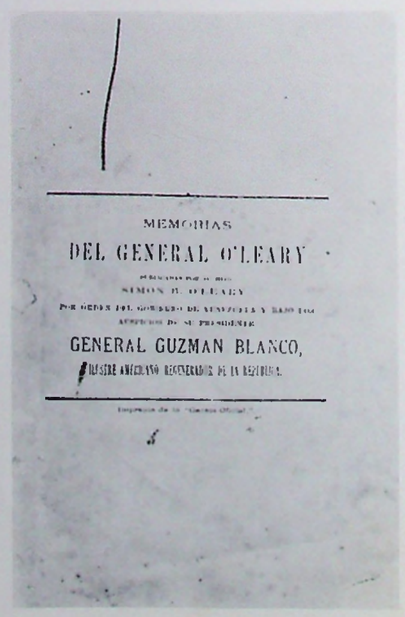
Los historiadores, si no ceñían su narración a los hechos presenciados, tenían que apoyarse en los analistas, los coleccionadores de los textos, los hombres que se dieron a la tarea de preservar de la destrucción y del olvido los testimonios documentales, imprescindibles para la interpretación histórica. Baralt tuvo que apoyarse en la recopilación antigua que le proporcionaba Ramón Díaz; Larrazábal tuvo que hacer "una paciente y asombrosa búsqueda de documentos, particularmente de las cartas, discursos, proclamas y escritos de Bolívar"; Yanes intercala en su obra, o da como apéndice, una apreciable colección de testimonios públicos que fué recogiendo para las obras que iba meditando.

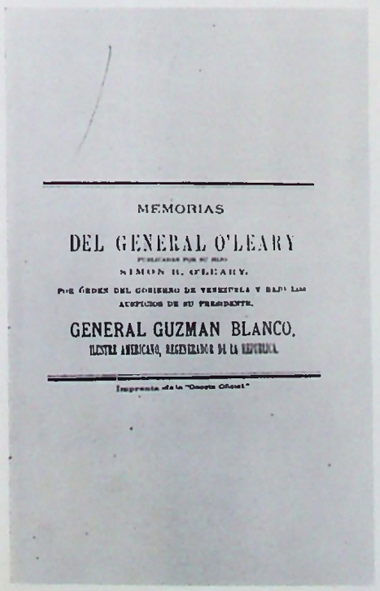
Por fortuna, se comprendió la necesidad de la conservación de los testimonios escritos, impresos o no, que dieran fe de la historia de la Independencia. En los mismos días de los hechos, los ojos maravillados de algunos de sus testigos, emprendieron la ingente tarea de coleccionar los documentos para que la verdad de tanto heroismo en pro de la gran causa nacional tuviese argumentos fehacientes e indiscutibles.

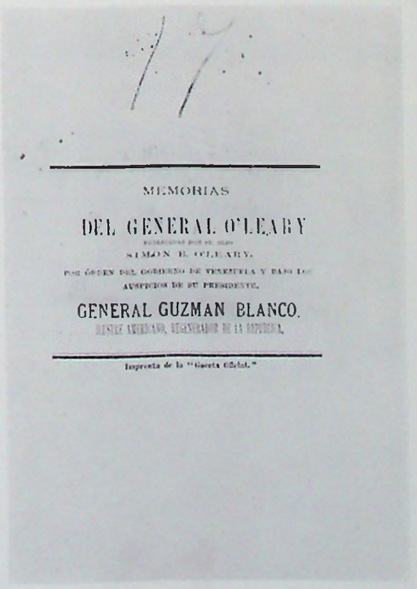
II) Los analistas

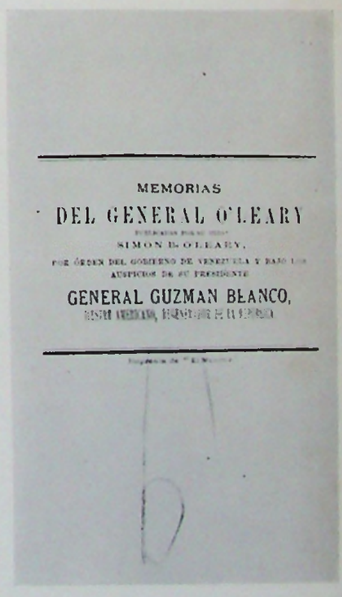
El primer intento que conozco de recoger sistemáticamente los documentos de la historia nacional es el del periódico *El Observador Caraqueño*, que se publicó en la capital de la República en los talleres de Valentín











Portadas de los tomos Tercero-Apéndice, I, XIII, XVII y XIX de las "Memorias del General O'Leary", colección de 32 volúmenes aparecidos entre 1879 y 1888, editada bajo los auspicios del General Guzmán Blanco, Presidente de Venezuela

Espinal, a partir del 1º de enero de 1824. En sus páginas se daba preferencia a los testimonios de la Independencia, a partir de los gestos precursores: Juan Francisco de León, Gual y España, la conjuración de 1808 y el 19 de abril de 1810. Se publicaron 66 números, hasta el 31 de marzo de 1825 y en él hay recogidos muchos materiales de la historia nacional.

La segunda gran empresa, de mucho más aliento y ambición, fué la dirigida por los próceres Cristóbal Mendoza y Francisco Javier Yanes. "Esta compilación, que alcanzó a salir en 22 volúmenes, fué el fondo primitivo de que se valieron los historiadores venezolanos para sus primeros escritos", afirma Luis Correa. Y en efecto, es uno de los grandes monumentos levantados a la historia nacional, publicados en Caracas durante los años de 1826 a 1832, en la imprenta de Devisme Hermanos, con el título *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar*. El "Prefacio", escrito de puño y letra de Cristóbal Mendoza, fechado a 24 de julio de 1826, es elocuentísimo en cuanto a la intención de la obra. Cito sólo dos significativos fragmentos: "En la variedad continua de triunfos y reveses que han marcado las épocas de nuestra revolución política desde el 19 de abril de 1810, hay una copia de materiales interesantísimos para la historia del mundo en general, de Sudamérica en particular y más especialmente para la de nuestra República; pero la constante alternativa de los acontecimientos no ha permitido hasta hoy que los gobiernos, provisorios o estables, fijen su atención sobre un objeto tan importante, cual es la conservación ordenada de los documentos, que han de servir de base a la redacción de una historia verdadera; y vemos con dolor que se divulgan hechos desfigurados, que se publican relaciones diminutas o exageradas, que se olvidan las circunstancias de tiempo, lugar, etc., y en fin que se destruyen los comprobantes o piezas oficiales que, purificadas por la crítica, deben sostener el carácter de la verdad".

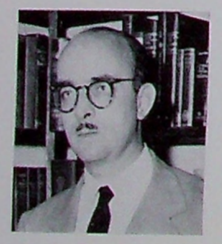
"Sabemos que no ha llegado el momento de trazar el cuadro histórico de nuestro país: que vendrá la oportunidad en que una mano maestra, dotada de las cualidades verdaderamente raras, que recomiendan al historiador, desempeñe tan arduo y magnífico argumento; pero es un deber de los contemporáneos preparar y conservar los materiales, con que se ha de levantar el edificio. Los que nosotros hemos acopiado eran ya nuestra propiedad y podríamos reservarlos y hacer un uso exclusivo; pero prefiriendo el mayor bien de la comunidad, nos esforzamos por extenderlos, animando con el ejemplo a cuantos pudiesen hacer otro tanto".

Otro borrador de este mismo Prefacio terminaba con estas hermosas palabras: "¡Algún día nuestros descendientes bendecirán la mano que les conserve tan preciosos monumentos, y en esta fuente pura beberán los Homeros y Virgilios americanos, para cantar nuestras glorias!".

Y así se emprendió la publicación, que no pudo ver concluída el Dr. Mendoza, pues falleció en 1829, pero fué continuada por Yanes hasta 1832. Tampoco pudo llevar a cabo el Dr. Mendoza su proyectada *Historia de Colombia,* cuyo esquema puede leerse en el "Boletín de la Academia de la Historia", Nº 96, p. 421.

* * *

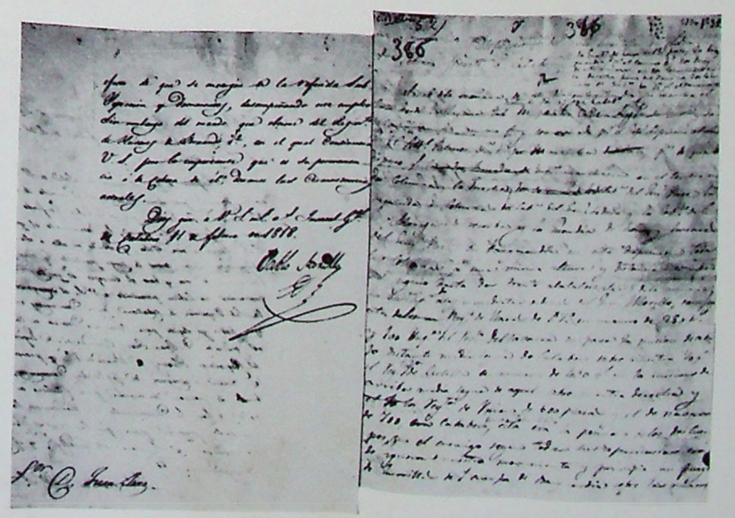
La tercera gran recopilación es la que se debe al Padre José Félix Blanco y a Ramón Azpúrua, publicada en catorce volúmenes entre 1875 y 1877 (i, e. 1878), con la denominación de *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia,* que estaba planeada sin duda como complemento de la obra de Mendoza-Yanes, pues el propio Padre Blanco la llamaba "Reforma de la obra de "Documentos de la vida pública del Libertador". Tomos apretados, a dos columnas, en los cuales figuran textos desde la época colonial hasta 1830, pero siempre con la noble intención de proporcionar elementos útiles para el estudioso de la historia americana. El Padre Blanco emprendió la recopilación hacia 1855, pero sintiéndose anciano y debilitado encomendó en 1864 la obra a Ramón Azpúrua, cuando ya tenía materiales para ocho volúmenes. Azpúrua llegó a reunir originales para completar los catorce tomos que conocemos. La carta en que entrega la empresa a Ramón Azpúrua es un documento



Pedro Grases, *investigador español domiciliado desde hace varios años en Venezuela. Doctor en Filosofía y Letras y en Derecho de la Universidad de Madrid. En nuestro país se ha dedicado al profesorado y a la ciencia bibliográfica. Es Secretario de la Comisión Editora de las Obras de Andrés Bello. Ha publicado varios trabajos sobre su especialidad.*



Sección O'Leary del Archivo del Libertador en la Casa Natal, donde se conservan los documentos originales publicados en las "Memorias" del General Daniel Florencio



Páginas manuscritas del Volumen XV de la Colección de O'Leary

bellísimo: "Un sentimiento de patriotismo, de aquel antiguo patriotismo, puro y noble, que me dirigió siempre en mi vida pública, me anima hoy a confiar a Ud. un asunto en que tuvo la iniciativa y en que yo quiero que ponga Ud. el sello final". "Sabe Ud. muy bien, que desde 1855 que obtuve privilegio para esta patriótica empresa, he estado trabajando constantemente en ella: que he hecho una preciosa colección de documentos inéditos, que, unidos a los de la obra actual de la vida pública de Bolívar, forman la verdadera historia patria".

Es gloria de Guzmán Blanco el haber decretado la edición de la obra el 6 de julio de 1875. El cuarto considerando de la resolución de Guzmán Blanco es sumamente explícito: "que las obras que llevan el nombre de Historia de Venezuela, aunque escritas con ilustración, demuestran que sus autores carecieron a veces de datos auténticos e imparciales, y obedecieron en otras a situaciones adversas a la verdad y a la justicia". El mismo gobernante habrá de ser quien facilite más tarde la publicación de las *Memorias de O'Leary*. Con ambas recopilaciones, el período de Guzmán Blanco es sin duda el tiempo de mayor trascendencia en las colecciones documentales de historia nacional.

Pero antes de llegar a O'Leary es preciso recordar la tarea de un investigador particular en la cultura venezolana: Arístides Rojas. Médico de profesión, había iniciado su labor de publicista con artículos divulgativos de temas científicos que ofrecía en homenaje a la memoria de Humboldt, pero paulatinamente había ido penetrando en los predios de la tradición y en su creciente dominio de la historia nacional cayó en la cuenta que era también una necesidad mayor, el compilar el cuerpo documental de los anales del país. Inició en *La Opinión Nacional* la publicación de cuantos textos había ido agrupando en su afán escudriñador del pasado venezolano. Era su propósito el completar la obra de Blanco-Azpúrua, y ahí están los resultados de sus investigaciones.

Llegamos ya a la empresa de O'Leary.

III) Las Memorias de O'Leary

Aunque iniciada la recopilación del General Daniel Florencio O'Leary desde los mismos días del Libertador, y proseguida con tesón ejemplar después de muerto Bolivar, no pudo comenzar a ver la luz pública hasta el año de 1879. Para el mejor conocimiento del plan de O'Leary, así como de cuantas actividades desarrolló para llevarla a término, remito al magnífico "Prólogo" de Monseñor Nicolás E. Navarro, a la edición de las *Memorias* de O'Leary publicadas en 1952 por el Gobierno Nacional para preparar la conmemoración del Centenario de la muerte del prócer irlandés y devotísimo bolivariano.

Las *Memorias del General O'Leary* constituyen una colección de treinta y dos volúmenes, aparecidos entre 1879 y 1888, editados por Simón B. O'Leary, hijo del prócer que había fallecido en 1854. Se hizo la edición bajo los auspicios del Presidente de Venezuela el General Guzmán Blanco. La colección está distribuída en cuatro grandes secciones:

1). "Correspondencia de hombres notables con el Libertador", volúmenes I al XII;
2). "Documentos", volúmenes XIII al XXVI;
3). "Narración", en tres volúmenes, XXVII, XXVIII y tomo Apéndice, y
4). "Cartas del Libertador", en tres volúmenes, señalados con los números XXIX, XXX y XXXI.

Salvo los tres tomos de "Narración", las *Memorias* son propiamente una compilación documental del Archivo del Libertador, de la parte que le cupo al fiel edecán a la muerte de Bolívar, más la colección que pudo reunir a lo largo de laboriosísimas gestiones, en las que O'Leary puso todo el ahinco imaginable. Constituye la mayor documentación impresa relativa a la gesta de la Independencia, centrada en la persona de Bolívar, y a ella han tenido que recurrir cuantos han querido estudiar la personalidad de Bolívar. El Libertador había dispuesto que a su fallecimiento fuesen quemados los papeles de su Archivo. La orden no fué acatada y la preciosa colección fué llevada a Jamaica, donde se dividió en tres grandes porciones: O'Leary tomó los documentos correspondientes a los años de 1819 a 1830; Briceño Méndez los comprendidos entre los años de 1813 a 1818; y el resto lo conservó Juan Francisco de Martín. Hoy en día, gracias principalmente a las gestiones del Dr. Vicente Lecuna, las tres secciones se encuentran reunidas en el riquísimo Archivo de la Casa Natal del Libertador.

La parte de Briceño Méndez se publicó en el repertorio de Blanco-Azpúrua, a veces con ligeras alteraciones en algunos documentos. En la colección de O'Leary



Miniatura del Alférez Daniel Florencio O'Leary, a raiz de su llegada a Angostura en 1818. (Propiedad de las

se reprodujeron por su editor Simón G. O'Leary algunos textos de Blanco-Azpúrua con el propósito de completarla. Pero la mayor parte de los documentos de las *Memorias* pertenecen a la compilación formada por el General O'Leary, como fruto de las gestiones llevadas a cabo después del fallecimiento de Bolívar, con el fin de enriquecer la parte del Archivo que había quedado a su cargo.

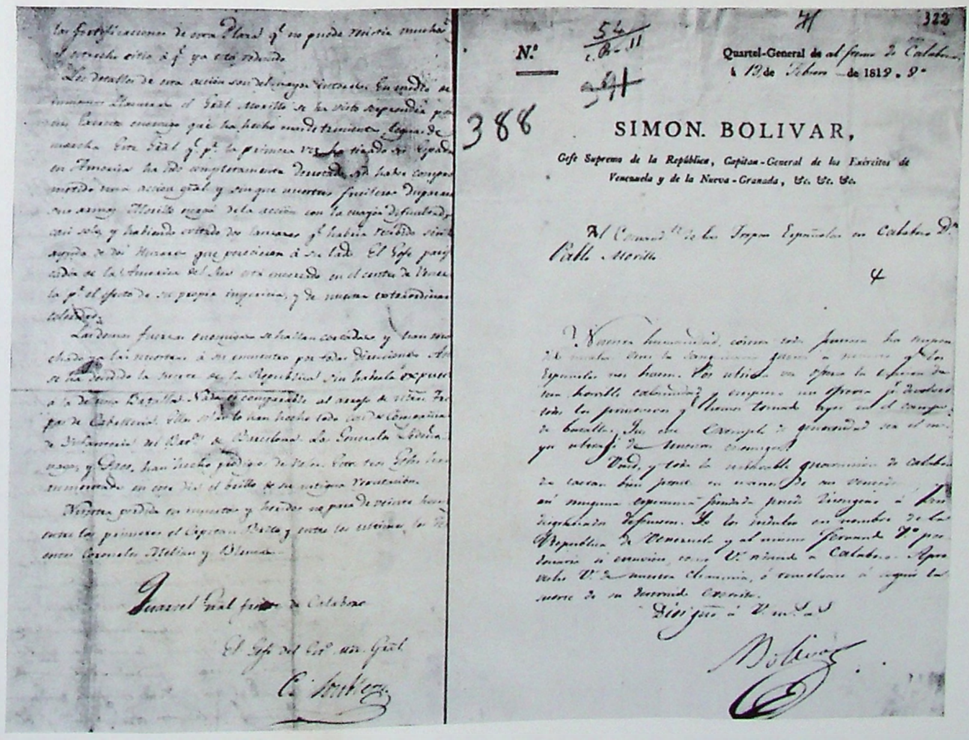
En los doce primeros tomos de correspondencia al Libertador, desfilan los contemporáneos de Bolívar, entre los que citamos: Sucre, Páez, Cristóbal Mendoza, Francisco Carabaño, José Tadeo Monagas, Guillermo Fergusson, Diego y Andrés Ibarra, Santiago Mariño, Santander, Flores, Paz del Castillo, Olmedo, Rocafuerte, Heres, Urdaneta, los Montilla, Revenga, Estanislao Vergara, Restrepo, Soublette, Briceño Méndez, Peñalver, Gual, Roscio, los Mosquera, Fernández Madrid, Leandro Palacio, José María Carreño, Esteban Palacio, Simón Rodríguez, Leandro Miranda, Urbaneja, Gamarra, José de la Mar, O'Higgins, Blanco Encalada, San Martín, Monteagudo, Sarratea, Tunes, Javier Mina, Arismendi, Cochrane, Brión, White, Lafayette, de Pradt, Humboldt, Laneaster, Ker Porter, y tantísimos más.

En los tomos XIII al XXVI, están ordenados cronológicamente los documentos para la vida pública de Bolívar, por campañas y empresas bélicas, en los períodos establecidos por la historia en la biografía del Libertador: La Nueva Granada (1810-1813); Venezuela (1813-1814); Nueva Granada (1813-1816); Venezuela (1816-1819); Gran Colombia (1819-1823); Perú (1823-1826); Congreso de Panamá; Gran Colombia (1826-1830).

Los tres tomos de *Narración* son la interpretación de Bolívar, escrita por O'Leary, parte en inglés y parte en castellano, de cuyo manuscrito se conservan unos pocos cuadernos en la Biblioteca Nacional de Bogotá. El original parece que fué corregido y mejorado en cuanto a estilo al ser publicado en Caracas. Es una obra trascendental en la bibliografía bolivariana, llena de honda devoción y profundo conocimiento de la personalidad del héroe de Caracas. De la *Narración*, dice Manuel Segundo Sánchez que "es, sin disputa, una de las más exactas relaciones de la vida del Libertador, desde los orígenes de su familia hasta el año de 1827, puesto que su autor, tan veraz como inteligente y acucioso, fué testigo de los episodios que relata". La biografía quedó inconclusa, pues en el tomo Apéndice, sólo aparecen documentos de los años de 1827 a 1830, pero no les dió O'Leary la forma de narración definitiva.

Terminan las *Memorias* con tres volúmenes de Cartas de Bolívar, desde 1799 hasta 1829, con un total de 787 documentos, la mayor agrupación de la literatura epistolar del Libertador hecha hasta ese tiempo.

El conjunto de la obra de O'Leary es, sin duda, una realización trascendental, que le ha ganado legítimamente el título de "evangelista de Bolívar". Por su admirable tesón, por la devota adhesión al Libertador y por lo decisiva que ha sido su labor de analista y de biógrafo en la historiografía general de Venezuela y de América, y en particular para la interpretación de Bolívar, bien merece el homenaje de nuestros días, al cumplirse el primer centenario de su fallecimiento, en Bogotá, el 24 de febrero de 1854.



SIMON. BOLIVAR,

Documento original publicado en el Volumen XV de la Colección O'Leary



EL GUARDIAN GIGANTE DE ANGKOR THOM

Arte Fotográfico



Las fotografías que publicamos en esta sección forman parte de una colección completa tomada por Derrick Knight durante una jira de 18 meses iniciada en 1949 por Indochina, Hong Kong, Borneo, Tahilandia, Indonesia y Malaya. Knight nació en 1919 y se educó en Whitgift School, Croydon. Comenzó su carrera en 1936, al ingresar en la Unidad Fílmica G.P.O., entonces bajo la dirección de John Grierson, en la cual llegó al puesto de ayudante del director Humphrey Jennings. Posteriormente trabajó en una película como asistente del director Cavalcanti. En 1941, al iniciarse la guerra, Knight fué movilizado e ingresó en la Unidad Fílmica del Ejército, habiendo fotografiado los más importantes sucesos bélicos en Europa, Asia y Africa. Por sus servicios durante la guerra le fué concedido el M.B.E. Después de su desmovilización en 1946, Knight ingresó en la Unidad Fotográfica Shell, que se encontraba en período de formación. Como fotógrafo-jefe de dicha Unidad, en febrero de 1948 fué enviado a Sur América a tomar fotografías para ilustrar el libro "Invisible Cargo" de Leo Walmsley, sobre la industria petrolera. Durante esa jira efectuó un viaje en automóvil a lo largo de la carretera trasandina y visitó la región de los indios jíbaros, cazadores de cabezas del Amazonas, obteniendo también fotografías generales del área visitada. Regresó en diciembre de 1948 y en octubre del año siguiente inició una jira por el sureste de Asia, de cuya colección son las fotografías que reproducimos. Derrick Knight es miembro de la Real Sociedad Fotográfica, de la Real Sociedad de Artes y del Instituto de Fotógrafos Británicos.

KAYAN DYAK, SARAWAK



TEJIENDO EN UN TELAR DE MANO BALINES



UN TRABAJADOR VIETNAMES, EN NHABE

La industria pecuaria del Coquivacoa



Francisco Morillo Romero, *abogado e industrial venezolano nacido en La Concepción, Estado Zulia. Es fundador de numerosos organismos económico-sociales y ha desempeñado varios cargos públicos importantes, entre otros la Presidencia de la Corporación Venezolana de Fomento. De sus trabajos publicados se señalan: "Importancia del Derecho Rural en el desarrollo económico-social de Venezuela" y el "Libro de la Convención de Ganaderos del Estado Zulia".*

por F. MORILLO ROMERO

Cuando en el ámbito venezolano se menciona al Zulia el oyente asocia rápidamente esta palabra aborigen con el petróleo, el calor y la característica despertez mental de sus pobladores. Puede que en otras regiones del país el subsuelo produzca tanto aceite, el clima sea tanto o más cálido que el de las riberas del Coquivacoa o los habitantes gocen sobrada fama de espiritualidad y audacia, pero siempre para el venezolano común el Zulia es una tierra petrolera donde se suda la gota gorda para aflorar y exportar aceites combustibles. Por ello casi no causa extrañeza a los nativos del Estado la constante rectificación del forastero cuando advierte que esta región posee uno de los comercios más activos de la República, que miles de embarcaciones surcan su Lago sin que transporten otro petróleo que el que mancha el maderamen donde se estrellan los "marullos", que una muy poderosa industria se esté desarrollando en las concentraciones urbanas, y que allá, no tan lejos, a veces casi a la vera de sus poblaciones rurales comiencen los sembradíos y los pastos, y las máquinas agrícolas atruenen el espacio con las explosiones sincrónicas de sus potentes motores.

Probablemente por ello es por lo que al más ligero de los análisis de viajeros y residentes se concluye en que la vida transcurre en el Zulia en una interesante y por demás pintoresca actividad que se traduce en bienes materiales y del espíritu que benefician a la región y al país. Y sin exagerar: Trabajar es para el zuliano una meta, un objetivo, una manera de vivir. Y se trabaja el petróleo, la materia prima, la especulación comercial y sobre todo, o diríamos, antes que todo, se trabaja la tierra. Y se hace el trabajo con el pensamiento marginado de todo proceso de especulación económica sobre el impacto permanente de la industria petrolera en la estructura económica y financiera del país. Puede decirse que para el empresario campesino del Zulia una sequía prolongada o un aguacero oportuno tienen más importancia que los movimientos del Sr. Simpson o la elevación de los precios internacionales de los crudos del subsuelo del Coquivacoa. Sin que, por otra parte, esto indique que le tiene sin cuidado la situación económica, financiera o política del país, ya que el zuliano se sabe órgano esencial en el aparato vivo de la nación.

La actividad mercantil, la industrial y, muy particularmente, la petrolera han provocado, lógicamente, el fenómeno de la concentración demográfica en Maracaibo, Cabimas, Lagunillas y otras poblaciones petroleras, pero el cincuenta por ciento de los pobladores del Zulia vive en pequeñas comunidades rurales y en las haciendas y conucos circunvecinos. Puede observarse a simple vista la diferencia radical en expresiones y pareceres entre el habitante urbano y el residente rural: audaz, quisquilloso, dicharachero y extrovertido el primero; conservador, metódico, ahorrativo, de hablar pausado, aguantador y casi estoico el último. Pero con una gran facultad de adaptación y un casi intrépido sentido para tolerar, resistir y perseverar. Porque la vida del zuliano transcurre en el más tropical de los ambientes venezolanos, en un inhóspito *habitat* y rodeado, combatido y excitado por las fuerzas poderosas que campean en sus bosques, sus sabanas y sus ríos y "caños"

Y es allí, en las riberas del Lago y en las márgenes de corriente lenta y meandros infinitos.
de sus ríos navegables donde, probablemente, ejecuta el zuliano su tarea menos divulgada: Doblegar las fuerzas naturales para ponerlas al servicio de la producción nacional. Sin gritos ni aspavientos. Sin discursos ni aparatosos alardes de expresión altisonante. Donde domestica la "novilla", vacuna los becerros, planta miles de kilómetros de cercas rectilíneas, desvía el curso de los "caños", construye caminos carreteros, desarraiga el bosque y transforma el suelo en preciosas dehesas de pastos nutritivos; establece cultivos permanentes, castra un ternero al igual que un toro que no está dando "buenas hijas" y ordeña en la madrugada y al atardecer las vacas de su rebaño, dibujando una sonrisa de satisfacción cuando la "Maravilla" o la "Siempreviva" le dieron esta mañana tanta leche que le rebosaron el "tarro".

Sobre el empresario campesino del Zulia y su principalísima actividad, la explotación de la ganadería de leche, procuraremos compendiar aquí sus medulares aspectos, con el exclusivo objeto de contribuir a divulgar noticias y procedimientos, sin ánimos de exhibición colectiva, pero con propósitos confesados de estímulo común. Nada ha halagado más al hacendado del Zulia como oír, que lo oyó, a un alto funcionario del Gobierno Nacional, declarar públicamente que la ganadería del Coquivacoa, enfocada con lente de visión general, ha marchado y marcha a setenta años de distancia de la del resto del país. ¿Don del Cielo? ¿Regalo de la Naturaleza? ¿Premio a la constancia y al tesón de sus



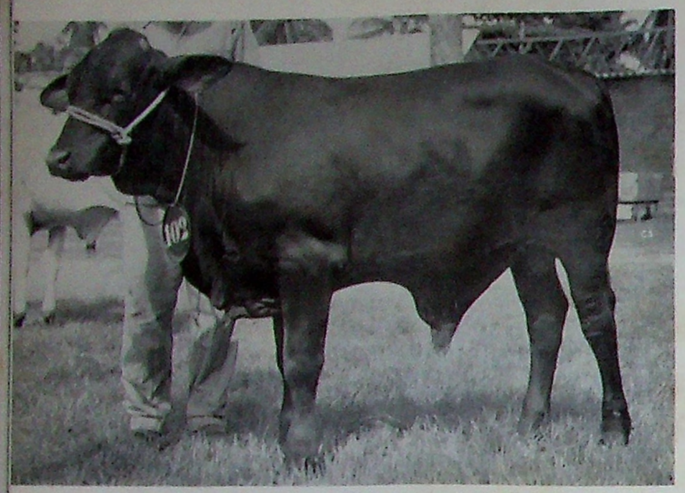
Toro media sangre Cebú, hermoso ejemplar de Puerto Colón, Edo. Zulia



Vaca lechera mezclada con Holstein, excelente productora de leche. Ganado de Puerto Colón, Edo. Zulia



Vista del puerto de Santa Bárbara del Zulia, sobre el rio Escalante



Torete "Santa Gertrudis", de la finca Bolívar, Santa Bárbara del Zulia



Toro "Muchacho", propiedad del Dr. F. Morillo Romero, ganador del Primer Premio para raza de carne en la Segunda Exposición Pecuaria. Distr. Colón, Edo. Zulia, 1953



Manera de practicar el ordeño en el Zulia. Obsérvese el ternero atado ("enrejado") a la pata de la vaca

empresarios? Ninguno de estos factores, individualmente tomados, explica y provoca su vigor. Diríamos, mejor, que una bien lograda combinación de los mismos.

En el Zulia se reunieron la feracidad del suelo, la precipitación pluvial, la nutrida irrigación y otros recursos hidrológicos, el aporte vial de su Lago y sus ríos navegables y el vigor nunca desmentido de sus pobladores campesinos para dar estructura firme a un rebaño de más de medio millón de cabezas de ganado lechero que surte hoy al país de elevado porcentaje de los productos lácteos que consume la mesa venezolana. Analicemos, bien que a la ligera por falta de espacio, uno a uno los factores concomitantes que han provocado tan desusado fenómeno en la economía nacional.

Dejemos a un lado la relación histórica pues poco se conocen los pasos iniciales de la actividad pecuaria zuliana. Probablemente las previsiones juiciosas de las Ordenanzas de Felipe II, que tanto influyeron en la estructura colonial —económica, urbanística, religiosa, costumbrista, etc.—, determinaron *a priori* que a la zona del Coquivacoa, al igual que al resto de la Tierra Firme, los colonizadores deberían traer las vacas andaluzas, simiente sin par de la ganadería tropical que con tan lisonjero éxito prosperó en las sabanas y los valles de la Colonia. Algún día remoto un explorador castellano, suerte de *bandeirante* portugués, se alejó del primitivo villorrio marabino y casi sin querer descubrió fértiles sabanas donde prosperarían pequeñas masas de ganado. La cosecha de maíz que excedía el consumo humano de la localidad le sugirió la posibilidad de su aprovechamiento para alimentar vacas y aumentar sus rendimientos lácteos. Aquella semilla de pasto pará o guinea que con tantos aspavientos y hábiles reseñas de personal testimonio trajo de otras tierras algún segundón de Castilla, halló próspero lecho en la capa vegetal de Perijá y La Cañada y proveyó las proteínas iniciales que requirió el primitivo rebaño. El resto lo hicieron la emulación y la necesidad.

Fenómeno similar debió ocurrir cuando hace ya casi doscientos años se fundó San Carlos del Zulia; bien que en las zonas ubérrimas del Distrito Colón probablemente se asentaron primero los cultivos agrícolas propiamente dichos antes de hacer campo y permitir, por complejos fenómenos económicos, la paulatina trasmutación de la cosecha agrícola en explotación típicamente pecuaria.

Irradiando del Lago hacia los linderos del Zulia se repitió el trashumante proceso, salvo aquellas zonas, vírgenes aún del contacto del hombre civilizado, donde, sin cuartel, los aguerridos indios motilones defienden sus reductos.

Y así, hoy, desde Castilletes hasta el Río Morotuto y desde la Sierra de Siruma hasta el Tokuko, deambulan a campo abierto o pastorean dentro de cuidadísimas cercas las manadas de ganado lechero del Zulia, reclamando cada día más pastos pues parece que el crecimiento vegetativo de las mismas excede en velocidad al constante plantar de hierba de guinea o del pará.

El factor geográfico:

Podríamos decir que el Zulia es un extensísimo valle, si nos permitimos esta licencia lexicográfica. En efecto, la Sierra de Siruma, al este; la Cordillera Andina, al sur, y la Sierra de Perijá, al oeste, determinan una cuenca hidrográfica precisa, dan fuentes a los numerosísimos ríos que alimentan el Lago de Maracaibo y prestan "fisonomía" especial a los fenómenos meteorológicos que ocurren en el Estado, y son de importancia tal que, otra que fuera la ubicación de las montañas dichas, a poco si el Zulia fuera un desierto plagado de dunas y sabanas.

Los doce mil kilómetros cuadrados de superficie abierta que tiene el Lago de Maracaibo, expuestos al sol, "de sol a sol", constituyen fuente principalísima de las capas de aire húmedo, mediante la evaporación permanente de sus aguas. Y los vientos alisios, ya cargados de humedad, arrastran sin cesar estas nubes, durante gran parte del año, hasta estrellarlas contra las faldas y cumbres de las montañas del sur y del oeste, provocando con singular periodicidad la precipitación pluvial que tipifica las zonas sur y occidental del Lago de Maracaibo. Es cierto que en muchas ocasiones —el Trópico que llega por sus fueros— se altera este ciclo meteorológico, provocándose inundaciones y "crecientes" que causan daños sin cuento, pero se observa que tales fenómenos están sujetos también a curiosa periodicidad que, a ciencia cierta, ni aun ésta puede explicar. El caso es que en el Zulia los hacendados hablan de años buenos o malos, según éstos sean "terciados" o secos o exageradamente lluviosos, y mencionan también, sin base cierta de conocimiento, que las inundaciones se presentan cada "tantos años", al igual que los más sesudos economistas sostienen la periodicidad de las crisis, asimilándolas casi a un fenómeno inexplicable de la Naturaleza. Así encontramos, pues, al clima tórrido del Coquivacoa en función de tenaz fertilizante de las tierras circunvecinas, aunando sus esfuerzos a los que depara la feliz ubicación de las montañas circundantes. Suerte de reparación permanente de los daños que el mismo hace a los rebaños lecheros mejorados, poco resistentes a los efectos de la temperatura tropical.

Los centenares de ríos, arroyos y "caños" que acopian las aguas pluviales para conducirlas al Lago, derramando en ocasiones con moderación los excedentes que desbordan sus cauces cenagosos para humedecer profundas capas vegetales, constituyen el verdadero basamento de la fertilidad de la tierra zuliana. Algunos, de ostentosa figuración nacional, como el Catatumbo, el Escalante y el Limón son navegables en buen trayecto, y su importancia alcanza tales magnitudes que su propia existencia determinó la fundación de Santa Bárbara de Zulia, Encontrados, Sinamaica y otras poblaciones ribereñas. Cumplióse aquí el precepto universal que ha constreñido al hombre a edificar y sembrar a la vera de una corriente de agua. Quedan así las comunidades a buen resguardo del aislamiento y la sed. ¿Habrá que reseñar ejemplos y acopiar estadísticas? Valga un ejemplo para contraste. Maracaibo, Cabimas y Lagunillas carecen de tal vecindad fluvial. ¿Será preciso narrar la historia de lo que significó para Maracaibo la carencia de agua potable y suficiente, hasta que el Ejecutivo Federal la dotó de un moderno acueducto? ¿Sabe el venezolano común del esfuerzo que realiza un maracaibero para solazarse bajo la sombra bienhechora de los árboles de su jardín? ¿Y qué decir de Cabimas y Lagunillas, que no gozan de tal servicio público? Menos mal que el hombre, activo perseguidor de sucedáneos, se hizo el paladar al gusto semisalobre de las aguas del Lago y al baño incompleto que le procuran los "marullos" de sus costas.

El Palmar, el Apón y otros más, son fuentes casi inagotables de riego artificial que se aprovechan para reverdecer las dehesas del Zulia.

Pero, es al Lago de nuestros poetas, al de miles de cabrias petroleras, al de costas y ensenadas sin cuento, al que hay que darle posición cimera entre los factores que determinan la importancia económica del Occidente del país. Pequeño mar interior, de aguas de todos los tonos y todos los peces, de todos los vientos y no escasas corrientes, constituye la más barata y accesible de las vías de comunicación con que cuenta la República. Dígalo si no, el hecho de que varios miles de buques de todos los tipos, tonelajes y fuentes motrices, navegan por sus rieladas aguas. Y no mencionemos lo que ocurrirá cuando culmine la ejecución en proceso del dragado de la Barra que lo separa del mar abierto. Obra que dará lustre a un gobierno tanto como a una generación. Y que abrirá insospechadas directrices y formidables desarrollos a la economía de la Venezuela Occidental.

Obsérvese, pues, cómo se han coordinado las fuerzas estáticas y dinámicas de la Naturaleza para crear el fenómeno de la receptividad económica que permitió dar estructura a una explotación intensa que constituye hoy día la fuente más próspera de la economía campesina del Coquivacoa.

El medio:

Si se nos pregunta cuáles son los factores característicos de la explotación pecuaria del Zulia habríamos, por fuerza, de responder: La ubicación de los potreros en los mismos terrenos que ocuparon los bosques impenetrables, y las cercas colindantes y divisorias de las fincas y sus pastos. Salvo alguna que otra sabana, donde la propiedad comunal se reparte en "derechos" y que sólo se utiliza para el pasturaje de las peores reses del fundo, durante alguna inesperada sequía, casi la totalidad de la tierra ganadera del Zulia se cobró a la selva tropical. No hubo, pues, obsequio ni don de aprovechamiento gratuito. No hubo oportunidad para soltar reses domesticadas que el deambular realengo transforma en cimarroneras. Tras el hacha, el machete y el fuego llegó la simiente del cereal y, luego, la semilla y la "mecha" de pasto pará o guinea. Y a defender el incipiente pasto de las malas hierbas y los arbustos

vengadores del desplazamiento de su "montaña" paterna. Y a evitar el sobrepastoreo y el fuego destructor de la capa vegetal. Las máquinas agrícolas modernas —tractores de oruga o rueda, el arado y el rolo limpiacampos— dieron nuevo ímpetu al aprovechamiento del suelo y permitieron una mayor capacidad en el rendimiento por hectárea, o "por cuadra", como dicen en el Zulia a la unidad de superficie agraria de diez mil varas castellanas "en cuadro".

La casi nula o insensible inclinación de los terrenos, y la cobertura inmediata de pastos permanentes, de excelente y copioso sistema radicular, impidieron la erosión, flagelo éste que destruyó y sigue destruyendo miles y miles de hectáreas en las zonas montañosas del país, donando al fondo de los valles, al lecho de los ríos y al fondo del mar millones de metros cúbicos de tierra vegetal, empobreciendo los suelos y procurando cada día menos sustentación a la actividad y a la satisfacción de las necesidades primarias de los pobladores montañeses del país. Si bien se exagera —por los eternos sábelotodos, lenguaraces más que audaces, que pululan en toda comunidad en formación— la fertilidad de los suelos tropicales —pasibles de oxidación destructora de su vida orgánica bajo la inclemente acción del sol canicular—, la verdad es que la experiencia está probando que el rendimiento de los mismos poco deja que desear cuando de cultivos de gramíneas se trata. Y que estos pastos —pará y guinea— si se les complementa con raciones de alimentos concentrados, pueden procurar a la vaca lechera y al ganado de engorde las proteínas que requiere la economía animal. Quede bien claro, sin embargo, que mientras estas especies nutritivas no puedan obtenerse a precios más moderados el Zulia seguirá alimentando sus ganados exclusivamente con el pasto de sus potreros, salvo aquellas reses de importancia genética que merezcan sacrificios económicos de envergadura. Cierto, también, que faltan ensayos oficiales o particulares sobre el cultivo y aprovechamiento de leguminosas; puede que a éstas les esté reservado el milagro de la producción de leche y carne al máximo en el Coquivacoa. Pero, pese a todo ello, sigue en pie la verídica especie de que en ninguna parte como en el Zulia la hectárea "ganadera" rinde más, si a explotación semi-extensiva nos referimos.

Con excepción de algunas zonas ribereñas del Palmar, el Apón y el Limón, en el resto del Estado casi no se hace uso de riego artificial. Y, probablemente, porque bien poco se necesita cuando la precipitación pluvial, si más intensa en la época de lluvias, no falta en mes alguno del año. Casi parece una exageración andaluza, pero hemos oído con frecuencia aflorar esta queja en la boca de algún ganadero: "Ya hace quince días que no llueve... ¡¡¡si siguen estos veranos!!!"...

Muy por el contrario, la prensa periódica da cuenta constantemente del grave problema que para algunas secciones del Zulia, principalmente el Distrito Colón, que tan merecida fama goza ya en los medios oficiales y particulares como zona pecuaria por excelencia del país, constituye la dificultad del drenaje de las aguas pluviales de la región, aunadas a las que bajan inconteniblemente de las montañas andinas. En la actualidad se adelantan estudios del asunto y ojalá que se logre solución a tan grave lacra campesina zuliana.

Si la geografía y el suelo colaboraron atinadamente para que el valle del Coquivacoa sirviera de asiento a una ganadería eficaz, veamos quién es y qué ha hecho el hombre del lugar. Porque es a éste, principalmente, a quien se debe la obra nacional de haber creado riqueza en la región, aprovechando los recursos próvidos de la comarca.

El hombre:

En porción alguna de la tierra muestra cabalmente el hombre sus facultades creadoras como en las comarcas campesinas. Y no hablemos de estos tiempos modernos en los que el avión, la prensa, los camiones, los buques y los servicios públicos y privados están siempre prestos a la resolución de los problemas característicos de la formación de los instrumentos de la producción y de la explotación de éstos. Pensemos en aquel productor campesino que apenas disponía de hachas y machetes para talar el bosque; de alguna vieja carreta de bueyes para el transporte de las cosechas; de algún caballejo enfermizo para cabalgar en su heredad; sin insecticidas ni medicamentos y, sobre todo, sin recursos crediticios ni ayuda técnica a su arbitrio. Hombre para quien la fiebre palúdica era un hecho de ocurrencia tan natural como el comer y el andar. Hombre ajeno a organizaciones económicas que le defendiesen los precios de sus cosechas, y expuesto por demás a la impía explotación de intermediarios y logreros. Compárese mentalmente ese cúmulo de circunstancias con las que imperan hoy en la industria pecuaria y habrá razones de sobra para elevar a posiciones de prestancia el esfuerzo magno del primitivo "pionero" de la pecuaria zuliana.

Luego vinieron las máquinas, los equipos, la asistencia pública y técnica, el Banco Agrícola y Pecuario y la Corporación Venezolana de Fomento, los medicamentos eficaces y los boletines de información, las sociedades gremiales y todos los copiosos recursos de variada índole que caracterizan la vida pública moderna de la Venezuela de hoy. Y aquí observemos otro fenómeno: aquel mismo "pionero", ajeno totalmente hasta el momento a la manipulación de los equipos y al uso de los servicios públicos y particulares, preñados de técnica y notorias dificultades, se adaptó a maravilla a los nuevos sistemas y aceptó los nuevos postulados de la ciencia agrícola. La nueva conciencia social y las previsiones justas de tipo legal que defienden al obrero campesino del abuso patronal, fueron admitidas casi sin protesta.

Y dato importante: Incrustados en todas las comarcas campesinas del Zulia se encuentran profesionales de toda clase que con el acervo de su cultura llegaron a laborar por sí y por el pro común, dando alientos y ejemplos a los que sirven y a aquéllos con quienes comparten tareas de índole colectiva.

Sin embargo, hay un fondo de conciencia y procederes en el alma y el discurrir de la vida del empresario campesino del Zulia que no ha cambiado. Sigue siendo tan conservador y circunspecto en el cumplimiento de sus obligaciones como aquel "cañadero" que ofrecía en garantía, y le era aceptado, un pelo entrecano de su bigote, siendo su palabra "un documento" bienvenido hasta por sus enemigos. Sigue emulando sin envidias; admitiendo errores sin falsas vergüenzas; prosperando sin alardes de nuevo rico; socorriendo al necesitado sin que "la mano izquierda se entere"; ampliando y mejorando su finca; modernizándola y hasta embelleciéndola. Y quépanos la infinita satisfacción de consignar un dato fidedigno: Hace ya muchos años que no ha ocurrido un hecho de sangre que ensucie la mano de un hacendado del Zulia. Pacífico, trabajador, resistente. Y atento siempre a no perder la ruta del progreso. Ese es, en pocas palabras, el hacendado del Coquivacoa. Y nada indica que ocurra algo que le haga cambiar de procederes y maneras de enfocar la vida y sus tareas. Son casi dos mil empresarios campesinos que con el auxilio de decenas de miles de obreros continúan laborando por el engrandecimiento económico del país.

El ganado:

De aquella vaca andaluza, ya casi adaptada a ambientes semitropicales, se gestaron los rebaños del Zulia. Uniformes en pinta, alzada y producción. La necesidad de aprovechar al máximo el pasto artificial —de costoso mantenimiento y de difícil instalación— tornó a la industria pecuaria zuliana hacia la producción de leche y sus derivados: el queso y la mantequilla criolla. Sabedor el ganadero de que estos alimentos resisten el transporte sin perder calidad prefirió conquistar parte del mercado nacional, luego de saturar el local. Es por demás sabido que resulta económicamente imposible transportar ganado en pie hacia los mercados lejanos de consumo cuando no se cuenta con ferrocarriles. En cambio, los productos concentrados de la leche: queso, mantequilla, leche en polvo, etc., lógicamente no sufren igual perjuicio ya que los envases ayudan a evitar la pérdida de peso y, por otra parte, carecen de vida organizada.

Deseoso de equiparar rendimientos a los muy conocidos de las vacas europeas y norteamericanas el hacendado del Coquivacoa mestizó su ganadería criolla seleccionada con toros Holstein, Jersey, Normandos, etc., importados. Se entusiasmó con los resultados de los primeros cruces... para advertir luego que, mientras aumentaba el porcentaje de sangre de aquéllos, disminuía trágicamente la resistencia al calor, a las enfermedades y a los malos tratos. La terrible mortalidad de becerros y la degeneración física de las reses atrajeron por fuerza su atención hacia una solución satisfactoria. Así se ha abierto el paso al mestizaje o cruzamiento con las razas indias: Gir, Brahman (americana), Nellore, etc. Difícilmente podrá impedirse ya la generalización del ganado cebú en la explotación de rebaños lácteos. Falta aún saber si la disminución de la producción láctea puede ser grave, pero el ganadero sabe que compensaría pérdidas con mayores rendimientos de carne, y con un mejoramiento definitivo en la salud y la resistencia de la manada. Ojalá que el Ministerio de Agricultura instale cuanto antes en alguna zona pecuaria del Coquivacoa la Estación Experimental que la significación nacional de la ganadería zuliana está reclamando con justicia. Experimentos genéticos de tal magnitud, preñados de gravísima peligrosidad económica, no pueden ni deben dejarse al cuidado ni siquiera de aquellos hacendados mejor dotados de perspicacia y conocimientos.

El ganado lechero del Zulia se alimenta durante todo el año en potreros de sempiterno verdor. "Descogolla los brotes nuevos en un proceso incesante de rotación, dejando los tallos maduros para los ganados "escoteros" (secos, en crecimiento, de engorde, etc). Allí radica el más cuidadoso sistema de alimentación ya que de otra suerte la producción del rebaño decaería a límites de inoperancia económica.

Ya pasó la era de la "limpia a machete", pues hoy, dos o tres veces al año, son los rolos limpia-campos las "herramientas" que se encargan de esa tarea. Y como consecuencia que dignifica y justifica un procedimiento, este sistema mecánico de eliminación de arbustos y malas hierbas ha permitido erradicar el fuego que degenera el pasto y calcina la capa vegetal. Se acabaron ya en el Zulia las tenebrosas quemas que destruyen cercas y esterilizan los suelos. Y, sobre todo, el uso del rolo permite aprovechar al máximo, no solamente el pasto del potrero sino los residuos orgánicos de los tallos no consumidos.

El uso del toxafeno y demás insecticidas clorinados se ha generalizado de tal modo en las comarcas pecuarias del Estado, que ya son muy pocos los que siguen aferrados a las aspersiones de soluciones arsenicales o al bárbaro recurso de frotar el ganado con gas-oil. Y la



Vista general de la fábrica Indulac en Santa Bárbara del Zulia

garrapata va cediendo terreno y la mosca brava, perdiendo su batalla. Las vacunas contra las enzootias y epizootias comunes: carbón sintomático, septicemia hemorrágica, carbón bacteridiano, etc., se aplican como cosa de rutina. La tuberculosis vacuna y el aborto contagioso tienen apenas carácter incipiente y ya se comienza a combatir los brotes antes de que constituyan mal irreparable. Día a día los nuevos medicamentos sulfonados y los antibióticos adquieren más adeptos. Podemos afirmar que ya hay en el Zulia una pequeña conciencia colectiva que se traduce en preocupación permanente por el estado sanitario general de sus regiones pecuarias.

La explotación lechera:

Los seiscientos mil litros de leche que diariamente se obtienen en las haciendas del Zulia se ordeñan en corrales antihigiénicos. La escasez de recursos o la inveterada preferencia del ganadero a extender sus pastizales para acoger el crecimiento vegetativo de su rebaño, aunadas a las graves dificultades del transporte rural, no han permitido que se generalice la práctica de ordeñar en pisos de concreto, con techo o sin él. Probablemente, el mayor rendimiento del rebaño permitiría cubrir con creces la inversión de capital requerida, pero lo cierto es que el ordeño sigue practicándose en el Zulia en condiciones primitivas que no se acuerdan al adelanto notorio de la actividad pecuaria en otros de sus ramos. El becerro al pie de la vaca, para que ésta "apoye", es otra práctica perjudicial. La falta de electricidad barata y el escaso índice de producción por unidad no han permitido el uso del ordeño mecánico. No cabe la menor duda de que tanto en alimentación como en sistemas de ordeño queda mucho por hacer en los establecimientos lecheros del Coquivacoa.

El oneroso valor de la instalación y mantenimiento de los pastos artificiales, y el individualismo lógico que caracterizan la época, a más de la necesidad de rotar los ganados, condujeron inmemorialmente al ganadero zuliano al uso de la cerca de alambre con púas y estantes de maderas duras. Ellas permiten mantener dividido el rebaño en secciones, por edad y sexo. Y constituyen, junto con el pasto artificial, la característica más notable de la ganadería del Zulia.

La selección permanente, la castración temprana, la escogencia del toro, la exogamia, la vigilancia y curación de los ganados; la dotación permanente de sal común, la provisión de agua potable, y otras prácticas ganaderas sensatas reciben en las haciendas del Coquivacoa, general y constante aceptación. Cualquier ganadero conoce el número exacto de reses que posee, dato indispensable para evitar el sobrepastoreo destructor de pastos y que torna proclive el rebaño hacia la desnutrición y sus inevitables consecuencias.

Es así como el Zulia ha podido incrementar sus rebaños en más de un quince por ciento anual, sin perder calidad y abasteciendo mercados lejanos de su territorio. Y hasta ha logrado, bien que con ciertas limitaciones, cubrir los requerimientos de carne de su medio millón de habitantes.

La industria:

Casi un décimo de la leche fresca es pasteurizada y ofrecida al consumo en lacticinios modernos. "Alfa", "Upaca", "Los Ranchos", "Vía Láctea" e "Indosa" producen leche tipo B, de gran aceptación en los mercados del Zulia y los Andes. El Lactuario Alfa, la Cremería Nacional y el Lactuario Perijá elaboran mantequilla refinada y sana que constituye, casi con carácter de exclusividad, la fuente nacional de dicho alimento. Más de doscientos mil litros diarios se transforman en el queso "criollo" que abastece los mercados nacionales.

INDULAC lanza al mercado diariamente la leche en polvo que obtiene del tratamiento de más de ochenta y seis mil litros que compra en la región de Santa Bárbara del Zulia. Y muy pronto el ensanche de sus instalaciones le permitirá adquirir y procesar hasta 120.000 litros diarios y se prepara para recibir en el futuro más de 200.000. El grupo holandés "Nutricia", la compañía californiana "Golden State" y una empresa sueca, adelantan estudios orientados a la instalación de nuevas fábricas de leche en polvo en el Zulia. Y seguramente que el más hermoso proyecto es el que en la actualidad impulsan los ganaderos de Perijá y La Cañada para crear la fábrica "Mara", con capital oficial y de los productores de estas regiones.

Y mencionemos los famosos helados de Maracaibo para cerrar con un dejo de dulzor el subyugante "panorama" de la industria láctea del Zulia.

La defensa de la industria:

Es obvio que han llegado los tiempos en los que no basta producir solamente. Precisa defender los mercados. Es cuestión de vida o muerte colocar la producción de mantequilla y leche en polvo en los mercados venezolanos. La post-guerra y la tremenda capacidad económica del venezolano, al par de una cierta conciencia alimenticia, aunadas todas a fenómenos característicos de todo país rico en divisas y de cambio libre, atrajeron a Venezuela la avidez sin piedad de los excedentes alimenticios extranjeros. Más baratos, de igual o mejor calidad, y amparados tras propagandas de generaciones, los productos similares del exterior pretendieron y pretenden avasallar el mercado nacional, arrinconando la producción vernácula para llevarla a la inacción. Demagogia disfrazada de vida fácil y barata. Apetitos de lucro enmarañados tras pseudo-beneficencia para la masa consumidora. Fueron horas de acción enérgica las que vivieron el ganadero del Zulia y los industriales de la leche hasta lograr obtener del Gobierno Nacional la estructura de una sana política de protección a la pujante industria del Coquivacoa. Día llegará, sin duda alguna, en el que esta política rinda frutos de autosuficiencia y bienestar económico nacionales [1].

La Sociedad Rural del Zulia:

Finalizado el año de 1945 los productores campesinos del Coquivacoa constituyeron este Organismo Económico que, a lo largo de siete años, ha dado prueba patente de que hay madurez de juicio en las mentes y los procederes de sus integrantes. Exposiciones, polémicas, representaciones, inveterada defensa de posiciones y conceptos y la más variada gama de gestiones, jalonan su septenio. Nos satisface consignar que tal Institución goza de merecida fama por su discreción y seriedad, pues tal lo reconocen los medios oficiales y privados. La voz de la *Sociedad Rural del Zulia* refleja el sentir colectivo del ganadero zuliano y ni tan siquiera el Gobierno Nacional crea o modifica una política económica que afecta la ganadería zuliana o nacional sin oír la palabra serena de sus jerarcas. Casi cuatrocientos ganaderos de selección integran hoy la asociación y le confían la representación de sus intereses generales, dejando de lado, claro está, los que se enmarcan dentro de su personal gestión económica o de producción. La *Sociedad Rural del Zulia* constituye un rotundo y permanente mentís a quienes pregonan que el hombre del Coquivacoa es incapaz de asumir posiciones que no encuadren dentro del egoísta individualismo, tan característico del hombre de los trópicos.

Futuro de la industria:

Los hombres del Coquivacoa tienen acendrada fe en el porvenir de su industria. Creen y confían en su esfuerzo y en el experimentado poder del ser humano sobre las fuerzas naturales. Tienen constancia y tesonera dedicación en su actividad económica. Se saben responsables de la supervivencia y la superación de una invalorable sección de la economía campesina venezolana. Sin aspavientos ni patrioterías realizan sus tareas y ponen al servicio de la causa nacional del autoabastecimiento el vigor de sus músculos y las ponderadas inquietudes de sus mentes. Saben que la lucha se actualizará a cada paso, y de la misma cobrarán energía que seguirán volcando sobre las verdes praderas que rodean al hermoso Lago de Alonso de Ojeda. Vencerán, porque tienen fe, porque la naturaleza los ayuda y porque del campo y su industria pecuaria han hecho una causa, un objetivo, un derrotero y casi un destino.

(1) Si el lector desea enterarse de algunos aspectos históricos en lo que se refiere a la odisea del productor de leche del Distrito Colón en su lucha a brazo partido para defender la industria de leche en polvo nacional y, tras ella, lograr su merecido puesto entre los empresarios que se esfuerzan por la prosperidad económica del país se le recomienda la lectura del folleto "Leche en Polvo, Proteccionismo, el Zulia, el tratado & Cía.", editado por la Federación Venezolana de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción, cuyo autor es el mismo que suscribe el presente trabajo.



A la derecha, el juez ganadero Dr. Edgardo Mondolfi, examinando el ganado en la Segunda Exposición Pecuaria del Dto. Colón. Edo. Zulia.



Pintores Venezolanos

EMILIO BOGGIO (1857-1920): "FIN DE JORNADA" (Colección del Museo de Bellas Artes de Caracas).

Emilio Boggio, hijo de padre italiano y de madre venezolana, nació en Venezuela en 1857. Hizo estudios generales en Francia y de regreso a Caracas se le afirmó su vocación por la pintura. Volvió a Francia y comenzó a trabajar en la Academia Julian, bajo la dirección de Jean Paul Laurens, donde inició su amistad con el pintor Henry Martin. En dos ocasiones permaneció algún tiempo en Italia. Expuso por primera vez sus obras el año de 1899 en el Salón de Artistas Franceses y luego se reveló como paisajista en la Exposición Internacional de 1900. Pero la más importante exposición de su labor es la que realizó a su regreso a Caracas en 1919, un conjunto de 53 obras pintadas desde 1891.

Aunque por su formación y su concepción Boggio fué un pintor francés, la exposición realizada en Caracas lo vincula estrechamente al arte venezolano por la influencia que ejerció en los jóvenes de la época y por el aire poético que su concepción del paisaje insufló en los pintores nacionales. "Fin de jornada", el óleo que reproducimos, marca la característica personal de Boggio, en la interpretación del paisaje.

ALIRIO ORAMAS: "EMBRUJO" (Colección particular).

El pintor Alirio Oramas hizo sus estudios en la Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas de Caracas. Ha participado en las siguientes exposiciones colectivas: Salón Oficial de Arte Venezolano; Liceo "Fermín Toro", Caracas 1947, 1949 y 1950; Instituto Venezolano-Soviético, Caracas 1948 y 1949; Taller Libre de Arte, Caracas 1948, 1949 y 1950; Salón del Instituto Venezolano-Británico, Caracas 1946; Escuela Gran Colombia, Caracas 1950; Salón Planchart, Caracas 1950; Ateneo de Valencia, 1950. Obtuvo el Premio Nacional de Artes Plásticas en el XII Salón Oficial de Arte Venezolano, 1951. En busca de su perfeccionamiento artístico ha viajado por Francia y España y actualmente sigue en París un curso de Museografía.

Alirio Oramas es uno de los más originales pintores venezolanos de la presente hora, dotado de inquietud creadora y en permanente superación de sus medios expresivos a través de las nuevas tendencias pictóricas. Reproducimos su óleo "Embrujo", muestra de su arte personal y de la vigorosa armonía entre su teoría pictórica y la interpretación de un tema popular.



Salamanca

FLOR DE UNIVERSIDADES

POR GUILLERMO MORÓN

Desde el día tres al doce de octubre se ha conmemorado el séptimo centenario de la Universidad de Salamanca, con la celebración del Primer Congreso de las Universidades Hispánicas, cuyo fruto principal ha sido la idea de una Universidad Hispánica, como gran eje cultural de ese mundo que se mueve sobre los goznes de una historia y de una cultura similar, salvando todas las vallas diferenciales, impuestas por el sello regional. En la integración de los grupos culturales, de las grandes unidades de la historia espiritual del hombre, los regionalismos sirven para acentuar los pareceres más que para resaltar las diferencias.

Por eso la fiesta salmantina ha revestido una significación tan diversa en el mundo de hoy, pues no solamente estuvieron presentes las Universidades de sabor español, por su tradición y por su lengua, sino todas las que en el Mundo Occidental existen. La Cristiandad ha rebasado —hace muchos años— el marco europeo; pero no ha perdido su fisonomía. Se puso así de manifiesto en Salamanca, en este mes de octubre en que escribo esta nota.

1. — La piedra y la cultura.

En los comienzos del siglo XI —fondo de la Edad Media— se originó el Estudio General alfonsino en la ciudad abierta, fronteriza, camino viejo, que era Salamanca (1). En Salamanca habían construído los romanos un puente —que todavía siente pasar sobre sus espaldas la historia de las generaciones— como señal de que la ciudad iba a alguna parte y recibía de alguna parte, la visita. Hacia el Sur "un horizonte enemigo, el Mediodía Musulmán lleno de posibilidades políticas, culturales y artísticas" que fué una causa para preferirla, en el ánimo de Alfonso IX, a Oviedo, por ejemplo, con trayectoria social más abonada. Pero un



Guillermo Morón, *joven escritor venezolano, graduado de profesor de Ciencias Sociales en el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas. Recientemente se recibió de doctor en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, cuyo departamento lo había enviado a seguir un curso especial de historia en Londres con Christopher Dawson. Ha publicado varias obras de ensayo y numerosos trabajos periodísticos en diarios nacionales.*

Fachada principal de la Universidad de Salamanca de labor plateresca y considerada como la más pura de su género en España



El Palacio de Monterrey, Salamanca

Busto de D. Miguel de Unamuno, por Victorio Macho, colocado a la entrada de la Facultad de Filosofía y Letras



destino especial marca a los pueblos, y el destino de Salamanca fué su Universidad, que centralizó sus actividades hasta el punto de hacer girar la vida toda sobre sus ruedas culturales, incorporándose primero a España y después a Europa en su órbita de prestigio.

El Estudio General, además de mover la ciencia, hizo otro milagro: la maravillosa construcción del casco de la ciudad, que desde 1.102 comienza a florecer como una apoteosis, o como una asombrosa liturgia. La piedra que en Salamanca se torna humana en cuanto se la descuaja de la cantera y se la pone a servicio del cuerpo arquitectónico, se arremolinó en el casco de la vieja ciudad romana. ¿No es una reminiscencia oriental, una bóveda africana, como dice La Riva, la torre famosa del Gallo? Pareciera que la Universidad, con su fluir de cultura, empujó también a la ciudad. Entonces comienzan a aparecer las cresterías de los Palacios, las bóvedas mixtas de las Escuelas, las casas como esa de las Conchas. La piedra retoca a la cultura en amalgama de fuentes para un porvenir hacia la Eternidad.

2. — La historia secular.

En Salamanca la historia ha hecho pozo. Antes fué corriente muy amplia. Desde cuando el Rey Sabio concede la carta de Toledo, de 8 de mayo de 1.254, hasta cuando los maestros máximos — Fray Luis, Vitoria — despliegan allí su ciencia, los Estudios han pasado a convertirse en centro universal de la cultura. Las Leyes, Decretos, Decretales, Lógica, Gramática, Física, han rebasado los conocimientos viejos. Ser bachiller de Salamanca es tener pase para la aristocracia del saber. Por algo corre el rumor —orgulloso rumor— de que Salamanca sabe y enseña de todo. París y Bolonia le igualan, por aquello de que han sido Estudios Generales antes. Salamanca llega a ello con reconocimiento de Alejandro IV en 22 de septiembre de 1.255.

Por ese hilo se va tejiendo la historia de la Universidad. Todos los caminos cristianos conducen a ella con ligereza. La cristiandad ha encontrado allí seguro asiento. Como una gran luz proyectada por el medioevo, la Universidad va al encuentro de la Historia, y en el camino tropieza a América. Y sigue, hasta este tiempo, quien sabe si para avisar al hombre que sobre la tradición histórica se finca la continuidad del espíritu. Salamanca es la historia secular.

3. — Los rumbos.

He ido a visitar Salamanca. Hoy se aprecian dos ángulos: el recinto donde se forjó la Universidad y el milagro de la piedra —Catedral, Palacio de Monterrey, Casa de las Conchas— y el aire nuevo, nuevo desde el siglo XVIII, del "escenario civil" constituido por la *plaza mayor*, donde se mueve la población, donde circula el pueblo, hoy ajeno a lo que fuera gesta espiritual, a lo que constituyera el meollo mismo del ser de la ciudad.

En unas cuantas páginas recuerda Manuel García Blanco (2) cuanto ha salido y se ha relacionado con



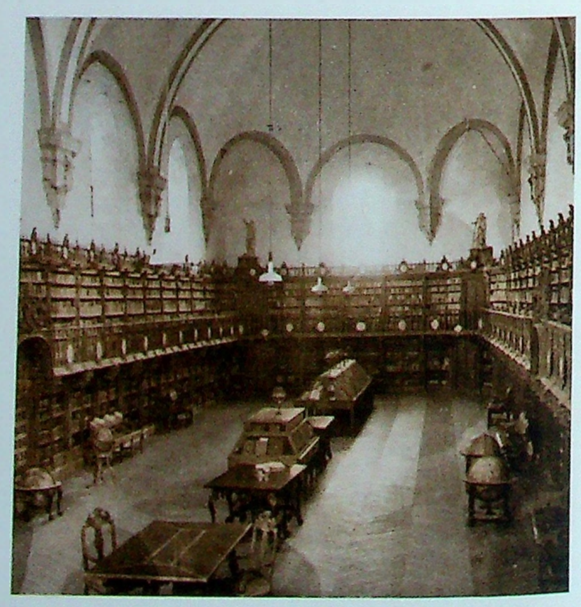
Don Antonio Tovar, actual Rector de la Universidad



Don Manuel García Blanco, Secretario



Los arcos mixtos de las Escuelas Menores, Salamanca



La biblioteca de la Universidad

(Pág. 41) La torre de la Catedral de Salamanca, con la Cúpula del Gallo al centro

la ciudad respecto a la literatura. Desde el Arcipreste a los últimos tiempos. El teatro español se ha originado en Salamanca, en medio del paisaje dilatado del Tormes. Y los grandes —Góngora, Lope de Vega, Cervantes— han estudiado o se han acercado a ella para hacerla aparecer en sus obras.

Lo cierto es que se encuentran allí los caminos y allí empiezan los rumbos.

4. — La cátedra de Fray Luis.

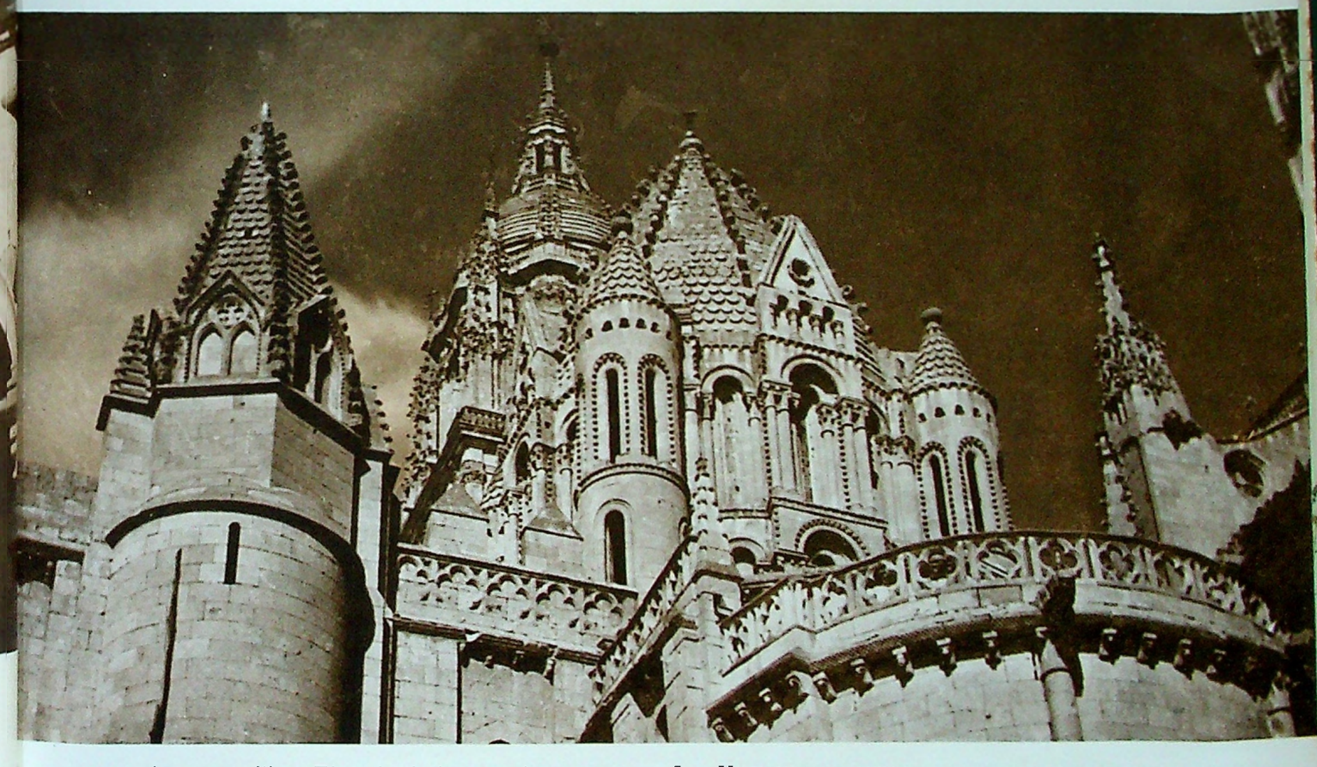
En el patio de las Escuelas se levanta la estatua de Fray Luis, como una alta atalaya, que da el frente a la fachada milagrosa del edificio universitario. Bajo el ritmo de piedra entró el catedrático mucho tiempo, y cuando hubo de interrumpirse, es como si hubiera sido un ligero alto en la labor, que luego recomienza con entusiasmo angélico. El patio de las escuelas es como el escucha perenne del eco que se le prolonga a Fray Luis. Las jornadas continúan en los libros, donde ha ido a depositarse aquella docta palabra que empezaba con el "decíamos ayer..." su nueva y vieja tarea de enseñar. La Universidad era víscera de la Historia.

La cátedra de Fray Luis permanece. No sólo la palabra y el ejemplo, herencia de la cultura de la fé, de la constancia; sino también los gruesos muros de aquella aula, desde donde se oía la voz carnal del Maestro. Como un púlpito, la cátedra física se eleva sobre el auditorio que en cuclillas, en el suelo, escucha y apunta; los bancos sembrados sobre el suelo son una innovación, dicen, traída de París. Rústicos bancos, de troncos seguros, donde se puede aprender la letra y el espíritu de la letra tan cómodamente como en el mejor pupitre de nuestro tiempo.

En silencio Fray Luis quédase sólo
meditando de Job los infortunios,
o paladeando en oración los dulces
nombres de Cristo.

Como en los troncos vivos de los árboles,
de las aulas así en los muertos troncos
grabó el Amor por manos juveniles
su eterna empresa.

Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olalla, Concha, Blanca o Pura,
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.



5. — Unamuno se queda.

En 1891 llegó a Salamanca Miguel de Unamuno. En 1901 era Rector. Allí se quedará hasta su muerte. interrumpiendo su estancia con aquel destierro de 1924 a 1930, de tan variada cosecha intelectual, aunque bastara para gloria y fama "La Agonía del Cristianismo", fechado en la capital francesa en diciembre del veinticuatro. Ya tiene metida en el alma la ciudad donde ha madurado y laborado. Hasta en París quiere encontrar su Campo de San Francisco salmantino (3), donde, siguiendo la huella de Fray Luis y acaso de Santa Teresa, la avileña que se fué a la ciudad del Tormes, se recogía a meditación y poesía.

En la calle de Bordadores, frente a la de Ursulas, y al lado de la casa de los Muertos —la ciudad histórica y encantada— está una de las casas donde por más tiempo vivió Unamuno en su Salamanca. Pero ésta era, sobre todo, su Universidad, que a unos pasos le queda. Una calle "como surco" con una larga parra en los balcones —¿recuerdan "La Parra de mi Balcón", la tierna poesía?— Allí se ha querido perpetuar la memoria del maestro, del poeta y del hombre —"nada menos que todo un hombre"— con un Museo Unamuniano. Los libros en sus primeras ediciones, las traducciones —los japoneses leían "Niebla" con mucho interés, al parecer— en todas las lenguas, las pajaritas, aquellos malos dibujos, las plumas con caños, la mano de yeso —"se preparaba Unamuno", dice el Rector Tovar—, y la mesa y la silla donde dejó de respirar el 31 de diciembre de 1936 —"vendrá de noche", había dicho, y llegó al atardecer— y su cama. Unamuno escribía acostado y todo cuanto escribió está de pie.

La Salamanca universitaria fué el regazo de ese Maestro, a cuya aureola, como luz nueva, vive recogida hoy la ciudad. Presente en toda la cultura por sus libros; vigilante en aquel hermoso busto que Victorio Macho hizo tan terriblemente unamuniano, que el Maestro, al mirarlo, se vió allí no en reflejo sino a sí mismo, y no quiso verse más. En el Museo están los recuerdos cálidos del hombre: el que amaba a los hijos, al hogar, y a España con dolores y amores y alegrías vivas.

6. — Un salmantino fervoroso.

El actual Secretario de la Universidad es Manuel García Blanco, un salmantino fervoroso. El Rector es



La cátedra de fray Luis de León, donde todavía parecen resonar sus palabras: "Decíamos ayer..."

Antonio Tovar, el humanista. García Blanco fué discípulo de Unamuno y se ha dedicado a la bella labor de estudiarlo, de ponerlo al alcance en sus obras, de poner fuego en el amor al Maestro.

"De esto y de aquello" (4) serán seis gruesos volúmenes donde se recoge la producción menor de Don Miguel, esa que se halla esparcida en libros y revistas, que la inteligente actividad de García Blanco ha puesto en orden. Los Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno son una publicación de la Facultad de Filosofía y Letras donde se reúnen estudios sobre la obra y personalidad del Maestro. Allí ha venido publicando García Blanco esa "Crónica Unamuniana" que es acervo bibliográfico extraordinario para quien quiera acometer el estudio a fondo de Unamuno. Y las Obras Completas que da a luz la editorial "Afrodisio Aguado" están, también, organizadas por García Blanco. Y en la ciudad se conocen al pormenor, con el cariñoso pormenor de quien admira y quiere, los lugares por donde pasaba Unamuno y los que inspiraban, con frecuencia, sus escritos.

7. — Un salmantino en Coro.

En 1546 Venezuela se dibuja en la geografía con unos cuantos puntos de referencia: Coro es una aldea cabeza de república, El Tocuyo un asiento, Margarita un rincón. Pero en esos lugares se despliega una actividad histórica capaz de llenar muchos libros. Ya lo tengo dicho en otro lugar, pero deseo repetirlo aquí. A esa tierra incógnita —una de las muchas que España se ha propuesto incorporar a su cultura— llega Pedro de Miranda, un estudiante de Salamanca. Y allí teje sus aventuras y abriga sus esperanzas. El 29 de junio de 1546 escribe a un antiguo catedrático suyo, el Doctor Alonso Siliceo, fechando su carta "Desta Provincia de Venezuela". Voy a copiar el extracto que de esa carta trae Muñoz (5):

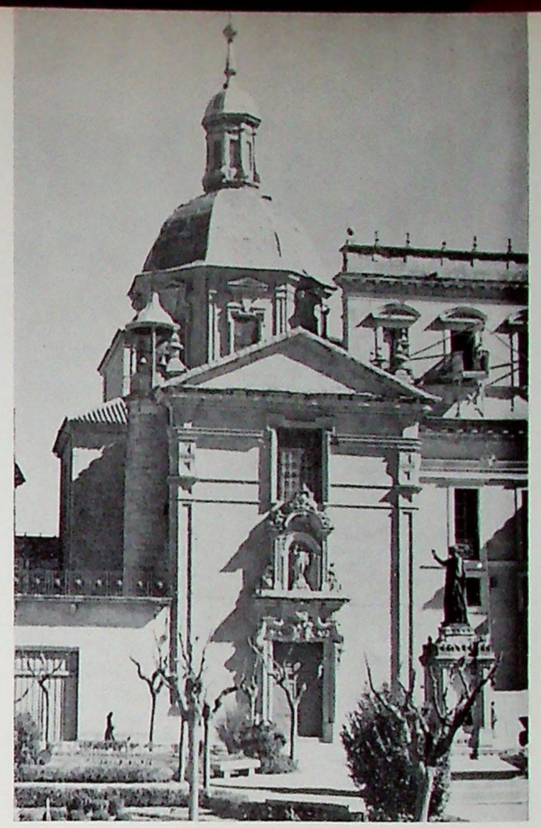
"Daba el parabién del Arzobispo de Toledo después del Obispado de Cartagena. Dice se conocieron cuando éste estudiaba en Salamanca dó era catedrático Siliceo, al qual pasando el Emperador llevó para Maestro del Príncipe. Ha poco un Gobernador proveído de Santo Domingo degolló a Felipe de Huten, alemán, que fué Maestresala del Emperador, i a un hijo de Bartolomé Belzar i otros dos, cinco años que estavan tierra adentro. Huten vino con provisión del Emperador. Desto enbia razón el Licenciado Juan Perez de Tolosa.

Suplica le saque un oficio bueno como oficial real si puede ser para el Perú, pues tiene habilidad para todo, como que estudió tres años de Cánones".

Los cánones de Salamanca daban derecho a un oficio en Indias. Y este Pedro de Miranda se acoge a ese derecho. Salamanca enseña de todo.

8. — Epílogo.

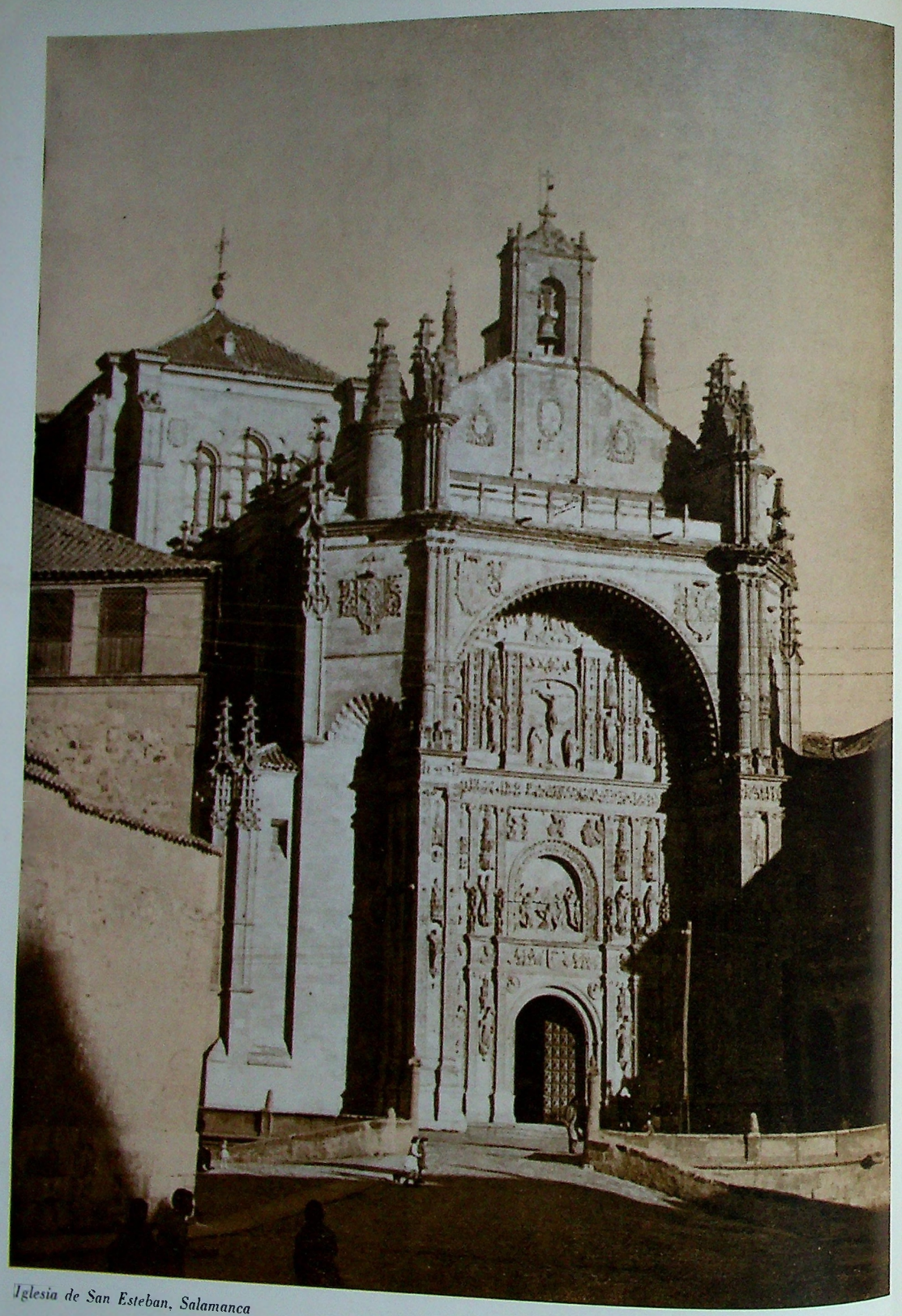
He llegado a la ciudad salmantina con un objeto bien concreto: visitar al humanista Antonio Tovar, Rector de la Universidad, y a Manuel García Blanco, catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras y el gran



El Palacio de Anaya, Salamanca

amigo de la gloria de Unamuno. Y de pronto me he hallado entre ellos, aprisionado por la ciudad. García Blanco, salmantino de toda estirpe, va asomándome a las ventanas secretas, en sucesiva y emocionante visión que corre el peligro de convertirse en tolvanera. Hay que regustar con calma los descubrimientos. Si el vino se bebe apresuradamente, pronto emborracha y entorpece. Los libros que se leen al galope, confunden y mixtifican. Sorbo a sorbo el vino reconforta. Paso a paso el buen libro levanta un edificio en el alma. Las piedras de una catedral, las baldosas de una calle, la crestería de un palacio medieval se han de mirar con mirada reposada, para que todo vaya al encuentro de su acomodo y no se rompan las imágenes al amontonarse. Si pudiera aplicarme esta receta, pudiera decir que he aprendido una buena lección de historia y de cultura. Hay en Salamanca todo un río de la una y de la otra.

En la Plaza Mayor. churrigueresca, acaso, en sus finales, la nobleza de la piedra le da un sello diferente a su igual en construcción de Madrid, que debe precederle en edad. El cuadrado perfecto se atenúa con los arcos y el amplio sector del cielo, que cobijan, ambos, la alegre muchedumbre de la república —y aquí esta palabra está usada en el sentido clásico impuesto por la tradición de nuestros cronistas históricos—. Por aquí se pulsa la ciudad actual. La llamó Unamuno el gran escenario civil. Pero este "espacio civil" sólo remonta su historia al siglo XVIII, y ya desde mucho antes los salmantinos —sin ese escenario y sólo con el recinto viejo— habían respondido a un rey: "todos somos príncipes y caudillos de nuestras cabezas".



Iglesia de San Esteban, Salamanca

De primer momento parece que todas las calles conducen a la Plaza Mayor; pero pronto se entiende mejor esta geografía urbana y se ven los caminos de piedra llevando, con fuerza irresistible, al recinto universitario, donde el hechizo arquitectónico actúa como melodía. No son frases huecas. Son resonancias que se dejan oir como eco. Este era el verdadero centro de equilibrio de la antigua ciudad; no solamente lo narran las crónicas, sino que lo dicen las mismas cosas. Por fuera las calles —"como surcos"— estrechas, dejando ver, sin embargo, el cielo, como si quisieran aprisionarlo entre las paredes; son calles con sentido cabalístico; emocionantes calles que no indican sino ritmo de vida interior. ¿A dónde irán todas estas callecitas palpitantes? Se quedan, parece, recogidas en sí mismas, con una nostalgia que gentes nuevas, sin siglos de tradición en las espaldas, no logramos entender a las claras a golpe de vista, me he dado a vagar por ellas, en grata compañía, a la hora de sexta, cuando este diluído y sin embargo patente color de la piedra salmantina tiñe de voces los lugares sagrados de la ciudad. No he fijado itinerario. La ciudad va llevando, sola, por sus veredas. De pronto el patio de las Escuelas Menores; o el recodo de la Casa de las Conchas; o la sinfónica fachada universitaria; o la erguida presencia del Palacio de Monterrey, con las chimeneas eternas; o la dulce avenida de las Ursulas, camino de árboles, entre muros de historia; o la calle de la Compañía, recia, de una reciedumbre simbólica. Este andaregueo no permite fijar la circunstancia física. Todo se convierte en silueta. Los brazos misteriosos de la ciudad, apretando tiernamente el cuello y la cintura...

No es fácil coordinar las emociones de una visita como ésta. Mis notas no son suficientes para hilvanar y tejer un buen trozo, como quisiera. Balbuceo estas palabras por imperativo cordial. Salamanca, que comienza a desbordarse por la tangente civil, por las gentes de negocio forastero al campo tradicional, puede aún enseñar mucho. He aprendido una pequeña y utilísima lección: un pueblo sin historia puede ser un gran muñeco mecánico, pero nunca un elemento vivo sobre la tierra. La historia no se hace a zarpazos, sino que se levanta a pulso.

(1).—"Salamanca y su Universidad, Biografía y Destino de una Ciudad", de César Real de la Riva, Salamanca, 1949.

(2).—"Salamanca y la Literatura", Salamanca, 1949.

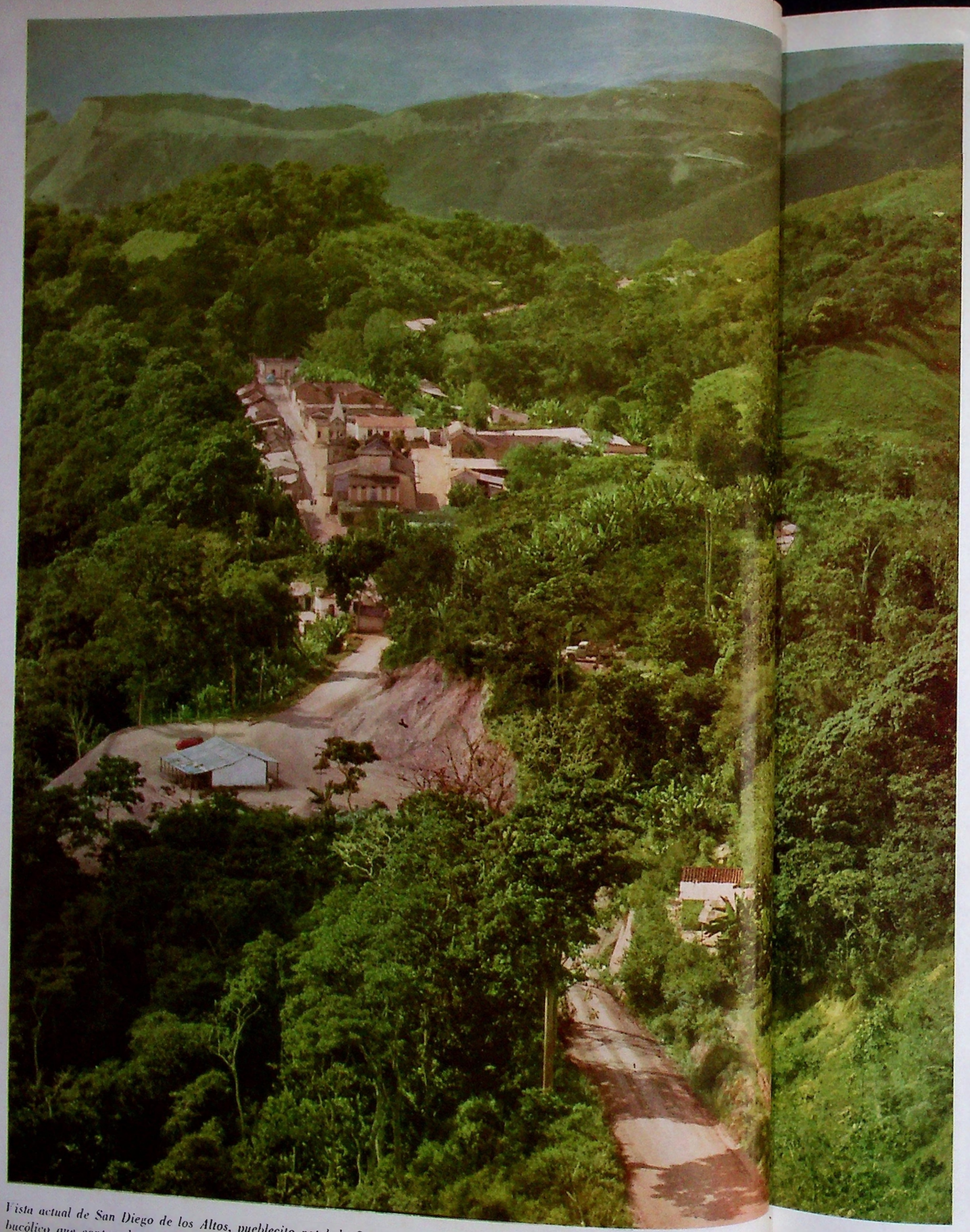
(3).—"Paisajes del Alma", art. "Salamanca en París", p. 89-93, Madrid, 1944.

(4).—Editorial Suramericana, Buenos Aires.

(5).—Colección de la Bib. de la Historia, Madrid, vol. RD, fol. 155.



Escudo de la Universidad de Salamanca



Vista actual de San Diego de los Altos, pueblecito natal de Cecilio Acosta, rodeado del mismo ambiente bucólico que contemplaron los ojos del niño y después cantaron los versos del poeta

Por Oscar Rojas Jiménez

Lírica y Paisaje en Cecilio Acosta

"Todos los buenos escritores tienen que descubrir
la grieta profunda que separa el destino
finito del hombre de sus potencialidades infinitas".
CONNOLLY (La Tumba sin Sosiego).

A la poesía de Cecilio Acosta no podrá jamás aplicársele el desalentado y triste verso de Carlos Baudelaire, "la adorada primavera ha perdido su olor", porque el Maestro venezolano, no obstante su temperamento retraído, iluminó siempre su vida con la llama resplandeciente de la poesía. Quien alguna vez observó su caminar de paso menudo y lento y dialogó por vez primera con él, no sospechaba remotamente que los tímidos pasos y las palabras monótonas, ocultaban maravillosamente un alma sensible dispuesta poderosamente para el vuelo de la eternidad. Y la eternidad en el hombre son sus potencialidades infinitas que la separan abismalmente de los destinos finitos. Ella es un Dón de los elegidos según la mágica creencia de los antiguos griegos. Estos, a la salida del sol, calzaban sencillas sandalias fabricadas con piel de animales puros y después se adentraban por los caminos de la tierra, sembrados de viñas y olivares y decorados alegremente con el blanco vellón de sus ovejas. En las colinas blancas alzábanse los templos donde las Divinidades tenían a su cargo velar desde su sereno Olimpo por las almas aspirantes a la eternidad.

Cecilio Acosta, por su vocación universal a las artes y a las letras, sin perder de vista lo esencialmente venezolano, fué un aspirante realizado plenamente. Existía en él una como fuerza interior que demandaba cada día de su refinado espíritu creador, desechar todo aquello que de manera directa no fuera a contribuir a su perfección espiritual. Los bienes inmediatos lo tenían sin cuidado. La pobre mesa de madera tosca en su habitación de Velázquez a Santa Rosalía, iluminada por un velón parpadeante en la alta noche caraqueña, era para Don Cecilio más grata que cualquier lujoso bufete adornado con viejas lámparas de cobre. José Martí, desde el mismo momento de su llegada a Caracas, admiró aquel rincón humilde, aquella húmeda alcoba, donde se amontonaban voluminosos diccionarios, poderosos "auxiliadores de su memoria". "Era su mente como ordenada



Oscar Rojas Jiménez, *poeta y escritor venezolano nativo del Estado Miranda. Ha sido adjunto de los seminarios de literatura venezolana en los Liceos "Andrés Bello" y "Fermín Toro" de Caracas. Es autor de varias obras publicadas, la mayor parte de poesía, y durante mucho tiempo mantuvo un programa sobre poetas venezolanos por la Radiodifusora Nacional.*

y vasta librería, donde estuvieran por clases los asuntos, y en anaquel fijo los libros, y a la mano la página precisa: por lo que podía decir su hermano, el fiel Don Pablo, que no bien se le preguntaba de algo grave, se detenía un instante, como si pasease por los departamentos y galerías de su cerebro, y recogiese de ellos lo que hacía el sujeto, y luego, a modo de caudaloso río de ciencia vertiese con asombro del concurso, límpidas e inexhaustas enseñanzas".

Paralelo al pensamiento del Maestro, la poesía también tenía su lugar en aquel cerebro prodigioso. Los clásicos Fray Luis de León y Santa Teresa de Jesús nutrieron su ávido espíritu y no fué un místico, cabe decir y expresar, un imitador de estos maestros españoles del siglo de oro. Su pensamiento y su inspiración poética tampoco se diluyeron en las aguas peligrosas del primer romanticismo venezolano. Desechó hábilmente el camino lírico que antes, con escasa fortuna, habían transitado destacadas personalidades como Fermín Toro y Rafael María Baralt.

Pese al sentido americanista que el ilustre autor de las "Reflexiones sobre la ley del 10 de abril de 1834", quiso imprimirle a su inconcluso poema "La Hecatonfonía", los octosílabos evocadores de las viejas ruinas mayas y en general del destino, pena y gloria de la raza indígena en América, perfectos en su forma, carecían de inspiración y de honda raíz poética. El otro romántico —Baralt— también buscó la expresión novedosa por los caminos de nuestra tierra. Su "Oda a Cristóbal Colón" tiene variedad y riqueza de pensamiento, pero lo poético esencial es también aquí "frágil carabela" que reclama experto timonel para que las aguas no sepulten definitivamente en el olvido la blanca vela de la embarcación. Cecilio Acosta es contemporáneo de los hombres que integraron la generación romántica venezolana. Pero su actitud ante el paisaje y la poesía difiere sensiblemente de los escritores de su tiempo. Reconoce e incluso admira la poética de Fermín Toro, a quien llama "el gran pensador artista y el poeta filósofo"; Juan Vicente González es para Don Cecilio el gran escritor de brillante colorido, el Tirteo de nuestra política y el Hércules de la polémica. Los admira a todos sinceramente desde lo más hondo de su generoso corazón porque cree en las letras. "Las letras lo son todo, dice: Las letras viajan, son la luz que inunda en un instante el espacio y lo colora, la arista que lleva el grano de la idea y que es arrebatada por el viento de las edades para llevar a todas partes: gérmen, árbol, flor y frutos. Las letras crean: Homero ha dado origen a mundos en que él no soñó y que hoy ruedan en el vacío y la gloria: sin la palabra de Demóstenes, la suerte de Grecia no llega a Queronea: sin la de Cicerón, Catilina suplanta a César y precipita el tiempo de Farsalia; y el siglo de Julio II y León X es grande, y Cánova hubiera podido poblar el museo Pío Clementino de obras suyas, porque había libros santos que hablaban maravillas, e historiadores y poetas que son dechados. Las letras han engendrado el canto y la armonía: Beethoven, Haydn y Mozart, los maestros profundos, y Rossini, Bellini y Donizzeti, los maestros melodiosos, creadores todos ellos de un poder incontrastable que va derecho al alma y la cautiva, y después que la cautiva la ensueña..."



Esta emoción sincera y pura ante los héroes del pensamiento, la palabra y las bellas letras, contenidas en su discurso pronunciado el 3 de agosto de 1869, revelan a Cecilio Acosta como un decidido y fervoroso

Salón del Museo Cecilio Acosta, donde se conservan diversos recuerdos del escritor: el escritorio-biblioteca, medallas y diplomas académicos, cartas a parientes y amigos, algunos muebles



campeón de la cultura, del arte en general, en todas sus manifestaciones. El individualismo está lejos de su espíritu. A él antepone el Maestro de San Diego de los Altos uno como sereno colectivismo que lo acerca con ternura a las cosas sencillas y humildes. Es un viejo apóstol con alma de poeta esencial. Un neo-clásico. En este sentido ha expresado Gil Fortoul, que con su célebre y muy conocido poema, "La Casita Blanca", obra maestra de inspiración y de forma, hace presencia el neoclasicismo en la poesía venezolana.

Para entonces, eclógico era y aún es el pequeño pueblecito, entre colinas, de San Diego de los Altos. Antaño perteneció a la Provincia de Caracas: hoy al Estado Miranda. Bajo la comba de su cielo azul arrebujado de neblinas en el alba y en el poniente, destella la grana del rosal en perfumado huerto. Por los aires



Retrato al óleo de Cecilio Acosta por el pintor Carlos Otero, donado al Museo por el Gobierno del Estado Miranda

Vista de la Plaza de San Diego, con el busto del poeta en el centro, y al fondo, la pequeña Iglesia donde fué bautizado



transparentes y delgados llegan las palomas muy cerca de la casita blanca, acaso la misma de la infancia de Don Cecilio. Sueña el pequeño valle y vive feliz el hombre que va de cacería o aquel que mira confiado la opulenta madurez de las frutas y de los granos picoteados por las aves. Como un griego antiguo el Maestro también soñaba. El ave matinal ha desplegado ya sus libres alas y los ojos diáfanos se han ido tras la huella imperceptible dibujada en el aire. "Con los cantos bellos, celestiales", se levanta también el sol de la campiña. En el maravilloso concierto del amanecer todo obedece a una finalidad. Los Dioses cristianos pactan amablemente con las Deidades paganas, que felices y alegres corretean por los campos. Asoman sus rostros por la fría cortina de agua de los manantiales, saltan después por la "felpuda falda" del césped, muelle alfombra de verdores, y finalmente duermen plácidos en las colinas de su Olimpo cuando cae "la parda luz de la tranquila tarde". Avanzan las sombras desde el remoto cielo, el mismo cielo coronado por el amanecer con el color zafir de los rosales florecidos de los huertos.

El sueño, la creación poética de Cecilio Acosta, no se concreta exclusivamente a la descripción del eclógico campo animado por los colores del alba y del atardecer. Destaca el autor de "La Casita Blanca" dos aspectos interesantes en su poema: la nota criollista o nativista, valiéndose de vocablos nuestros, típicamente venezolanos. Diferencia notablemente sistemática de la de aquellos románticos de su tiempo empeñados en describir un mundo y un ambiente muchas veces extraño al sentir nacional. Apunta ya, aunque débil aún, lo que más tarde debería ser fé, realidad y emoción venezolana en la robusta y trascendental poesía de Francisco Lazo Martí. Tiene también "La Casita Blanca" otra faz digna de comentarse. Una como dualidad cristiano-pagana está presente en el verso endecasílabo, limpio y puro, con la matinal pureza de un poeta que no se ha valido de la expresión poética para comunicar sentimientos de rencor ni para halagar determinados sectores. Tampoco es el término medio lo que cultiva en poesía Cecilio Acosta. Es, serenidad tolerante, el fruto de una sensibilidad incontaminada, porque la primavera, la eterna primavera de los campos venezolanos en las tierras montañosas, nunca perdieron para él sus colores ni su grato perfume: siempre animaron el alma sensible y soñadora de este venezolano ejemplar.

Recuerdo aquella epístola escrita en versos octosílabos a Don Cecilio por el Maestro colombiano Miguel Antonio Caro. Las estrofas formales del filólogo, revelaban que en aquellos encendidos y pequeños ojos vivaces, tan fieles en el retrato que ha recibido desde Caracas, está ese otro retrato fiel de la serenidad poética. Ojos incapaces de llamear con la pasión del odio; a ellos se acercó sin recelo el colombiano, en nombre de todos los suyos: "madre, esposa, hermanos, cuantos seres queridos reúne mi hogar, te aman y te conocen Cecilio, siempre a su memoria acudes, así de lejos te miran, cual contempla errante buque una estrella protectora en los espacios azules".

Pobre y solo como estaba en aquella hora el Maestro venezolano, seis años antes de su muerte terrenal, respondió al elogio del amigo lejano, con la misma humildad y pureza que distinguió su noble vida. Bástale reconocer que por el cielo de su existencia no ha desfilado la rica pompa; en su sala no han habido festejos ha hecho bien y a nadie ha ofendido. Al dejar a un lado la pluma, nuevamente se iluminan los pequeños y vivaces ojos, porque a las puertas de su corazón acude nuevamente, con breves llamadas, la forma leve y sutil de la poesía: ella es acaso una hermosa mujer de cabellos muy negros que caen en su espalda y flotan a "merced del vago viento". Negros y lacios también eran en un tiempo los cabellos de Cecilio y negro es también el traje que ahora viste. Hermoso y lindo es el rostro de la dama y alegre la color de su cutis, como el rubor de la grana en los campos de San Diego. Hermoso y profundo es también el inspirado sentimiento del poeta que en "albo cielo de color de armiño", iluminó e iluminará siempre el cielo de su poesía.

Ya en las horas finales de su existencia el corazón del Maestro ha prendido nuevamente su nota lírica. Los aires puros de la campiña se han poblado con el acento de su voz diáfana, que no sabe de mixtificaciones ni de químicas literarias. Las mozas de sus madrigales no son las que acaso alguna vez admiró a campo traviesa en sus altos montes de verdores solemnes, iluminados por el agua fría que se desliza como en gárgolas por las piedras rurales. Estas mozas han llegado de la ciudad a buscar las rosas perdidas de sus mejillas en estos campos mirandinos donde el sol dejó sus últimos colores verpertinos en las naranjas olorosas y en las guayabas que tienen en su piel delirante todos los perfumes silvestres y todos los cantos de los pájaros inocentes, amigos de Dios y de los buenos poetas de Venezuela. El Maestro está en su paisaje, tendidos los brazos amorosos hacia el cielo de dulces melodías eólicas, no extasiado precisamente en las huellas de su voz, de sus madrigales matizados con el color de la ternura de que es capaz el alma sensible y soñadora, si no en la luz mágica y sorprendente que irradia al conjuro de la hora crepuscular en el rostro de sus nuevas y acaso últimas criaturas humanas. A lo lejos, de monte a monte, de cascada en cascada y de cielo a tierra, se oye quedamente su admonición de antiguo pastor bíblico: "Delia, ya sé que es robado — el resplandor con que brillas", porque los hociquillos rosados de las mansas ovejas líricas han prendido sus colores en las mejillas de la niña ciudadana que ahora mira, sin envidia, las felices zagalas de San Diego. Brilla la dulce Delia en el paisaje con el sol y con los pájaros, y el Maestro desde alguna piedra rugosa del camino sonríe satisfecho. El bien, el magnífico bien, para él lo es todo. Las mejillas ya tienen sus rosas anheladas, ya la aurora no echará de menos sus colores en aquel rostro puro de la niña, pastora de las nubes y de los sueños, que un día feliz le ha devuelto el poeta con sus buenas palabras líricas.

Esta poesía de honda ternura humana está presente en su madrigal, "El robo hecho por Delia", escrito en el año penúltimo de su existencia. El, nos conduce, limpiamente, hacia la fuente constante de su inspiración lírica, no agotada por las asperezas políticas de su tiempo. Caracas, la apacible villa de Santiago que vivieron intensamente José Martí y Nicanor Bolet Peraza, dos espíritus disímiles, pero estrechamente vinculados por el amor a las letras, ya se preparaba en silencio para presenciar el viaje final del Maestro. Ha poco tiempo por este zaguán frío y solitario de la casa de Velázquez partió hacia el país del insondable misterio una dulce y santa mujer: la más querida de todas sus criaturas. De aquel rostro venerado por Acosta se habían fugado todos los colores de la aurora; una cascada muy blanca, como las torrenteras del lar nativo, descendió de la cabeza hasta el rostro nimbado por inmensa tristeza. "Había muerto la noble anciana, dijo Martí, dejando más que huérfano, viudo al hijo poeta, que en sus horas de plática o estudio, como romano entre sus lares, envuelto en su ancha capa, reclinado en su vetusto taburete, revolviendo, como si tejiese ideas, poemas, sus dedos impacientes hablaban de altas cosas, a la margen de aquella misma mesa, con su altarcillo de hoja doble, y el Cristo en el fondo, y ambas hojas pintadas, y la luz entre ambas, coronando el conjunto, a este lado y aquel de las paredes, de estampas de Jesús y de María, que fueron regocijo, fé y empleo de la noble señora, a cuya muerte, en carta que pone de pasmo por lo profunda, y reverencia por lo tierna, pensó cosas excelsas el buen hijo Cecilio". El poeta de los excelsos cantos campesinos acaso piense ahora, que detiene la pluma ávida entre sus dedos febriles, que esta carta escrita a Riera Aguinagalde es su último poema, la Elegía Final que nace del propio costado de Jesús Crucificado, sangrante, frente al altar ya huérfano de las fervientes oraciones maternales. Lejos están ya, los campos dorados de la primavera, en esta tarde gris y desolada en que sus labios marchitos deshojan el monólogo triste como una pesada rosa negra, próxima a prenderse definitivamente en las galerías desoladas de su corazón.

Sobre su tumba de héroe, de poeta y de santo, ignorada por los enemigos que no supieron interpretar aquel gran espíritu, nacido para las grandes y nobles jornadas de la Patria, deberá siempre recordarse el segundo verso de su dístico inmortal:

"Hojas dió al mundo y el perfume a Dios".

Perspectivas para la producción de semilla de hortalizas en Venezuela

Por Gerardo Perlasca.





Todos los pueblos han tenido como base de su alimentación algún cereal o un sustituto de cereal, que ha constituído el gran volumen de su ración alimenticia. Este cereal ha llegado en algunos casos a ser un alimento casi exclusivo; así el arroz en Asia, el trigo en Europa, Medio Oriente y Africa del Norte; el maíz y la quinoa en América han constituído la base de la alimentación del hombre caracterizando las respectivas civilizaciones.

En otros casos han servido de sustituto al cereal, la papa, la yuca, la caraota en América, o la soya en Oriente.

Una alimentación tan exclusiva e incompleta ha incidido desfavorablemente en la salud y el vigor de las poblaciones.

Los pueblos europeos, que llegaron a constituir la masa inmigratoria de las Américas, extendieron su base alimenticia haciendo formar parte de ella a las hortalizas verdes. Pero la costumbre del uso de las hortalizas verdes y frutas frescas en la dieta familiar se fué adquiriendo lentamente. Empezaron por emplearse como remedio, cuando los enfermos de escorbuto, por ejemplo, eran enviados por cierto tiempo a los bosques imponiéndoles una dieta de limones y fresas recién cortadas.

Cuando los europeos se trasladaron a las Américas, llevaron consigo sus cultivos. La adaptación de estas plantas fué fácil en los países de clima semejante al de los países europeos, pero su establecimiento en el trópico tiene que superar por adaptación los nuevos problemas creados por la diferente manera en que las plantas reaccionan al medio ambiente.

El cultivo de las hortalizas en escala comercial en Venezuela es relativamente reciente y el consumo de los productos verdes ha ido aumentando en forma constante en los últimos años.

Una nueva fase que ya es necesario encarar, es la creación de variedades adaptadas y la producción local de semilla.

En la Estación Experimental de Sanare, del Instituto Nacional de Agricultura (M.A.C.), se ha enfrentado únicamente la producción de semillas de ciertas hortalizas con la finalidad de independizar al país de la actual importación total.

Con las hortalizas no ocurre como con los cereales donde la semilla es el producto de consumo. En cambio una hortaliza como por ejemplo el repollo, o la lechuga, dan el producto hortícola (hojas) en una etapa distinta de la semilla. En la mayoría de los casos, la floración y maduración de la semilla son posteriores a la formación del producto hortícola.

El horticultor por lo tanto prefiere, aprovechar comercialmente las hortalizas en su época apropiada. Estas consideraciones además de los particulares requisitos de los cultivos, indican que por el momento la producción de semillas necesita del control de personal especializado. Los principales requisitos para una producción económicamente conveniente son: una floración normal y condiciones ambientales favorables para la maduración de la semilla.

Tenemos recursos técnicos para regular la floración; para el segundo requisito debemos someternos a las leyes de la naturaleza y elegir las regiones apropiadas.











1. Lote de cebolla en floración inducida por refrigeración previa de los bulbos que fueron almacenados en cavas tres meses a 7°C.

2. Ensayo de diversos sistemas de conducción de la planta de tomate, con el objeto de cosechar los frutos para la producción de semilla en las mejores condiciones de sanidad. (Foto Figueroa).

3. Linea promisora de zanahoria en floración en una parcela para la producción de semilla. (Foto Figueroa).

4. Repollo de la nueva variedad "Sanare" creada en la Estación Experimental de Sanare. La Foto muestra un cultivo comercial en período de cosecha en la hacienda "Veracruz". Esta variedad se cultiva bien en todas partes, pero la producción de semilla se dá en Sanare y no en Maracay. (Foto Figueroa).

5. Coliflor de la nueva variedad "Lara" creada en la Estación Experimental de Sanare y adaptada a altitudes superiores a los 1.000 metros s.n.m. La foto se tomó en un cultivo comercial en la hacienda "Veracruz". La creación de esta variedad ha hecho posible por primera vez en Venezuela la producción local de semilla de coliflor que ya ha entrado en la fase de multiplicación en escala comercial. (Foto Figueroa).

6. Panorama general de la región; a la izquierda la Estación Experimental. (Foto Figueroa).

7. Vista de un campo sistematizado con hileras de sauces en la bordura de las terrazas. Los árboles tienen tres años de plantados por estacas. (Foto Figueroa).



Gerardo Perlasca, doctor en Ciencias Agrarias de la Universidad de Milán, Italia, domiciliado desde hace algunos años en Venezuela. Actualmente, como funcionario del Instituto Nacional de Agricultura, dirige trabajos de mejoramiento de hortalizas, para su adaptación al trópico, en la Estación Experimental de Sanare, Estado Lara.

Algunos cultivos (cebolla, repollo, etc.) no florecen normalmente en nuestras condiciones; esto se debe principalmente a su origen en países de mayor latitud, que poseen estaciones climáticas bien definidas en el año, acompañadas con variaciones marcadas de luz y temperatura.

Cuando sembramos estas plantas en nuestras condiciones las obligamos a crecer y a desarrollarse en un ambiente muy distinto, en el cual, luz y temperatura, son bastante uniformes durante todo el año.

En línea general, se puede decir que en Venezuela el número de horas diarias de luz es inferior y la temperatura más alta que en el país de origen. Lo que hace indispensable el uso de variedades que puedan desarrollar un producto normal, con un número mínimo de horas diarias de luz. Esto satisface las exigencias del horticultor.

Para la producción de semillas, las plantas deben cumplir una segunda fase de su ciclo biológico. En los países de clima templado la fase vegetativa y la reproducción están claramente divididas por la interrupción forzosa que el clima frío causa a la vida vegetal.

Sin embargo, en este período de descanso la temperatura fría constituye un estímulo necesario a la formación del "material" que en la segunda fase del desarrollo induce la floración en las plantas.

En nuestras condiciones ambientales el período de descanso puede ser acortado hasta un mínimo, pero falta el efecto de la temperatura baja. En consecuencia, la segunda fase del desarrollo es otra vez vegetativa y sin una floración normal. Por lo tanto, tenemos la necesidad de usar métodos apropiados para obtener la floración. Actualmente estamos siguiendo dos caminos:

a) Tratamiento con frío.

b) Selección de líneas adaptadas al trópico.

El primer método consiste en el almacenamiento de plantas o partes de las plantas en cavas a baja temperatura, creando artificialmente una condición que en el país de origen es proporcionada por las condiciones climáticas naturales.

El segundo método consiste en la selección de aquellas plantas extraordinarias que por su constitución genética, poseen la capacidad de adaptarse a las nuevas condiciones ambientales y florecen espontáneamente, después de haber terminado la primera fase del desarrollo del producto hortícola. Estas plantas extraordinarias, inicialmente se encuentran en una proporción muy baja (por ejemplo en el repollo Wisconsin All Season 50%), pero en su descendencia conservan los caracteres favorables. De esta manera ha sido posible plantar las bases para la producción de semilla de repollo y coliflor en el país en escala comercial.

Otro aspecto de la producción de semilla es la floración prematura de ciertas variedades de hortalizas. Este es un comportamiento bien distinto al de la floración normal, porque las plantas no completan su primera fase de desarrollo y forman precozmente los tallos florales sin haber desarrollado el producto hortícola. Este carácter por lo tanto es sumamente negativo a los efectos de la producción comercial.

Es un carácter varietal que se puede explicar como una reacción de las plantas a ciertas condiciones del ambiente que no conocemos. Es interesante observar que la floración prematura tiene una aplicación práctica en nuestro programa de producción de semilla de coliflor. Hemos constatado que ciertas variedades de coliflor son de floración prematura en Sanare (mts. 1.352 s.n.m.), pero en Maracay desarrollan un producto hortícola comercial.

En cambio en Maracay, la cantidad de semilla producida por estas plantas es muy escasa, posiblemente porque la elevada temperatura perjudica la germinación del polen. El diferente comportamiento de la variedad en las dos localidades nos permite hacer las selecciones de las mejores plantas en Maracay y multiplicar la semilla en Sanare. Este es el camino que se está siguiendo para producir semilla de coliflor que pueda cultivarse con éxito en las regiones cálidas del país.

Aquí es oportuno mencionar, que en una variedad de coliflor que en regiones altas, similares a la de Sanare, está dando buenos resultados, en Maracay y Cagua dió mal resultado. Esta consideración claramente indica que las condiciones para producir semilla o para siembras comerciales no siempre coinciden. Una región apta para la producción de semilla puede dar producto hortícola deficiente y recíprocamente.

Los resultados obtenidos nos permiten afirmar que Venezuela puede producir la semilla de ciertas hortalizas que necesita, pero es imprescindible conocer el comportamiento y los requisitos de las variedades. Hay que elegir las mejores variedades para las siembras comerciales de ciertas regiones y las regiones más adecuadas para producir semilla de buena calidad.



Planta de coliflor de floración prematura (Bolter): este tipo de plantas entra en floración sin haber dado el producto comercial



Escena de conjunto de la obra de Bernard Shaw "Androcles y el León", presentado en escenario circular por "Nuevo Teatro" y que ha obtenido resonante éxito en Buenos Aires, con modernos decorados del caricaturista "Oski"

BUENOS AIRES Y SU ACTIVO MUNDO TEATRAL

POR AQUILES CERTAD



Aquiles Certad, *poeta y comediógrafo venezolano. Después de sus primeros libros de poemas dedicóse a escribir para el teatro, habiendo estrenado varias obras con éxito halagador. Actualmente es Consejero Cultural de la Embajada de Venezuela en Buenos Aires, República Argentina, donde ha publicado sus últimas comedias.*

Nadie puede negar a Buenos Aires, la hermosa metrópoli argentina, su título de Capital del Teatro en Sur y Centro América. De ella podemos decir sin reservas, tal como de Nueva York, París o Londres, que existe un constante, renovado e inquieto mundo teatral no liquidado aún por el cinematógrafo ni la televisión. En Buenos Aires se vive realmente una vida teatral diaria e intensa. Existen numerosos teatros del tipo profesional o comercial y del independiente o vocacional que trabajan diariamente. Y lo que es más importante aún: existe un público para cada uno de ellos. El pueblo argentino ama el teatro con respeto nacido si no de una antigua tradición sí de un profundo deseo culturizador. Algunos críticos del teatro argentino, entre ellos el doctor Jaime Potenze, han significado que no existe un verdadero teatro argentino con características propias, es decir, existen autores nacionales que escriben en el país, pero no existen piezas teatrales de contenido nacional. De cualquier manera, la Argentina es un país joven, en donde la inquietud por el teatro es en mi concepto el producto de una constante y estimuladora vida teatral. Para los argentinos el teatro figura mensualmente entre los gastos de su presupuesto familiar. Recuerdo que cuando se estaba representando en el Teatro Ateneo de Buenos Aires (calle Paraguay) "Los árboles mueren de pie", de Alejandro Casona, conocí un comerciante de la ciudad de Mendoza (unos 1.200 kilómetros de Buenos Aires) que había viajado expresamente a la Capital Federal, como suelen llamar los argentinos a Buenos Aires, para ver representar la comedia de Casona. En cualquier círculo social e intelectual se habla y se discute de teatro. En Buenos Aires pueden verse también, inmediatamente después de su estreno en Estados Unidos y capitales europeas, los últimos éxitos dramáticos del teatro universal. Existe, pues, una conciencia teatral adulta, la cual forma ya parte importante de la vida espiritual del pueblo argentino. Y digo del pueblo argentino porque en su mayoría es la masa popular la que más concurre a los espectáculos teatrales deseosa de aquilatar su cultura, como también concurre a los conciertos y a las conferencias.

La arteria teatral tradicional de Buenos Aires es la ya famosa Calle Corrientes, populosa vía ciudadana que atraviesa a Buenos Aires de Norte a Sur. Corrientes es la catedral del teatro porteño. Sus luces nocturnas señalan la gloria artística. Para llegar a figurar en las luminosas marquesinas de sus teatros hay que estar ya consagrado sobre muchos escenarios. Allí está el termómetro de la vida teatral argentina. Allí se orienta el *habitué* teatral y escoge el drama o comedia de su autor preferido o piensa en ver su actor o actriz predilectos esta misma noche o mañana. Cualquier extranjero que llegue hoy a Buenos Aires va a la Calle Corrientes y en ella tendrá teatro para ver durante un mes, y muchas veces 30 días no bastan para ver todo lo que se da en los escenarios porteños. Son ya famosas las "colas" que



El Emperador (Santos Leiva), Androcles (Sergio Corona) y El León (Eugenio Caldi), en un momento de la representación de "Androcles y El León", de Bernard Shaw.

cada mañana se forman a las puertas de los locales teatrales. Yo he visto durante cinco años las "colas" en el Teatro Astral para ver a Luis Sandrini. Este actor argentino, uno de los más completos y conocidos con que hoy cuenta el teatro en la Argentina, el único que en lengua castellana logra tocar o acercarse más a la línea chaplinesca, dentro de la fórmula comedia v.s. tragedia, viene representando desde hace cinco años la obra "Cuando los duendes cazan perdices", original del autor uruguayo Orlando Aldama. Esta obra le ha producido a Sandrini fabulosas ganancias, según él mismo me lo dijo durante una visita que le hice en su *set* de filmación de los Estudios Mapol. La obra literariamente no tiene mayor valor. Tampoco su anécdota teatral es de lo mejor, pero tiene a Sandrini, que está verdaderamente genial en su papel. Y hay personas que ven esta pieza teatral cada año, porque ver anualmente a Sandrini, ídolo del público argentino, entra invariablemente en el presupuesto económico y espiritual de millares de espectadores. Y como Sandrini, existen centenares de actores y actrices que reciben el diario aplauso popular como ídolos de la escena.

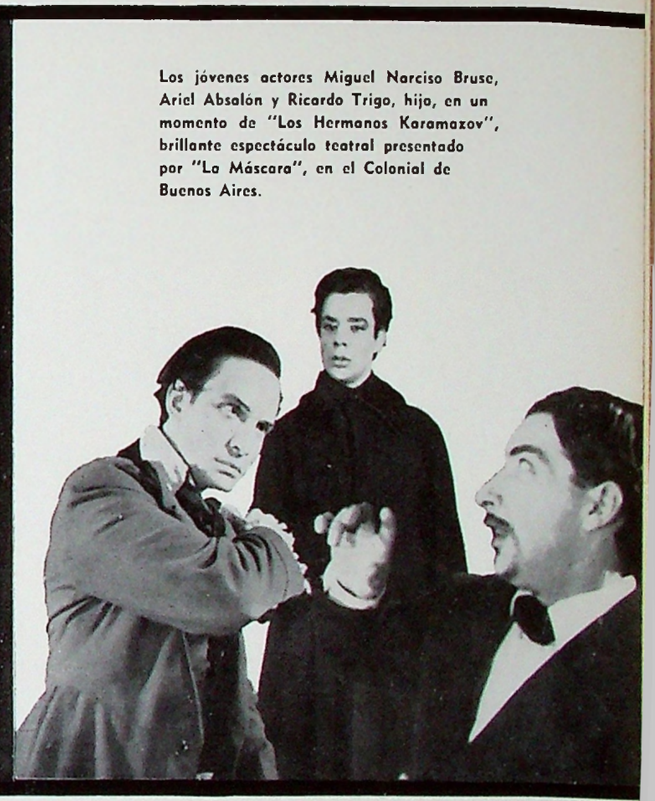
Pero el teatro porteño no se encuentra solamente en Corrientes. La jerga popular teatral señala a Corrientes como denominador general de jerarquía artística y de éxito. Otras calles de Buenos Aires, adyacentes algunas, otras más alejadas del centro ciudadano, poseen también teatros prestigiosos. Pero para el argentino todo eso es Corrientes, hablando teatralmente. Así, los teatros La Salle, el Versailles, el Liceo, el Nacional Cervantes y el Maipo están situados, respectivamente, en las calles Cangallo, Santa Fé, Rivadavia, Libertad y Esmeralda. En las calles Maipú, Montevideo, Esmeralda y Paraná están situados los populares Teatros de Revistas. La Revista teatral argentina es una serie de cuadros de música popular y folklórica y de diálogos rápidos, en los cuales se comenta con comicidad la vida porteña. Figuras importantes de esta clase de teatros son la famosa "Negra" Sofía Bozán, en cuya voz la milonga del *Bajo* se quiebra en graciosa lengua *lunfarda* (lenguaje o dialecto popular porteño, originado en la parte portuaria o el *Bajo* de la ciudad); Olinda Bozán, la escultural *vedette* Diana Maggi, Tito Lusiardo, Pedro Quartucci, y el cantante de tango Alberto Castillo, quien en su vida privada es médico y atiende su Consultorio en

el popular Barrio de Flores. Existen también otros teatros, algunos situados en pleno corazón de la calle Corrientes, y otros en lugares céntricos vecinos a la tradicional arteria teatral bonaerense, como el Splendid, el Casino, el Argentino, el Comedia y el Avenida, en los cuales se presentan diariamente espectáculos de folklore español, latino-americano y de la propia Argentina.

Y así, Buenos Aires, inmensa ciudad que también tiene además del teatro otros interesantes aportes a la cultura general del país, y que como en el hermoso poema de Vicente Barbiere tiene su mundo propio para el éxtasis espiritual ("Conozco en Buenos Aires una plaza de suelo natural, oscurecido, en un barrio que cae hacia el ocaso") vive una vida teatral intensa, en



Alejandra Boero, actriz y directora, en la escena inicial, junto con Héctor Alterio, de la comedia "Ese camino difícil" del joven escritor argentino Juan Carlos Ferrari.



Los jóvenes actores Miguel Narciso Bruse, Ariel Absalón y Ricardo Trigo, hijo, en un momento de "Los Hermanos Karamazov", brillante espectáculo teatral presentado por "La Máscara", en el Colonial de Buenos Aires.

un constante esfuerzo por el triunfo sobre la escena, pero que, como en toda obra que tiene que trascender al público, vive también la amargura de algún fracaso para autores y actores. Y allí está su amplia calle Corrientes, desde el Bajo de la Avenida Alem hasta los lejanos confines de La Chacarita, en cuya tierra porteña duerme su último sueño Carlos Gardel, con sus nombres triunfadores iluminados en neón, y su público fiel y constante que sabe de los últimos éxitos teatrales de París o de Nueva York, y posee el privilegio de gustarlos rápidamente en sus propios escenarios.

EL TEATRO PROFESIONAL

El teatro porteño profesional o comercial tiene su asiento y su trinchera de lucha en la calle Corrientes. Es verdaderamente notable la cantidad de elemento humano con que cuenta el teatro profesional argentino. Los actores y actrices intercalan en su diario trabajo escénico una agotadora actividad en cine, radio y televisión. Las temporadas son llamadas de verano y de invierno, pero muchas veces una obra que ha tenido mucho éxito en alguna de ellas en particular continúa representándose en la temporada inmediata. Los elencos, formados siempre con primeras figuras masculinas y femeninas, generalmente se constituyen ellos mismos en empresa o se contratan por algún empresario o propietario de teatro. Una vez que actúan en Buenos Aires durante meses, las compañías van a las ciudades del interior y así el público de la provincia puede algunas veces ver también los éxitos teatrales de Corrientes. Los días sábados, domingos y feriados se ofrecen dos espectáculos: uno a las seis de la tarde y el habitual de la noche. A la madrugada es muy corriente encontrar a las más célebres figuras del teatro profesional reunirse a cenar o a tomar el imprescindible *cafecito* porteño en los restaurantes y confiterías del centro. Allí se conversa sobre próximos estrenos, sobre éxitos y fracasos, se planea la vida teatral porteña y se vive su momento más intenso. Los restaurantes y confiterías nocturnas son parte de la intensa vida teatral de Buenos Aires.

Los mayores éxitos escénicos de la temporada de 1953 han sido hasta ahora: "La tercera palabra", una nueva comedia de Alejandro Casona, puesta en escena por él mismo, y de la cual se dice, críticamente hablando, que ha vuelto a ser el antiguo Casona de obras

anteriores, pleno de poesía y de personajes de alto contenido espiritual, después de sus obras anteriores —"Siete gritos en el mar" y "La llave en el desván"— que no duraron mucho tiempo; "Un tranvía llamado deseo", la mundialmente famosa pieza de Tenesse Williams, representada por Mecha Ortiz y Carlos Cores, bajo la dirección de Luis Mottura; "Biografía", interesante obra del norteamericano N. S. Behrman, presentada en el Teatro Nacional Cervantes, y que contó con la magnífica interpretación de la gran actriz Iris Marga, una de las más completas figuras con que cuenta la escena argentina; la comedia francesa de Pierre Barillet y Jean Pierre Gredy titulada "Mi mujer tiene un amigo", graciosamente interpretada por Juan Carlos Thorry, Gloria Guzmán y Analía Gadé. Otras piezas presentadas en la



"El regreso del hijo pródigo", de André Gide, fué un hermoso espectáculo teatral presentado en Buenos Aires. En la foto Irene Lara y Mario de Rosa.

temporada invernal de este año son: "La Salvaje", de Jean Anouilh, verdadero éxito interpretativo de la actriz Rosa Rosen; "El Carro de la Basura", del argentino Enrique Suárez de Deza, obra un tanto cinematográfica, dirigida por el actor y director Narciso Ibáñez Menta, a quien Buenos Aires debe una magnífica interpretación de "La Muerte de un Viajante"; "El don de Adela", comedia de mucho éxito en París, en la cual Paulina Singerman repite una vez más su ya conocido modo escénico acompañado de monótono tono vocal; "Los ojos llenos de amor", del joven autor argentino Abel Santa Cruz, presentada por Angel Magaña; "Eduardo H. Barrientos, porteño del 900", comedia de ambiente bonaerense de la cual es autor el veterano escritor teatral Germán Ziclis; y entre muchas otras, el más reciente estreno de la obra de Helvio Botana "Los hilos invisibles", con la participación del notable primer actor Miguel Faust Roche. La obra ha sido denominada "misterio en tres actos", y en ella se plantea sobre la escena una discusión de tipo teológico y se dispersan notablemente los elementos clásicos e impostergables del teatro.

El teatro profesional cuenta con muchos buenos directores. Es el actor Esteban Serrador, quien ha venido hasta hace poco dirigiendo todo el teatro estrenado en Buenos Aires por Casona, quien más dirige en el teatro porteño. También muchos actores, como Narciso Ibáñez Menta, José Cibrián y la actriz Ana Lasalle, dirigen las obras en las cuales actúan como primeras figuras.

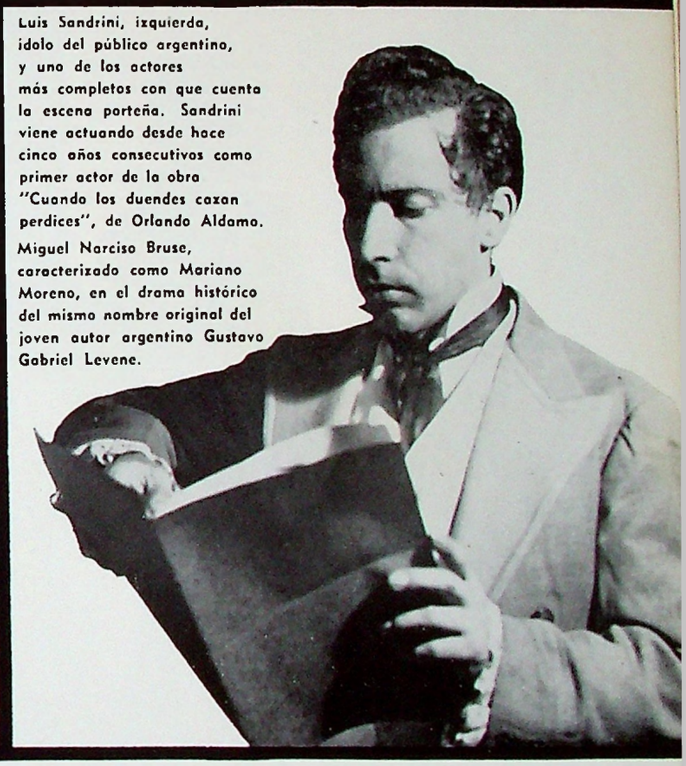
En materia técnica el teatro profesional argentino es de lo más adelantado y digno que existe hoy en el mundo del teatro universal. Entre sus escenógrafos se encuentran Gori Muñoz, Mario Vanarelli, Saulo Benavente, Domingo Cullén y Miguel Stábile. Han sido célebres los decorados de Gori Muñoz para "Los árboles mueren de pie", los de Rodolfo Franco para la obra "Ha llegado un inspector", de J. B. Priestley, y los de Miguel Stábile para "Ana Lucasta", comedia de Philips Jordan que interpretó Ana Lassalle. La línea de decoración en el teatro argentino es de tipo francés e italiano, aunque últimamente ha predominado la norteamericana, como la que realizó Domingo Cullén para "Un tranvía llamado deseo" y la de Saulo Benavente para "La Rosa tatuada", del mismo autor de la obra anteriormente mencionada. Por lo general la dirección escénica argentina es un tanto fría, y yo he escuchado

a muchos actores y actrices que dicen que aunque sus personajes se los ha *marcado* de tal manera el director, ellos los han *sentido* de otra manera. También la técnica en la dirección es muy francesa.

LOS TEATROS EXPERIMENTALES

Frente al teatro profesional, autónomo, autóctono y económicamente poderoso, se halla el teatro experimental o vocacional de Buenos Aires. Es un teatro en ese tipo de primer orden. Más de 100 grupos experimentales trabajan semanalmente y algunos casi diariamente en la capital argentina. Y como es natural, existe una línea divisoria, especie de Línea Maginot, entre lo profesional y lo vocacional. Es muy difícil que un actor o actriz experimental, por más éxito que haya alcanzado en su terreno, pase al terreno profesional de manera violenta. Se han dado casos esporádicos, como el que se dice acerca de Zoe Ducos (actriz argentina de gran talento, actualmente en Caracas) y Golde Flami, quienes pasaron de lo experimental a lo profesional con gran rapidez. Y así como su antagónico, el comercial, el vocacional tiene también su público. Un público si se quiere de selección, más intelectual y en más íntimo contacto con el mundo literario europeo. Pero los conjuntos vocacionales sufren el gran problema de la falta de locales para actuar constante y regularmente. Ultimamente se han habilitado dos locales para Teatro Experimental: el Teatro Colonial y "El Teatrillo", situado este último en el sótano de la conocida Confitería "La Opera", en la porteña y céntrica esquina de las calles Callao y Corrientes. También existe el Teatro que el Grupo de "Los Independientes" ha construído con mano de artesanía propia, en la calle de San Martín. En estos sitios, especialmente en los dos primeros, actúan semanalmente la mayoría de los grupos escénicos experimentales. En el Colonial se ha venido presentando regularmente el Grupo "La Máscara", cuyo directorio integran jóvenes directores y autores. Además de este grupo son ya bien conocidos "La Cortina", dirigido por Ignacio Rosas, y cuyo grupo acaba de rendir un hermoso homenaje al poeta y comediógrafo mexicano Xavier Villaurrutia; "T. A. B. A.", o sea "Teatro de Arte de Buenos Aires", presentó "Juana", de Kaiser, y una bella obra en un acto de la joven poetisa argentina María Luisa Rubertino titulada "El Regreso"; el Instituto de





Luis Sandrini, izquierda, ídolo del público argentino, y uno de los actores más completos con que cuenta la escena porteña. Sandrini viene actuando desde hace cinco años consecutivos como primer actor de la obra "Cuando los duendes cazan perdices", de Orlando Aldamo.

Miguel Narciso Bruse, caracterizado como Mariano Moreno, en el drama histórico del mismo nombre original del joven autor argentino Gustavo Gabriel Levene.

Arte Moderno, una organización muy similar a la venezolana y lamentablemente desaparecida Sociedad "Amigos del Teatro", el cual en su local de la elegante calle Florida ofrece espectáculos semanales de martes a domingos. Su más reciente éxito es "Isabel de Inglaterra", habiendo ofrecido anteriormente "Poof", de Armand Salacrou; en su local de Corrientes 2120 el grupo "Nuevo Teatro" viene presentando en Teatro Circular, modalidad teatral que aún no han ofrecido los teatros profesionales, la comedia de Bernard Shaw "Andrócles y el León"; en el Teatro de la Casa del Teatro, el gris edificio situado en la parte Norte de la elegante calle Santa Fé, actúa diariamente el Grupo "La Farsa", el cual ha tenido mucho éxito al representar "Teresa Raquin", de Emilio Zolá. Otros grupos profesionales actúan

también en Buenos Aires como el Grupo Experimental "4 de Junio", el cual presentó la comedia "Cuando Venus tuvo brazos". Privadamente se ofrecen, no con frecuencia, representaciones por grupos vocacionales. Una de las más interesantes a las que he asistido fué la que ofreció el conjunto de "Los Pies Descalzos", ahora actuando en público bajo la dirección de uno de los más capaces y jóvenes directores vocacionales del nuevo teatro argentino: Francisco Silva. La representación se realizó en un pequeño *atelier* de pintura adonde apenas cabían no muy cómodamente unas 20 ó 25 personas. Se oían advertencias como ésta: "No se siente en ese sofá, puede irse al suelo". Pero quien caía al suelo se quedaba tranquilamente sentado a la *turca* y miraba la representación. Era un público de escritores, actores y actrices en días de descanso escénico. Se ofreció una interpretación realmente maravillosa de una pieza en un acto de Jean Paul Sartre (obras de este autor no se representan públicamente en Buenos Aires); y el mensaje angustiado del autor de "Puerta Cerrada" lo vivimos en una de las más notables interpretaciones vocacionales que he visto en este país. Este Grupo de "Los Pies Descalzos", actuando en estos momentos en "El Teatrillo", ofrece "El Apolo de Bellac", de Giraudoux, y "La Voz Humana", de Cocteau.

Son efectivamente magníficos los actores y actrices vocacionales del teatro argentino. Hay que citar primeramente a Saida Borghi, verdadera revelación artística en "La Voz Humana"; a Esilda Rivyan, magnífica en su Juana de la obra de Kayser; Sara Barg, la graciosa actriz de "El Apolo de Bellac" y "Bodas de Sangre"; a Eduardo Espinoza y Nora Beltrán, del Instituto de Arte Moderno; a Carlos Falbarg, el Juez Bentley de "El Caso de Elizabeth Collins", maravillosamente presentada por el conjunto vocacional "Casa de Comedia"; a la juvenil actriz (apenas 15 años) Haydée Prat, quien se lució en el personaje protagónico de la misma pieza de Elsa Shelley; a Héctor Alterio y a Alejandra Boero, del elenco de "Nuevo Teatro"; a Sergio Corona y a Eugenio Caldi, magníficos en "Andrócles y el León" que con tanta gracia y dignidad artística presentó el mismo conjunto de "Nuevo Teatro" en escenario circular. Y muchos más, centenares de actores y actrices, de estudiosos del teatro en función de experimento, como su mismo nombre lo dice, y de vehículo de cultura en función de la vocación artística.

Cuenta también el teatro vocacional argentino con muchos y buenos directores de escena, decoradores y técnicos en general. Francisco Silva, José María Funes, Susana Curutchet, Alejandra Boero, Pedro Asquini, Alberto Rodríguez Muñoz, Director además de la Revista teatral "Platea" y del Grupo Vocacional O. L. A. T. (Organización Latinoamericana de Teatro) que viene representando desde hace un año "La Gaviota", de Chejov, en escenario circular; Marcelo Lavalle, Carlos Gorostiza, Ana Itelman, Alfredo Iglesias y otros. Como decoradores son muy conocidos los nombres de Gastón Breyer, Marta Eguren, Norberto Barris, Oscar Wildner y el popular caricaturista "Oski" (Oscar Conti), quien ha causado verdadera sensación en Buenos Aires al confeccionar los decorados para la pieza de Bernard Shaw "Andrócles y el León".



La primera actriz de "El Teatro del Pueblo", Rosa Eresky, y el actor Remo Asta, en una escena de la obra "Casamiento en Pekín", de Chien Chian, magnífico exponente del moderno teatro chino. "El Teatro del Pueblo" tiene 20 años consecutivos actuando diariamente en Buenos Aires.



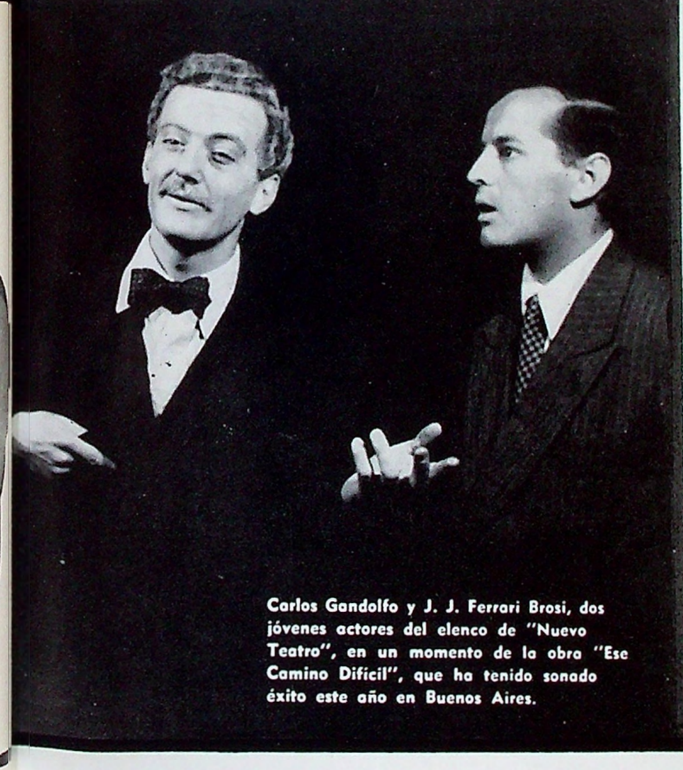
Irene Lara y Renzo Zecca, de "La Cortina", en la obra "Morir un poco", de Amparo Romit.

AUTORES ARGENTINOS

En la representación de obras teatrales en la Argentina hay abundancia de autores extranjeros, tanto en el teatro profesional como en el vocacional. Cada año se representan algunas obras de autores nacionales, fallecidos algunos, vivos otros. También aparece algún nuevo autor que acomete la difícil empresa de estrenar su teatro.

Viven en Buenos Aires algunos escritores españoles que en cada temporada estrenan una o más obras. Además de Alejandro Casona, quien ya cuenta con 15 años de residencia en la capital argentina, son conocidos Eduardo Borrás y Gerardo Ribas. El primero estrenó "La lámpara encendida", y Ribas dos comedias: "Un matrimonio inmoral", que interpretan Alberto Glosas e Irma Córdoba, y "Señora, cierre el balcón", que puso en escena Juan Carlos Thorry y que no tuvo mayor trascendencia artística ni literaria.

Entre los escritores nacionales que cada año presentan obras teatrales se cuentan los veteranos Alberto Vacarezza, Vicente Martínez Cuitiño, Pedro E. Pico y Germán Ziclis, de quienes por lo regular se ofrecen reposiciones de sus obras estrenadas hace algunos años, como ocurre actualmente con "Bajo la garra", de Gregorio de Laferrere, estrenada en 1906 y que el director Cunil Cabanellas ha presentado con ánimo de mantener viva la admiración por los grandes *pioneros* del teatro argentino; los populares autores Raúl Guruchaga, Julio F. Escobar y Julio Porter, quien junto con Enrique Santos Discépolo (el "Discepolín" del tango de Homero Manzi), muerto hace pocos meses para permanente lamento de la escena argentina, firmó una de las comedias más notables y de mayor éxito en estos últimos cinco años en Buenos Aires: "Blum"; Sixto Pondal Ríos, Carlos Olivari, Nadina de Armas, María Luz Regás, María Luisa Rubertino, el joven autor Rafael C. Bertrán, cuya primigenia pieza "Amor en Setiembre" acaba de estrenar Paulina Singerman, y el juvenil escritor Gustavo Gabriel Levene, autor del drama histórico "Mariano Moreno", presentado por el Teatro "La Máscara".



Carlos Gandolfo y J. J. Ferrari Brosi, dos jóvenes actores del elenco de "Nuevo Teatro", en un momento de la obra "Ese Camino Difícil", que ha tenido sonado éxito este año en Buenos Aires.



Una escena de conjunto de "El comerciante que hizo hablar al demonio", de Aldo Ottolenghi, en la cual intervinieron Pascual Mazziotti, Mario de Rosa, Renzo Zecca e Irene Lara ("La Cortina", Buenos Aires).

Abel Santa Cruz es otro nuevo autor teatral, de fecunda producción, dándose el caso de que en la temporada pasada cuatro teatros de Corrientes presentaban a la vez cuatro obras suyas. Entre los poetas que escriben piezas dramáticas figura en primer término Leopoldo Marechal, autor del drama "Antígona Vélez" en el cual el poeta conjugó la anécdota griega con acontecimientos y seres de la fructífera pampa argentina en pulcro y elegante verso castellano.

No obstante tantos nombres de autores nacionales, el teatro argentino ciento por ciento, contentivo del maravilloso caudal folklórico, del colorido de sus paisajes, de la reciedumbre de sus hombres de acción, de su heroica historia, está en espera de un nuevo gran autor teatral. El público argentino que presta tan estupenda

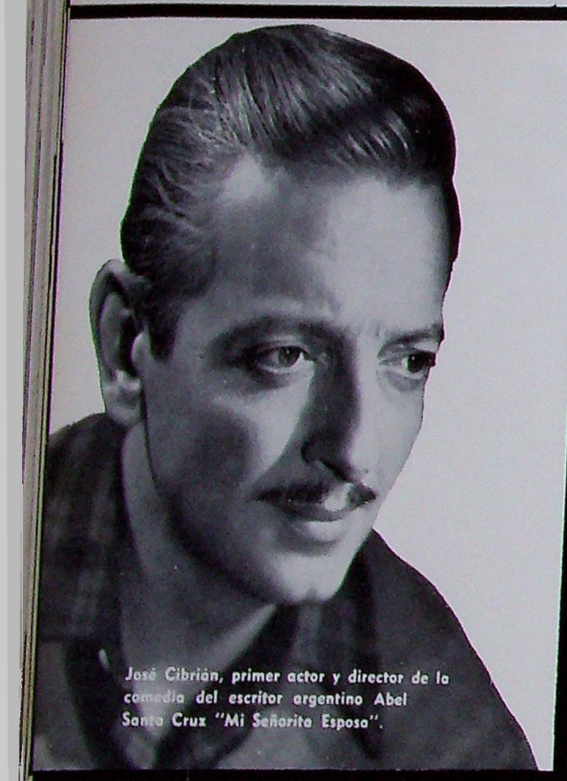
colaboración al desarrollo del teatro en el país del Sur, está aguardando siempre la llegada de ese autor teatral para completar de una vez los cuadros de luchadores teatrales empeñosos en su mayor auge y tradición histórica. El teatro argentino, pues, sigue buscando y pidiendo un nuevo gran autor para poner en movimiento sobre la escena, como en magnífica muestra, todo el manifiesto poder de progreso y de pujanza que hay en su pueblo.

EL TEATRO Y LA CONTRIBUCIÓN OFICIAL

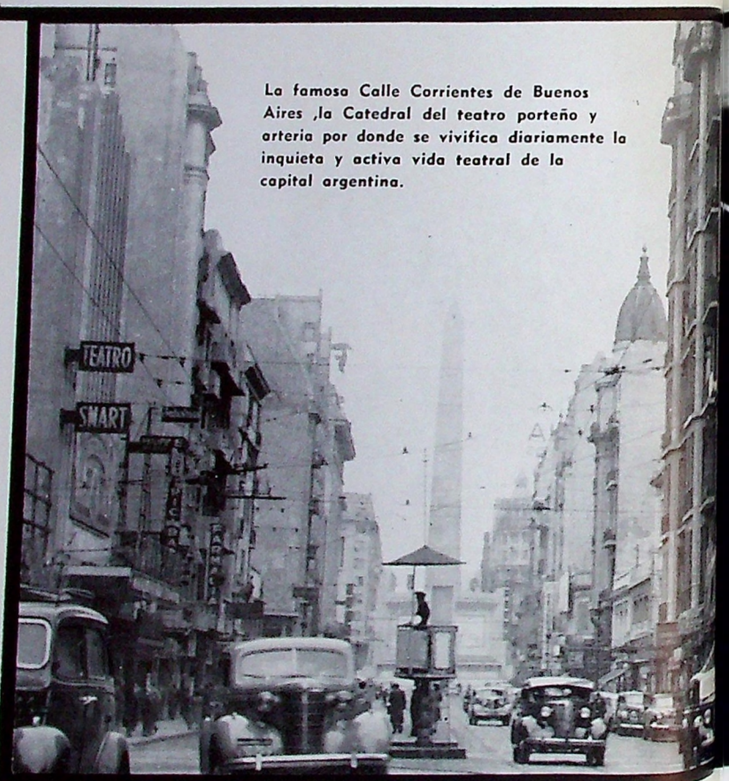
El teatro recibe ayuda y estímulo oficiales por medio de varias dependencias que contribuyen en manera muy importante a su desarrollo y a su éxito. La Comisión Nacional de Cultura tiene a su cargo la dirección del Teatro Nacional Cervantes, situado en la calle Libertad. Allí se han ofrecido obras que como "Seis personajes en busca de autor", de Pirandello, han sido verdaderos acontecimientos culturales; también la misma Comisión Nacional de Cultura tiene a su cargo el "Seminario de Arte Dramático", que cada sábado se presenta en algún escenario porteño; esta dependencia oficial organiza anualmente los llamados Concursos para Teatros no Profesionales de toda la República, los cuales vienen a la Capital a ofrecer sus representaciones; y en reciente artículo el conocido crítico de las actividades de los teatros vocacionales, José Marial, habla de la celebración de una Convención de Teatros Independientes. La Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación realiza una notable labor desde el Teatro "Enrique Santos Discépolo" presentando teatro de gran colorido típico, como la obra "El patio de la morocha", que lleva ya varios meses en cartel. Desde el "Teatro del Pueblo", situado en la céntrica Avenida Presidente Roque Saenz Peña (Diagonal Norte), el veterano Leónidas Berletta dirige un conjunto vocacional que también recibe importante colaboración oficial. El "Teatro del Pueblo" viene ofreciendo desde hace meses con mucho éxito la obra "Casamiento en Pekin", de Chien-Chian, interesante muestra del moderno teatro chino.

La Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, por medio de su Secretaría de Cultura, contribuye también a mantener con toda dignidad artística el vasto clima teatral de la capital argentina. Es en el recién reformado Teatro General San Martín en donde esta entidad municipal presenta diariamente sus espectáculos, y en su elenco figuran actrices de tanto renombre como Malisa Zini, quien junto a Enrique Serrano y Jorge Rigaud mantuvo durante un año en carteleras la comedia francesa "Nina", y el primer actor Daniel de Alvarado. En este teatro, dirigido por la nombrada Secretaría de Cultura de la Municipalidad porteña, se ofrecen principalmente obras de autores nacionales.

El teatro experimental en la Argentina, como está ocurriendo con algunos otros del Continente, el de Chile y México, así como con el de Venezuela, ha desterrado,



José Cibrián, primer actor y director de la comedia del escritor argentino Abel Santa Cruz "Mi Señorita Esposa".



La famosa Calle Corrientes de Buenos Aires ,la Catedral del teatro porteño y arteria por donde se vivifica diariamente la inquieta y activa vida teatral de la capital argentina.

si no totalmente, en parte bastante considerable de su propia vida, a los autores nacionales. Casi siempre ofrecen obras del teatro francés o ruso, y últimamente en gran proporción del teatro norteamericano. El escritor Elías Castelnuovo lo acaba de señalar así en un amplio artículo crítico publicado en el diario bonaerense "La Prensa". Tanto los teatros vocacionales como los profesionales carecen casi totalmente en su repertorio de obras de escritores latinoamericanos; y aun la propia Organización de teatro latinoamericano que dirige en Buenos Aires Rodríguez Muñoz, mantiene desde hace un largo año en su cartelera una obra del ruso Antón Chejov, sin que hasta la fecha haya presentado ninguna de escritor sur, centro o norteamericano. Asimismo los dos tipos de teatro que actúan en Buenos Aires no acostumbran ofrecer nada del teatro clásico universal, cosa que en una ciudad tan populosa como la metrópoli argentina tendría también su público. Alguna que otra vez, por medio de la Dirección Nacional de Cultura, se representan obras del teatro clásico griego. Aún se recuerda con gran emoción artística la representación llevada a cabo en el ancho pórtico de arquitectura helénica que posee la Facultad de Derecho, del drama "Electra". La notable actriz argentina Iris Marga participó en aquella representación, y los coros del Teatro Colón, con la intervención coreográfica de Serge Lifar, contribuyeron al brillo de uno de los más completos, hermosos e inolvidables espectáculos teatrales al aire libre que ha presenciado Buenos Aires.

El precio de las localidades en los teatros de la capital argentina está considerado como de los más baratos del mundo. En los teatros que reciben estímulo y ayuda oficiales se pagan diez pesos argentinos por platea (patio), que más o menos equivale a medio dólar; en los teatros comerciales hay un aumento de unos cinco pesos, y aún ese precio no llega a equivaler a un dólar. En los teatros experimentales el precio de entrada fluctúa entre ocho y diez pesos argentinos. Para las funciones de los sábados, domingos y días feriados hay un pequeño recargo entre dos y tres pesos de los espectáculos profesionales a los vocacionales.

Y allí tiene el mundo del teatro la famosa Calle Corrientes de Buenos Aires, viviendo diariamente el sueño del éxito que alguien anhela conquistar cualquier noche, cuando las luces de las marquesinas de sus teatros iluminan en neón los nombres de los predilectos de los públicos. El teatro es en ella dueño y señor de un mundo de ensueño, extraordinario crisol de humanos éxitos y fracasos, y por donde Buenos Aires vive una intensa y activa vida teatral. Y al día siguiente, cuando se escucha en algún cafetín de Corrientes, Esmeralda o Maipú, el último tango madrugador, reposan momentáneamente en los escenarios porteños los muñecos que creó la fantasía, pero para volver a comenzar a vivir la noche próxima su mundo maravilloso de ficción sobre la escena.



Escena de "La Gaviota", de Anton Chejov, que se viene representando desde hace un año consecutivo en Buenos Aires por la O.L.A.T. (Organización Latinoamericana de Teatro) en escenario circular. Lia Gravel y David Tonelli aparecen en la foto.

EL CARNAVAL

Por CARLOS PI SUÑER

El Carnaval llega. Pero ya no es lo que antes fué. Tuvo épocas de esplendor.
Hoy está en decadencia.
Pero queda todavía en el aire como un reflejo de los pasados destellos,
un eco mortecino de la alegría de antaño.
Aún el Carnaval despierta un sentimiento de curiosidad nostálgica.

De confusas lejanías viene la fiesta del Carnaval. De tiempos remotos. En línea directa procede de las Saturnales romanas. Pero éstas, a su vez, venían de otras fiestas más antiguas perdidas en la distante penumbra de las edades inciertas. Reliquias que sobreviven de cultos religiosos primitivos al comienzo del año para que éste fuese favorable, o al renacer la naturaleza en primavera para que la tierra sea fecunda. Huellas de las fiestas dionisíacas griegas, con las comparsas de las jóvenes canéforas llevando sobre la cabeza canastillas doradas de frutos, y los hombres disfrazados de Sileno, de Pan y de Sátiros. Vestigios del culto a Isis, que desde Egipto llegó a Roma, con sus procesiones primaverales para pedir a la divinidad propicia, el don de las ópimas cosechas.

Las propias Saturnales tenían en Roma un origen remoto. No siendo al principio más que un episodio de las fiestas agrícolas, fueron adquiriendo el carácter de regocijo popular. En sus comienzos duraban tan sólo un día, pero en tiempos del emperador Augusto su celebración se extendió a cuatro, llegando más tarde hasta siete. Durante estas fiestas los romanos libraban a Saturno de las cintas de lana que por todo el año ceñían su estatua. En un ambiente de cordial amistad para todos, no se pensaba más que en divertirse. Los asuntos públicos quedaban en suspenso, no reuniéndose el Senado. El pueblo se divertía viendo las vistosas procesiones y animadas cabalgatas. Se hacían presentes a los amigos, agasajándose unos a otros con opíparos banquetes. Los juegos de azar, en general prohibidos, eran entonces tolerados. Y aunque al hablar de las Saturnales algunos autores dicen que se limitaban a distracciones honestas, otros testimonios dejan más bien creer que eran unos días de excesos orgiásticos y libertad licenciosa.

De estas libres y bulliciosas festividades callejeras probablemente procede el nombre de Carnaval. Entre las varias etimologías propuestas de esta palabra —en realidad ninguna de ellas probada en forma convincente— la que parece más plausible es la que le hace derivar del "carrus navalis", la carroza que acostumbraba a figurar en las cabalgatas imitando un barco. En Grecia era ya una antigua costumbre en las fiestas en honor de Dionisio el pasear por las calles de Atenas, un barco con ruedas, rodeado de máscaras que iban danzando y cantando alborotadamente. En la Roma imperial se incorporó también este uso a la celebración de las Saturnales, aunque tuvo un origen extranjero, dedicándose al principio a la diosa egipcia Isis. El carro-navío se encuentra más tarde en la tradición carnavalesca de varios países, habiendo en alguno de ellos perdurado hasta hoy.

En el Carnaval convergen dos grandes corrientes de sentimientos populares que han sido la causa de que persistiese, adaptándose a formas diversas. Una de ellas, que arranca de sus inciertas y lejanas raíces, es una corriente profunda que viene, ya en los pueblos primitivos, de las simas abismales del inconsciente ancestral. Es el instintivo deseo de limpiar el alma y purificarla, dando salida, aunque sea en forma tan tumultuosa y poco edificante, a los impulsos, pasiones, deseos e impurezas que dormitan agazapados en sus estratos más hondos. Es el deseo de purgar el espíritu de apetitos emponzoñadores, de echar afuera lo que por dentro envenena. Es la misma virtud de la "catarsis", que en su acepción más alta Aristóteles atribuye a la tragedia; la purificación que resulta de liberarse, al expresarlos libremente, de los más íntimos y culpables secretos.

Este implícito anhelo de liberación se revela también en la manera de finalizar el Carnaval, con su muerte y entierro. Será, como en algunos países, con el explícito propósito, al enterrarlo, de librarse de los malos espíritus. Le darán, como en Venecia, el significado de ser el entierro de Baco; o el del dios Momo en los carnavales del ochocientos. O persistirá en la tradición popular, cruda y satírica del "entierro de la sardina". Pero en el fondo respondiendo siempre a la misma causa instintiva: que una vez puestos de manifiesto, aireados los fermentos fangosos del alma, bueno es echar a otros las culpas, un otro simbólico, pero que ya no es uno mismo, enterrando al cual, se asegura la liberación.

El carácter originario del Carnaval se muestra asimismo por la significación que en él tiene el uso de la máscara. La costumbre arranca también de los primeros tiempos, y deriva de un temeroso y ambivalente culto a los muertos, convertidos en "larvas" o malos espíritus. Con las máscaras doradas y las albas túnicas, los primeros disfraces aparecían como espectros fantasmales. En este deseo de esconder la propia personalidad, de parecerse a otros, y tanto más cuanto que ya no existen, hay asimismo el obscuro pensar y sentir, que estos turbios impulsos del subconsciente son ya algo distinto a la propia personalidad racional. El acto de ponerse una careta, de pintarrajearse el rostro o de vestirse el disfraz, revela asimismo la intención de cargar a cuenta de otros, aquellas culpas de las que ansiamos liberarnos.

En las Saturnales romanas se encuentra también el otro elemento de los dos que dan su sentido al Carnaval, y que antes no existía: aquel que se manifiesta en una aspiración igualitaria, que nivele a todos los hombres, aunque sea por pocos días. Las Saturnales evocan nostálgicamente la igualdad que había entre los hombres en tiempos de Saturno, cuando arrojado éste por Júpiter de entre los dioses hizo reinar en el Lacio, donde habitaba, la edad de oro, en la que todos eran iguales. Es amparándose en esta precaria igualdad que se permiten toda clase de libertades, a veces de licencias. Los esclavos visten la toga, y fingen que mandan a sus amos. Los plebeyos increpan con mordaz oratoria a los tribunos.

En las guarniciones lejanas del imperio los soldados eligen a uno de ellos, que será su rey por unos días. Es otra corriente psicológicamente profunda, formada por la hiel corrosiva de las desigualdades, la amargura angustiosa de las posiciones bajas y los oficios viles, y que se manifiesta en un imperioso anhelo nivelador, de vivir unas horas, por cortas que sean, de igualdad y olvido. Y también en este caso, hay la misma tendencia de dejar de ser uno, de esconderse en el anonimato que ofrece el alboroto de la multitud. Todos podrán ser más iguales, cuanto más, todos y cada uno, dejen de ser ellos mismos; aunque siendo así resulte que el sueño de la edad de oro venga a convertirse en la realidad, en la anónima y tumultuosa confusión del populacho.

Con este legado originario, pasa el Carnaval a la Edad Media. La Iglesia, que a veces lo persigue y a veces lo tolera, al fin lo acepta y regulariza. Cree preferible ir incorporando en sus propias fiestas costumbres populares, aunque sean vestigios de antiguos ritos paganos. Al tolerar el Carnaval muestra que comprende la honda significación de lo que, más dentro de su clima espiritual, se llamará también Carnestolendas. Encuentra humana, y en último término quizás saludable, esta especie de confesión pública, con la que vagamente se persigue limpiar el alma de las impurezas del pecado, aireando sus más recónditos escondrijos. Es una forma del combate que libran Don Carnal y Doña Cuaresma en los desenfadados versos del Arcipreste de Hita. Y es gracias a que la Iglesia acepta y regula esta significación del Antruejo, que más de quince siglos más tarde de caído el imperio romano, y olvidadas sus Saturnales, el Carnaval sigue persistiendo.

En la Edad Moderna se integra al Carnaval una nueva modalidad que también habrá de perdurar hasta su época de mayor brillantez. Junto a la algazara popular toma otro tono más aristocrático, de mayor señorío, con los bailes en suntuosos salones y los ricos disfraces. Pero tras de este velo de corrección, sigue siendo también la fiesta populachera, como lo muestran los ácidos dibujos de Goya. Y es reaccionando contra esta corriente alborotadora y desbordadora, que en el setecientos, como siglo de la razón, sus filósofos enciclopedistas reaccionan hostilmente contra el Carnaval. Brilla, con todo, la fiesta, porque adquiere el colorido de la época. Es el Carnaval de Venecia con sus iluminaciones de farolillos de colores, fuegos artificiales, máscaras alegres y fáciles, y cabalgatas por los canales; las fiestas que placen a Casanova y seducen a Lord Byron. Otros carnavales lucidos hubo entonces en la misma Italia y fuera de ella: en Florencia, en París, en Colonia. Pero el más famoso de todos sigue siendo el Carnaval romano, con sus carreras de caballos en el Corso, cabalgatas espectaculares, batallas de flores y profusión de bailes. Goethe hablará de él con entusiasmo al relatar sus viajes por Italia; en cambio, en 1785, cansará a Miranda, afligido de reumatismos y jaquecas en sus primeras jornadas italianas. Y cuando sus pasos le lleven a otros países, volverá a encontrar el Carnaval, en 1788 en Copenhague y en 1789 en Génova, prueba de la extensión que había tomado en tierras de Europa.

Más adelante, en el siglo XIX, dos nuevos factores vendrán a influir en el Carnaval. De una parte el romanticismo tiende a valorizar lo que éste tiene de vital y pintoresco. Además de los poetas, inspira a músicos como Schumann y Berlioz. Y por otra parte constituirá como una válvula de escape de la represión burguesa ochocentista. Es la época del mayor auge de los grandes bailes de máscaras en los teatros de ópera de todas las ciudades de cierta importancia. Son fiestas brillantes y equívocas, de disfraces de seda y antifaz discreto, de cenas con champaña y aventuras galantes. Y al lado de éstos, otros bailes en las sociedades privadas, y en lugares más ambiguos, donde también aparece la turbia espuma del carnaval popular. Y en la calle, la turbamulta anónima de las máscaras, que van descendiendo de nivel hasta llegar a los astrosos mamarrachos de la noche de locura y desencanto del martes carnavalesco. Ha surgido un nuevo patrón del Carnestolendas, un dios menor de la mitología griega, Momo, hijo del sueño y de la noche, genio de la burla y de la sátira. Será bajo su cetro el irrespetuoso Carnaval de la bohemia. Pero también las calles se animarán con las cabalgatas fastuosas, las batallas de flores, los combates de serpentinas y confetis. Niza, Nápoles, Florencia, organizan carnavales llamativos, como actos de propaganda turística, para atraer visitantes. Y entre los jóvenes quedan gratos recuerdos de los asaltos de grupos de máscaras a las casas amigas. En sus múltiples facetas, el Carnaval pasa sin duda en el ochocientos por un período de plenitud y esplendor.

Es este tipo de Carnaval, que llega hasta comienzos de nuestro siglo, el que más arraiga en Venezuela, y del cual persiste todavía el recuerdo. Es cierto que en el aspecto más popular, el Carnaval venezolano tiene también el mismo sentido originario que todos, que en sus manifestaciones más ruidosas y extremadas toma un tono de licencia, que a veces llega al abuso. Pero lo que más se recuerda es la pompa brillante, análoga a la de los carnavales ochocentistas. La época en que más florecen es la de Guzmán Blanco y las que la siguen hasta bien entrado el siglo actual. La moda y el estilo de vivir vienen entonces de Francia, y esta influencia se proyecta sobre el Carnaval. Señoras y señoritas visten caprichosos disfraces, esconden su belleza bajo caretas traídas de París, combaten con ardor lanzándose flores, serpentinas, papelillos y polvos de arroz, desde coches engalanados. Se agotan en las tiendas de lujo los bombones y perfumes. En salones distinguidos, máscaras discretas sienten por unos días el descuidado contento de la vida fácil y placentera. Por las calles de Caracas pasan grupos de máscaras, cabalgatas decorativas, procesiones burlescas, comparsas populares que bailan y cantan al son vivo del cuatro. Sorprenden y admiran a los chicos el pájaro Guarandol y la comparsa de la Culebra. Y al par de las distracciones más comedidas de la clase alta, se desborda la algazara y la alegría popular.

En estos carnavales de antaño la animación no se circunscribía a Caracas. En eruditos artículos cuenta Lucas Manzano el regocijante entierro de la sardina en La Guaira a fines del siglo pasado, con los vagones del ferrocarril adornados con palmas de cocoteros y cadenetas de papel, y llevando en cabalgata al simbólico pescado en un minúsculo ataúd, mientras la gente va gritando: "La sardina se murió...", hasta terminar en paz la fiesta a altas horas de la madrugada, una vez consumido todo el ron y caña de las cercanías. O es Lucila Palacios quien evoca el Carnaval en Ciudad Bolívar en los primeros años de este siglo, con el desfile público en el que los grupos de jóvenes disfrazados —rindiendo culto a la actualidad— de rusos y de japoneses, después de pasear juntos a los acordes de la música, se empeñan en arduos combates de serpentinas y bombones, generalizándose luego la lucha, con sorpresas y escaramuzas por las calles, y captura de valiosos rehenes, para terminar en la noche decisiva fraternizando en el baile de gala del teatro Bolívar. O es Anselmo Amado que recuerda los viejos carnavales de San Cristóbal, con las brillantes cabalgatas que presidía la reina elegida en votación pública, costando una locha el derecho al voto, y terminando todo en general alborozo. Siempre el mismo carácter, manifestaciones análogas de una fiesta que ha adquirido sólido arraigo.

No obstante, hoy todo esto es ya en gran parte el pasado. El ayer que se recuerda con un dejo de elegiaca añoranza. Como los despojos de un miércoles de ceniza, con los adornos de papel descoloridos y polvorientos, las flores ajadas y marchitas, y muriendo en el aire los últimos ecos de las músicas y las risas. El Carnaval ha decaído en Venezuela. Como en todo el mundo. Y por las mismas causas. Principalmente por la mayor aridez y las nuevas preocupaciones de este siglo. De él queda casi tan sólo, la nota alegre de los niños vestidos con disfraces arbitrarios que las madres llevan con orgullo a visitar a las familias amigas. El aspecto más simpático de la persistencia latente del Carnaval, se ha refugiado en algunas escuelas, en las que se realiza una bella obra de reconstrucción de viejas tradiciones folklóricas. Y donde no es difícil encontrar entre las alegres comparsas de niños, alguna graciosa criatura, embadurnada de negro la cara sonriente, y luciendo el solemne miriñaque y el alto sombrero de plumas de "La Burriquita".



Carlos Pi Sunyer, *ingeniero, economista y escritor español. Ha sido profesor de agricultura y jefe de los Servicios Técnicos del Comité Regulador de la Industria Algodonera en España. Es autor de varias obras económicas y literarias. En los últimos años se ha dedicado a trabajos de investigación sobre la historia venezolana.*





K. R. Williams, *graduado en el King's College de la Universidad de Londres, en 1945. Trabajó cerca de dos años en el Real Establecimiento de Aviación. Como investigador físico ha tenido vasta experiencia en el estudio de los problemas de combustibles y lubricantes del petróleo, especialmente en lo relativo al desgaste. Su experiencia incluye dos años con asociados norteamericanos.*

RADIOACTIVIDAD

por K. R. WILLIAMS

CENTRO DE INVESTIGACION DE THORNTON

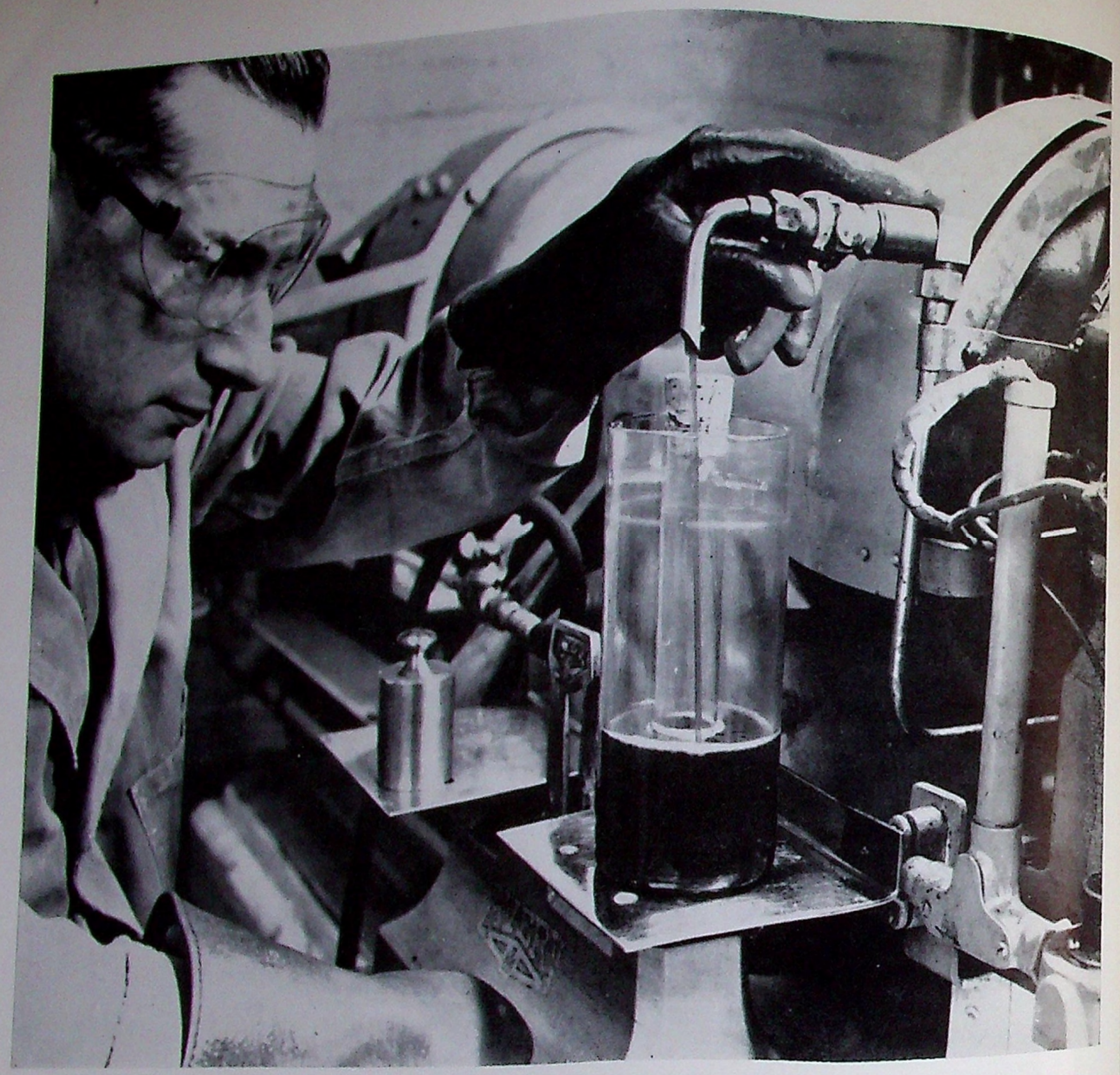
Todos estamos enterados del poderío militar en potencia de la bomba atómica, y "fisión nuclear" es hoy una expresión conocida por los lectores de la Prensa mundial. Afortunadamente, la investigación que condujo al desarrollo de las bombas que estallaron durante las fases finales de la segunda guerra mundial, puede ejercer influencia sobre la humanidad en formas más constructivas. Uno de los usos pacíficos de la física atómica es la técnica de seguir la pista radioactiva, lo cual es de gran valor para la medicina y la industria.

Los materiales radioactivos emiten radiaciones que pueden observarse en diversas formas. Por ejemplo, las radiaciones emitidas por una partícula de radio (un material radioactivo que existe en la naturaleza) harán que surjan destellos de luz cuando se les coloca cerca de una pantalla especial; también ennegrecerán una película fotográfica. Estas radiaciones también pueden destruir tejidos vivientes.

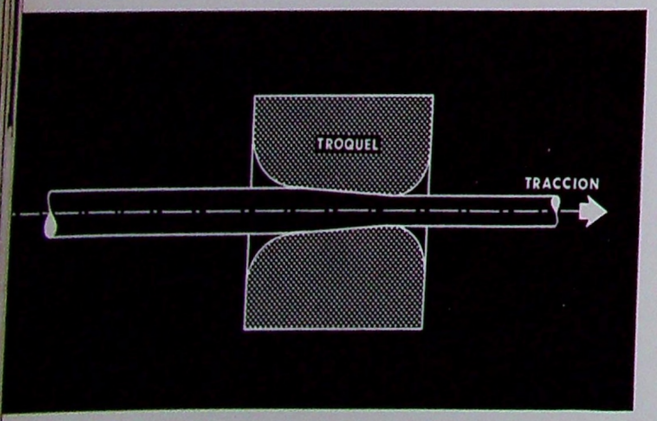
Muchas sustancias pueden convertirse en radioactivas colocándolas por algún tiempo en una "pila neutrónica". Cuando, por ejemplo, un objeto hecho de hierro se coloca en tal pila, éste se torna radioactivo; pero no se altera en su forma física ni en sus propiedades químicas. O sea que, aparte de emitir radiaciones, el hierro radioactivo obra en forma similar a cualquier otro pedazo de hierro; verbigracia, es magnético y enmohecerá. Puesto que estas radiaciones pueden descubrirse con instrumentos adecuados, tales instrumentos pueden usarse para "seguirle la pista" a un pedazo de hierro radioactivo, tal como un sabueso sigue el rastro. La expresión "técnica de seguir la pista radioactiva" se usa para describir el proceso por el cual el material es "rotulado" al hacerlo radioactivo, y luego "rastreado" con instrumentos apropiados. Tales métodos son utilizados por los científicos y técnicos del Grupo para muchos fines, incluyendo el rastro de líquidos que fluyen a través de oleoductos. En el Centro de Investigaciones Thornton uno de los usos al cual se está aplicando la técnica de seguir la pista radioactiva es el estudio de los problemas relacionados con el desgaste.

De las muchas propiedades de los lubricantes, una de las más importantes es su habilidad en disminuir el desgaste de los accesorios móviles en la máquina que lubrican. A la vez que la maquinaria se desgasta, su valor como capital activo se destruye. En consecuencia, un lubricante que aumenta la vida de una pieza de maquinaria, ayuda a conservar los activos-capitales del mundo y a mejorar la norma de vida de los habitantes. Si bien mucho de este desgaste pudiera probable y apreciablemente disminuirse mediante la adecuada aplicación de

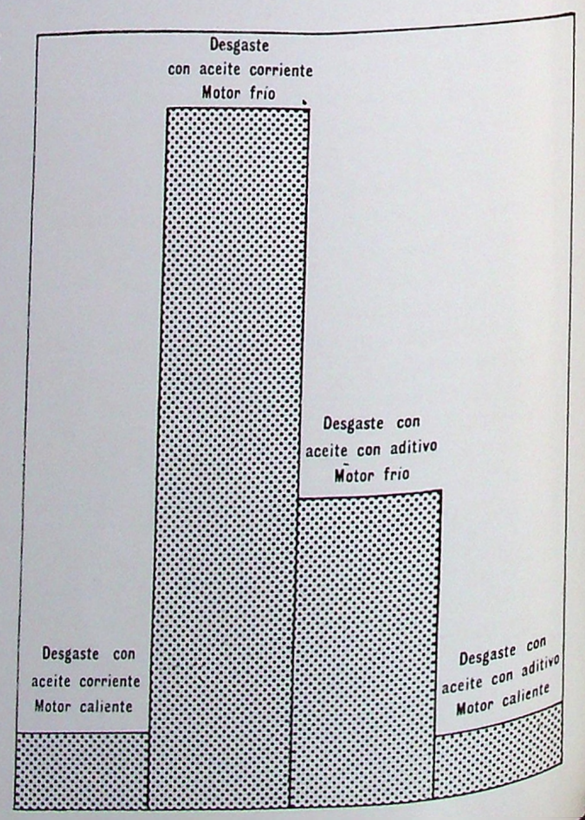
Adaptación de un anillo de émbolo radioactivo, en el Centro de Investigación Thornton



Extracción de una muestra de aceite para una investigación de radioactividad



El proceso de tirar el alambre, visto de perfil



Gráfica que muestra el desgaste de un motor

los lubricantes existentes, en muchos casos ocurre un desgaste considerable, aun cuando se utilicen los mejores lubricantes disponibles.

Uno de los problemas más difíciles en el mejoramiento de las propiedades anti-desgaste de un lubricante reconocido como bueno, surge del hecho de que, cuando se usa tal producto, una máquina puede demorarse varios años en desgastarse. Ahora bien, si el que trabaja en la investigación ha de desarrollar lubricantes mejorados en un período razonablemente corto, él necesitará precisar rápidamente las propiedades anti-desgaste de un lubricante. Estas dos consideraciones conducen a la inevitable conclusión de que el experimentador necesitará descubrir mínimas cantidades de desgaste. El uso de seguidores de pista radioactiva ha sido una enorme ayuda en la solución de este problema. Por ejemplo, en algunas de las pruebas realizadas en Thornton, estas técnicas han posibilitado medir la pérdida de una millonésima de onza de hierro en el anillo de émbolo de un motor.

Si una muestra de material radioactivo se divide en partes, entonces la radiación proveniente de cualquiera de ellas estará en directa proporción con su peso. Por consiguiente, mediante el empleo de un instrumento como el contador Geiger —el cual mide la radiación de un origen radioactivo— es posible determinar el peso del material presente.

PARA MEDIR EL DESGASTE DE UN MOTOR DE AUTOMÓVIL

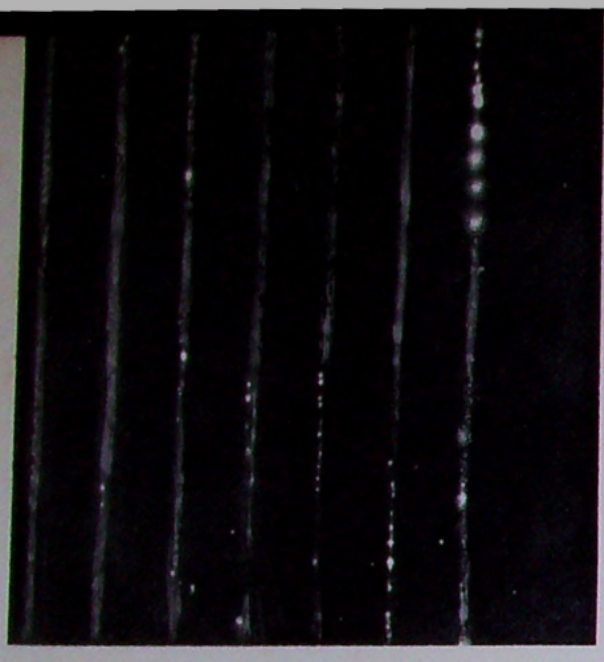
El problema de desgaste de motor es conocido por los dueños de carros. Después que un carro ha corrido quizá 48.000 kilómetros, éste puede comenzar a gastar cantidades considerables de aceite lubricante, y se sabe que ello se debe principalmente a que los cilindros y los anillos de émbolo se han desgastado. El mecánico le informa debidamente al dueño que el motor requiere rectificación o reemplazo, procesos éstos que constituyen mucho gasto.

Ahora bien, es un hecho que los motores de automóviles que han sido conservados corriendo a 96 kilómetros por hora durante 80.000 kilómetros, sufren relativamente poco desgaste del motor. En efecto, en tales condiciones se espera que la vida de un motor exceda de 320.000 kilómetros. El hecho de que esta cifra de duración de un motor sea tan diferente de lo que se encuentra en la práctica, obedece al desgaste corrosivo o "acción ácida" (expresión conocida por aquellos quienes estudian la propaganda del Aceite Shell X-100 para Motores) que ocurre en el manejo diario. Si el desgaste corrosivo en los motores de automóviles pudiera eliminarse enteramente, ello resultaría en gran beneficio para la vida del motor.

Los métodos normales para medir el desgaste de los componentes de un motor, habitualmente requieren pruebas de larga duración para dar resultados dignos de confianza. En la mayor parte de los casos tales pruebas envuelven el desmantelamiento del motor, limpieza de sus partes y montaje. Las primeras horas de semejante prueba se emplean, por consiguiente, ajustando o alineando cuando el desgaste observado pueda diferir considerablemente de lo corriente. Para vencer la necesidad de desarmar el motor antes y después de cada prueba, se ha desarrollado en Thornton una técnica de medir el desgaste, la cual envuelve el uso de un motor con un anillo de émbolo superior y radioactivo. Con este método, el desgaste del anillo de émbolo superior puede estimarse en cualquier momento sin desmantelar el motor, y con una sensibilidad considerablemente mejor que la obtenida con métodos normales. Por ejemplo, ninguna dificultad se experimenta en medir la cantidad de desgaste que ocurre en una hora bajo condiciones de desgaste corrosivo.

El anillo de émbolo, con un peso de aproximadamente media onza, es irradiado durante cuatro semanas en la pila neutrónica del Establecimiento de Investigación de Energía Atómica en Harwell. Luego se envía al Centro de Investigación Thornton en un recipiente de plomo, el cual pesa 45.4 kilogramos. El plomo tiene que usarse para proteger a todos los que manejan el recipiente, de las radiaciones dañinas que salen del anillo activo. El anillo de émbolo debe luego adaptarse al motor. Para evitarles indebida exposición de radiaciones dañinas del anillo a los operadores, éste debe manejarse con cautela. La ilustración I muestra cómo un anillo se adapta mediante el uso de una herramienta especial. Al mismo tiempo otra persona está midiendo la intensidad de la radiación a la cual está expuesto el operador. El uso de guantes y lentes protege al operador de ciertas radiaciones y contra la contaminación a través del aceite, que contiene material radioactivo. Para mayor seguridad, el personal que está en contacto con materiales radioactivos usa divisas que contienen películas fotográficas. Estas películas se envían periódicamente al Laboratorio Nacional de Física, donde son reveladas. Del grado de ennegrecimiento de la película es posible calcular la cantidad de radiación a la cual cada persona ha estado expuesta. El nivel de exposición alcanzado usualmente en Thornton es menos de la décima parte de lo tolerable por un ser humano. Como precaución adicional por la salud, a todo el personal que se ocupa de este trabajo se le hace un examen de sangre a intervalos de tres meses.

Después que el anillo de émbolo radioactivo ha sido adaptado y el motor completamente armado, el motor es ajustado o alineado tal como se hace con un motor nuevo de automóvil. El hierro desgastado del tope del anillo de émbolo va a dar al aceite del motor. Periódicamente se extraen muestras de aceite del motor, tal como se demuestra en la ilustración 2. Luego cada muestra es examinada para determinar radioactividad, colocándose un contador Geiger en el centro del aceite. El contaje que registre el contador Geiger en cierto tiempo es la medida de la cantidad de hierro radioactivo en el aceite; hierro que naturalmente debió haberse desgastado del anillo de émbolo. Mientras se está midiendo la radioactividad de la muestra de aceite, éste es rodeado de un "castillo" con paredes de plomo de una pul-



Un "auto-radiógrafo" o registro fotográfico de la radiación

gada de espesor. Esto es para proteger al contador Geiger de las radiaciones provenientes de otras partes del laboratorio; esto es, del anillo activo situado en el motor a unos quince pies de distancia.

Esta técnica hace posible la medición de la cantidad de hierro que se desgastó del anillo de émbolo sin desmantelar y ni siquiera parar el motor. La figura 2 ilustra un registro de una prueba típica. El motor fué prendido para simular un motor de automóvil que esté cabalmente caliente. El anillo de émbolo superior se desgastó en una proporción baja, aproximadamente un décimo de miligramo cada hora. Empero, después de un número de horas de funcionamiento a alta temperatura, las condiciones fueron alteradas de forma que se parecieran más a aquellas que se encuentran en el cuotidiano manejo interrumpido cuando se anda de compras. El anillo de émbolo luego se desgastó en una proporción de aproximadamente un miligramo por hora; o sea, diez veces más que cuando funcionaba bajo alta temperatura. Vale decir que, en condiciones frías, el motor se estaba desgastando diez veces más rápidamente que en condiciones de alta temperatura. Afortunadamente algo pudo hacerse acerca de esta situación, ya que cuando se le añadió al aceite un aditivo anti-desgaste, éste redujo eficazmente la proporción en que el motor se desgastaba.

MIDIENDO EL DESGASTE DE UN TROQUEL DE HACER ALAMBRE

El alambre es manufacturado mediante un proceso llamado "de tiro". Esto consiste esencialmente en reducir progresivamente el diámetro de una varilla de metal tirándola a través de hoyos más y más pequeños los cuales se encuentran en bloques de metal llamados "troqueles", tal como se describe en la figura 1. Generalmente los troqueles son hechos de carburo incrustado, un material muy duro en el cual las partículas de carburo de tungsteno están encastradas en cobalto como nueces en chocolate. Desafortunadamente, los hoyos del troquel se desgastan y se agrandan gradualmente debido al alambre que les pasa por dentro. De esto resulta la producción de alambre extragrande; y pues que el diámetro del alambre frecuentemente debe conservarse constante a pocas diezmilésimas de pulgada, sólo puede tolerarse muy poco desgaste del troquel. Los lubricantes se usan para reducir el desgaste del troquel a un mínimo, para enfriar el alambre y el troquel y para mantener una superficie bien acabada de dicho alambre. El hecho de que muchos kilómetros de alambre tienen que ser tirados antes de que ocurra un desgaste medible del troquel significa que la producción de lubricantes (en los laboratorios) para el tiro de alambre y mediante la medida directa del desgaste, sería un proceso demorado y costoso. En efecto, en algunos casos tendrían que tirarse 400 kilómetros de alambre antes de que una milésima de onza de metal se desgastara del troquel. En un ensayo para evitar la necesidad de tirar considerables longitudes de alambre, se realizaron experimentos en Thornton en los cuales pedazos pequeños (de dos metros más o menos) de alambre fueron tirados a través de un troquel que había sido radioactivado en la pila neutrónica (BEPO) de Harwell. (Tanto el carburo de tungsteno como el cobalto pueden radioactivarse poniéndolos en una pila neutrónica). El material que se desgastó del troquel se adhirió al alambre, al cual pudo luego determinársele la radioactividad.

Previamente se mencionó que una película fotográfica puede usarse para registrar la radiación que emita un material radioactivo. El alambre tirado a través del troquel radioactivo fué cortado en pedazos pequeños y éstos fueron puestos en contacto con un pedazo de película fotográfica. Los resultados de tal experimento pueden verse en la ilustración 3, y la posición de los alambres se señala con líneas tenues causadas por el cobalto radioactivo que se desgastó del troquel. Las estrellas brillantes se deben a la radiación de las partículas diminutas de carburo de tungsteno desgastadas del troquel. Otro modo de medir la cantidad del material que se desgastó del troquel radioactivo, es enrollando el alambre —después de tirarlo— de modo que quede como una bobina alrededor del contador Geiger. Así pues, al igual que con el motor de automóvil, el número de cuentas por minuto que se registre en el contador es una medida del material que se ha desgastado.

Con la ayuda de estas nuevas técnicas, mucho se ha aprendido acerca de los problemas fundamentales concernientes a ciertos aspectos de la lubricación. La rapidez con la cual pueda hacerse la medición es un valioso elemento de buen éxito en las etapas iniciales de la producción de un lubricante nuevo. Sin embargo, a pesar de sus muchas ventajas, las técnicas radioactivas no han sustituido enteramente a los métodos más habituales de medir el desgaste. Antes que un lubricante se ponga a la venta confiadamente, tienen que hacerse extensas pruebas prácticas en el tipo de maquinaria para la cual se destina. En tales pruebas se mide realmente la vida útil de la maquinaria, pues es éste el criterio fundamental con el cual se debe juzgar un lubricante anti-desgaste.



REVISTA SHELL

COMPAÑIA SHELL DE VENEZUELA